

**Liliana Blum**



**Tristeza de los cítricos**

# **TRISTEZA DE LOS CÍTRICOS**

LILIANA BLUM



Liliana Blum, *Tristeza de los cítricos*  
Primera edición digital: octubre de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-653-5

© Liliana Blum, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Colección Voces / Literatura 287

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

*If you had a heart, that is how it would be broken*

Joyce Carol Oates, *Zombie*

*Para Susana Ramírez, Jean Laffitte, Laura Casas,  
Enrique R. Peschard, Milena Solot, Fernando Jiménez  
y Atenea Cruz: que me queden ustedes siempre.*

# CONEJILLO DE INDIAS

## I

Sábado al fin. Lucía se levantó de la cama con ese pensamiento y una sonrisa. Las ensoñaciones que acumuló en su mente durante todos los otros días iban a tomar forma al fin. La semana había sido eterna. Así eran todas desde que conoció a Marcelo. Caminó por el pasillo rumbo a la cocina, moviendo un poco las caderas al ritmo de una musiquita dentro de su cabeza. La casa olía a encierro: abrió la ventana que daba al patio y el jardín. Se habría fijado en el polvo acumulado en el alféizar, pero algo más capturó su atención. Una de las macetas parecía haber sufrido un ataque con granada: sus entrañas de tierra expuestas, fragmentos de planta y trozos de barro yacían dispersos por los adoquines. No eran ni las ocho de la mañana. Sin pensar, su dedo índice fue a posarse sobre el lagrimal para quitarse una lagaña: tardó unos segundos en procesar la totalidad de la escena. No era muy buena para la jardinería, pero intentaba mantener vivas las plantas en las macetas más bonitas que podía encontrar: un ama de casa se valora por la limpieza de su hogar, el cuidado de su jardín y el buen cuerpo a pesar de los hijos.

Por la brutalidad de la imagen no había advertido en primera instancia al Capitán Capibara, pero el grito de Eloísa la arrancó de tajo de aquella mezcla de indignación e incredulidad ante el destino de las violas. Se sorprendió por encontrar a su hija allí. ¿Por qué le afectaba a ella la tragedia de aquella planta si la única preocupación de la niña a esa hora era ver Discovery Kids? Aquello era tragedia para señoras de cierta edad. Su abuela solía decir que una maceta rota en la mañana era presagio de un mal día que solo empeoraría a medida que corrieran las horas. Pero Lucía no era supersticiosa, sino pragmática. Aquello solo significaba más trabajo para ella. Las caritas formadas por las motas de los pétalos regadas entre la tierra contribuían a dar el efecto de una masacre.

Cerró los párpados y se convenció a sí misma de que ese accidente no podía arruinar su sábado: nada que no pudiera resolverse con una visita al vivero, una escoba y un recogedor. El sábado era el mejor día. Algo tan nimio como eso no cambiaría sus planes. Abrió los ojos y percibió el cadáver del cobayo. Extendido tras una tortuga de barro que albergaba a las dalias, con la cabeza destrozada por detrás, parecía llevar una corona de cuajos de cerebro y sangre. Comprendió al fin el grito de su hija que, aullando, tiraba con fuerza de su ropa, como si quisiera castigarla a ella por la muerte de su mascota.

¿Le daría tiempo a limpiar aquello antes de su cita?

## II

Un, dos, tres, cuatro... y cinco. Lucía contó despacio, con parsimonia, antes de cortar el chorro del aceite y poner el sartén sobre la flama. Vertió todo un tramo de chorizo hasta verlo expulsar su propia grasa rojiza sobre el teflón. Luego de unos minutos, cuando el aroma inundó la cocina, fue rompiendo uno a uno los cinco huevos para incorporarlos. El desayuno tan bellamente dispuesto frente a él provocó en César esa expresión de gula que ella conocía muy bien: un vaso con medio litro de jugo de naranja, una taza de café con leche, cinco tortillas de harina y los huevos con chorizo, brillantes como charol. Lucía lo miró engullir aquello desde la puerta de la cocina. El doctor le había prohibido grasas, azúcares y alcohol, además de haberle ordenado una vida menos sedentaria. Prediabético, hipertenso, con más placa en las arterias que un hombre del doble de su edad, el candidato ideal para un infarto. Pero su marido no daba indicios de entender los riesgos de ignorar las recomendaciones médicas. ¿Por qué, entonces, le había preparado Lucía aquel desayuno? Era obvio: no lo quería y le daba igual lo que le pasara; aún más, si se moría pronto por comer así, mejor. No. No era cierto. Lo hizo porque lo amaba tanto que no podía negarle nada, porque lo respetaba y sabía que era un adulto capaz de tomar sus propias decisiones, y no quería actuar como si fuera su madre.

Regresó a la cocina. El reloj con silueta de cafetera de la pared parecía estático. Se volvió a sentir como en la primaria, contando los minutos para salir de clase. Comenzó a preparar un huevo estrellado y sirvió un vaso de leche con chocolate para Eloísa. Cuando escuchó la voz de César, estaba a punto de ponerle unos ojitos de catsup a la yema.

—¿Por qué está llorando la niña?

Lucía enderezó la espalda y respiró hondo para controlarse: le crispaba que César se refiriera así a su hija, sobre todo porque Eloísa estaba sentada frente a él en la mesa. ¿No podía preguntarle? Desde la barra de la cocina, ella gritó como si estuviera muy lejos:

—Elo, dile a tu papá qué pasó.

Lucía terminó de pintarle una boca a la cara amarilla y decoró las orillas con picos rojos para simular un sol. Le puso un popote al vaso y contempló su obra: podrían decir lo que fuera de ella, pero nunca descuidaba a su hija. Al contrario, detalles como este hacían que Eloísa diera gritos de alegría y se colgara de su cuello para decirle que era la mejor mamá del mundo. Pero hoy el esfuerzo se vería neutralizado por la muerte del roedor vegetariano que la esclavizaba obligándola a cortar dos veces al día trozos de apio, zanahoria y lechuga para alimentarlo.

—Mataron al Capitán Capibara, papi.

La voz de Eloísa se quebró; la niña sorbió mocos y luego usó el dorso de la mano para limpiarse. Lucía entró en ese momento y puso el huevo-sol frente a su hija. César hizo contacto visual con ella, esa expresión patética de perfecto inútil, como siempre que no sabía cómo actuar con Eloísa. Con el paso de los años, ambos habían llegado a perfeccionar aquella comunicación no verbal hasta llegar a niveles insospechados: incluso a veces podían mandarse al carajo con un simple gesto, o incluso un suspiro con la fuerza adecuada. Se acercó para recoger la taza vacía de su marido y le susurró:

—El cuyo —luego, en voz más fuerte—: voy a traerte más café.

—¿Qué le pasó al cuyo, hija? —preguntó él con falsa seguridad.

—Tenía la cabeza toda explotada por atrás. —La niña se cubrió la cara con las manos y se

soltó a llorar—. Solo tenía su carita...

Lucía contuvo el aliento por unos segundos haciendo acopio de paciencia. Tras descubrir el cadáver, le había tomado casi media hora hacer que su hija dejara de llorar y ahora estaba chillando otra vez. ¿Podría volver a calmar a Eloísa y aun así llegar a tiempo a su cita?

—¿La cabeza, dices? —César introdujo un tenedor lleno de huevo en la boca y ella rogó a los cielos que no continuara hablando mientras masticaba. ¿Pero cuándo han escuchado los santos las plegarias de una esposa?—. Si le arrancó la cabeza, entonces fue un cacomixtle —dio un trago a jugo de naranja—. No hay duda.

El hombre masticaba y discurría al mismo tiempo sobre los hábitos depredadores de esos animales. El ruido de la comida triturada, la saliva haciendo su parte en el proceso de deglución y la mandíbula moviéndose obligaron a Lucía a recoger rápido algunos trastes usados y volver a la cocina en busca de refugio. Era repugnante. Quisiera pensar que si de novios lo hubiera visto hacer algo así, jamás se habría casado con él. ¿Estaba ciega? ¿O a partir de cierto tiempo a él dejaron de importarle los modales? Al menos Eloísa ya había dejado de llorar y escuchaba con interés la información sobre el asesino del Capitán Capibara.

Lucía abrió el grifo para lavar los trastes. Mezclada con el sonido del agua, llegaba a sus oídos la voz de su marido describiendo el *modus operandi* de los cacomixtles. El olor a huevo del sartén le provocó náuseas y tuvo que verter un chorro de cloro en gel en el recipiente del jabón. Eso arruinaría la suavidad de sus manos; tendría que usar una buena crema para revertir el efecto. Era sábado y necesitaba que su tacto fuera el más terso del mundo.

### III

Consultó su teléfono: faltaba una hora para el inicio de su primera clase. La de repostería había sido recomendación de su mamá y la de natación, de la suegra. El camino al corazón de un hombre es a través del estómago, había dicho su madre, una de las mujeres más ingenuas que Lucía conocía. Tal vez por eso creía que usar refranes populares era el mejor vehículo para transmitir la sabiduría. Como las parábolas de Jesús a sus discípulos, decía con una mano en la cintura y la otra tocando el crucifijo que pendía de su cuello. Parecía una taza: una taza muy devota. La suegra, en cambio, abatida por la obesidad y la diabetes, era menos religiosa y mucho más pragmática. Una tarde, durante una comida familiar, se había acercado a su nuera para apretarle con el índice y el pulgar una lonja sobre la cintura. «Mijita, estás agarrando cuerpo de mantecada». Lucía la contempló como si no creyera lo que había oído: ¿cómo se atrevía a decirle algo así, ella, que parecía una ballena? Entonces, como si fuera psíquica, la suegra agregó: «Mírate en este espejo». Luego exhaló: se agitaba por cualquier movimiento, hasta por hablar. El papá de César no volvió a tocarme desde que me puse así. Lucía había comenzado a apilar los trastes para llevarlos al fregadero. La señora la seguía del comedor a la cocina, esperando una reacción, pero ella apretó los labios y tensó la quijada en directa proporción a como se sentía ofendida. «Y no creas que desde entonces él se volvió un fraile dedicado a la meditación». En ese instante, las dos hicieron contacto visual. Sus ojos parecían decir: sabes a lo que me refiero.

Metió en su maleta deportiva traje de baño, gorra, toalla, goggles, y un estuche en donde



guardaba el champú, jabón, desodorante, crema corporal y perfume, luego puso su delantal y una cofia en una bolsa de plástico que guardó junto con lo demás. Frente al espejo, sumió el vientre. Eloísa se quedaría en casa con César un rato, pero más tarde él la dejaría con alguna de las abuelas, que se peleaban por cuidar a la única nieta en ambas familias. Los sábados por la tarde él jugaba fútbol con sus amigos. Aunque aquello sonaba como una actividad atlética, en realidad se trataba de un partido en el que todos los jugadores, panzones y con calcetines que les cubrían las pantorrillas, se quedaban parados lanzándose pases mediocres con la pelota. Si alguno llegaba a correr, era solo por unos diez o veinte metros antes de parar y encorvarse para recuperar el aliento con las manos apoyadas en las rodillas. Media hora después llegaban a la conclusión de que ya habían hecho suficiente ejercicio y buscaban una sombra, abrían la hielera y sacaban las cervezas. En el hipotético caso de que alguno hubiera llegado a quemar alguna caloría, la recuperación del partido los hacía volver a su casa más gordos que al salir a la cancha. Pero eso sí: la culpa había sido de Lucía y sus kilos de más por el embarazo; sus estrías y la grasa extra en su cuerpo habían provocado que César le fuera infiel. Como si las gallinas fueran responsables de que las degollaran por tener plumas. Era estúpido. No tenía lógica. Y sin embargo, esa había sido su excusa.

Terminó de quitarse la ropa y la arrojó con fuerza al cesto de mimbre en el baño. Desnuda, tomó la crema depilatoria y se agachó para untarla en sus piernas. Un olor químico y punzante impregnó sus pulmones. Esta sustancia no podía ser buena, pero no tenía tiempo ya de depilarse con cera caliente. Eloísa asomó su cabecita por la puerta del baño:

—Mami, ¿vamos a comprar otro cuyo?

Doblada hacia el frente y con las manos embadurnadas de blanco, Lucía tuvo una vista privilegiada de las lonjas de su vientre y de sus pechos colgantes. Pensó en las perras callejeras. Se irguió de inmediato y succionó aire antes de enfrentarse con el espejo para comprobar que aquella imagen era reversible con tal solo cambiar de posición. Estoy hecha una vaca, pensó. No habló en voz alta porque la psicóloga de la escuela les había advertido que los comentarios vengativos sobre el cuerpo moldeaban las mentes de las niñas. Un futuro de anorexia, bulimia y frustración perpetua las esperaba si escuchaban a sus madres denostar sus propias figuras.

—Vamos a ver, mi amor. —El reloj indicaba que ya habían pasado los tres minutos requeridos. Tomó el rastrillo sin filo para remover la crema—. Si va a andar libre en el jardín como el otro, lo va a matar también ese animal.

—Se llama cacomixtle. —Había un cierto aire de superioridad en la vocecita de su hija. Le fascinaba poder corregir a su madre—. Pero puede vivir en una jaula.

—Eso, el cacomixtle. —Lucía enjuagó el rastrillo en el lavabo y vio caer grumos de crema y vellos negros—. Si lo ponemos en una jaula se va a morir de tristeza.

Eloísa puso cara de compungida, como siempre que estaba a punto de hacer un berrinche. Maravilloso. ¿Por qué no podía ir a importunar al papá que no estaba haciendo nada? Su marido le había sido infiel con la asistente del contador que llevaba las cuentas de su microempresa. El idiota había cerrado la ventana del navegador, pero sin salir de su cuenta de correo electrónico, una dirección que Lucía desconocía. A la hora en que se sentó a revisar sus mensajes en la computadora familiar, se encontró con la bandeja abierta y una carta no leída. Era una carta de amor cursi y con pésima ortografía. Cuando César regresó del trabajo hubo gritos e incluso algunos ridículos puñetazos que lanzó Lucía y que él neutralizó sin problema tomándola de las muñecas. Mientras montaba su escena, César se defendía diciendo que no era su culpa que ella

hubiera perdido interés en el sexo y que lo tuviera abandonado, ocupada a tiempo completo con la bebé. Eso, sin mencionar lo mucho que había engordado durante el embarazo.

—Elo, no llores. A lo mejor compramos un gatito. —Se acercó a la niña y le acomodó el cabello detrás de las orejas—. O tal vez un cachorro que no vaya a crecer mucho.

La carita infantil se iluminó con aquellas palabras y Lucía no pudo dejar de experimentar un estrujamiento en el corazón, un dolor bueno, tierno. Si por atender a esta criatura el cerdo de su esposo había corrido a los brazos de esa puta, bien había valido la pena. Con el tiempo, la terapia, la inercia y las intervenciones de su madre y suegra, que terminaron enterándose, el matrimonio se había repuesto de aquel «incidente». La infidelidad había sido un episodio del pasado, como aquella vez que la lavadora se descompuso o ella olvidó sacar un pollo del horno y la cocina quedó apestando a quemado durante días. Pero no habían dado los pasos necesarios para resolver el problema de fondo. Solo lo guardaron al fondo del clóset, como los regalos que no gustan pero no se pueden reciclar. Lucía no lo perdonaría nunca.

—¿De veras, mami?

—Sí —Lucía se puso un sostén que le aumentaba el busto un par de tallas y que la hacía parecer una paloma golona. Analizó su cuerpo desde varios ángulos y se puso perfume en la y griega que se le formaba entre los pechos rebosantes—. Aunque papá no quiera.

## IV

Lo que Lucía tenía con Marcelo era sexual. Tras conocerse, nunca se habían visto fuera del motel: jamás habían compartido una comida o ido al cine. No conocían a ningún miembro de sus respectivas familias y nunca irían juntos al supermercado. Ella no le traería a la cama un remedio para la gripa ni él la vería recién levantada y sin maquillaje. Ningún futuro. Solo sexo. Marcelo la hacía sentir ligera, sin peso, radiante incluso, como una medusa que flota en el océano y no piensa nada porque no tiene cerebro. Al volver a casa tras estar con él, Lucía permanecía varias horas suspendida en esa ingravidez deliciosa, como cuando de niña patinaba durante horas y al quitarse los patines tardaba en adaptar de nuevo sus pies al piso.

Encendió la luz: siempre la sorprendía la distribución de los muebles, que podía variar de un cuarto a otro; el kit de condón, champú, jabón y pastillas de menta sobre el lavabo; la regadera de paredes transparentes, visible desde la cama. El aroma a productos químicos quería enmascarar los olores sexuales de las parejas que habían estado allí, pero a ella le parecía que más bien los exaltaba. Marcelo bajó la hielera del carro; sacó una cerveza para él y una bebida preparada de lata para Lucía. Si las rutinas de su vida doméstica le resultaban tediosas, las que había desarrollado con su amante la prendían: quedarse de ver cerca de la escuela de repostería, dejar su carro allí y subir al de Marcelo, que la esperaba sonriente, oliendo a loción Calvin Klein y con una cara que la hacía sentir como si ella fuera lo mejor que le había sucedido en toda la semana, manejar hasta el motel en las afueras de la ciudad, ponerse una gorra deportiva y lentes oscuros antes de entrar. Luego sexo por el tiempo exacto de sus clases de repostería y natación juntas, y regresar a casa bañada, como si hubiese nadado. Pocas veces hablaban de camino al motel:

apenas sobre el clima, si Marcelo había tenido que esperarla mucho tiempo, la falta de fluidez en el tráfico. Aunque él conocía la situación de Lucía y la existencia de una hija (la cicatriz de la cesárea y las estrías eran imposibles de pasar por alto), no sabía detalles de su vida. Ya en el cuarto, el intercambio de palabras entre ambos se reducía a peticiones específicas o a indicativos de que algo iba bien. Entre ellos había sexo y nada más. Ese era el propósito del oasis.

Lucía dejó la bolsa sobre el tocador y aceptó la bebida que Marcelo le puso en la mano. Sentados muy cerca uno del otro, en la orilla de la cama, bebieron en silencio sin quitarse los ojos de encima. Necesitaban tiempo para pasar de sus respectivos mundos a este privado, como el pez ángel que hace un año le había comprado a Eloísa. Según el empleado de la tienda de mascotas, era necesario ponerlo en la bolsa de agua dentro de la pecera de la casa, y abrirla poco a poco. «Tiene que acostumbrarse a la nueva temperatura, a la nueva agua». Así con ella: requería un periodo para que su cerebro, pero sobre todo su cuerpo, supiera que ahora estaba con Marcelo. Al terminar su margarita, Lucía se sintió aclimatada al olor de Marcelo, a la textura de su piel. Se desvistieron sin ayudarse y se acercaron para cerciorarse de la realidad del cuerpo ajeno. Se besaron despacio al principio, pero a medida que se adentraban uno en el otro, sintió la urgencia de besarlo más rápido y de modo casi violento, como necesitara devorarlo. Estaba acostumbrada a gritar muy fuerte cuando cada partícula de su ser se estremecía con lo que ella solo podía definir como felicidad. Esta vez no pudo: ya estaba cerca, pero perdió el impulso a mitad del camino, igual que un jabón que se resbala entre las manos. Cambiaron de posición varias veces y por fin fingió su orgasmo. ¿Para qué alargar el tormento? Poco después, Marcelo se convulsionó debajo de ella con ese ruido animal y viril que a Lucía le parecía el sonido más hermoso del planeta, pero que hoy estaba manchado de rencor. Él sí, pero ella no.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama, brazos y piernas extendidos como una estrella de mar, la vulva humedecida. El ambiente impregnado de su propio olor marino, del sudor de los dos, de semen, oscilaba sobre ellos como el Espíritu Santo en el libro de catecismo de su hija. Lucía giró la cabeza hacia Marcelo, que ostentaba ese gesto de agradecimiento y satisfacción que tienen los hombres después de eyacular. Cuando lo vio por primera vez, nunca imaginó que terminaría así con él, esperando a que el ritmo cardiaco se les normalizara y el sudor se secara en la piel mientras el cansancio del orgasmo les recorría cada fibra de sus músculos. Movi6 la mano hasta tocar la de Marcelo: entrelazaron los dedos y ella cerró los ojos. Se habían conocido en un negocio de insumos para oficinas y escuelas. Lucía hacía fila para sacar fotocopias; él revisaba unos mapas sobre el mostrador perpendicular a ella. ¿Arquitecto? Marcelo la sorprendió mirándolo y le sonrió. Sin duda soltero. Tenía aún ese aire de osadía y ligereza de espíritu que nunca sobrevive a los primeros años de matrimonio. Ella se sonrojó: hacía años que no coqueteaba, años también sin que un hombre la mirara así. Al levantar la cara para darle al empleado el cuaderno con las recetas de la abuela para fotocopiar, se dio cuenta de que él seguía mirándola. Sin más la invitó a un café. ¿Qué encontró en sus ojos que intuía la posibilidad de que ella aceptara? ¿O era algo que hacía con todas? No importaba. Había aceptado de inmediato, sintiendo un calor intenso que la recorría completa. Era como una de esas comedias románticas: se emocionaba a una distancia segura. Pero de pronto se había convertido en el personaje principal, sentada en un cafecito con decoración retro y frente a un hombre mucho más joven que ella. Contra todos los consejos maternos y de revistas femeninas, tuvo sexo con él en la primera cita, si es que a eso se le podía llamar cita. Si se había vuelto un personaje de película cursi, una mujer que en realidad no era ella, ¿qué más daba? La noche después de haber estado con Marcelo

por primera vez, Lucía pasó por todos los estados posibles: feliz, angustiada, feliz, arrepentida, feliz, entusiasmada, feliz, avergonzada, feliz, con ganas de repetir. ¿Pensaría él que era una puta que hacía eso con cualquiera? Tras varias vueltas sobre el colchón había decidido que no importaba: nadie, salvo ellos, lo sabría. Además, si no la tomaba en serio, era irrelevante: ella ya estaba casada. ¿No era ese el único propósito de ser tomada en serio?

Lucía se colocó a horcajadas sobre las caderas de él y le regaló la vista de su cuerpo entero. Colocó sus palmas abiertas sobre el pecho y jugó con esos vellos oscuros y gruesos. Quiso iniciar el sexo otra vez, pero no pudo. El deseo la había abandonado y se sentía sin fuerzas, como un juguete sin baterías. Él la jaló hacia sí para besarla: ella correspondió sin ganas y fue evidente para los dos.

—¿Qué pasa?

Quién sabe si fuera el día del mes (faltaba una semana para su periodo), o si en verdad la escena del cuyo la había afectado más de lo que pensaba, pero la tristeza ensombreció su cara. Nunca había sido buena para ocultar sus estados de ánimo: su desolación era evidente. No hubiera querido contaminar este espacio, lo que sea que Marcelo y ella tenían, con el tedio de su otra vida, con sus problemas de ropa sucia, las fechas límites de pago, comidas balanceadas o cómo limpiar un dibujo con crayola de las paredes. Pero ante la pregunta de Marcelo, su cerebro no tuvo más opción que contarle lo que había pasado esa mañana: la maceta, el cuyo, el llanto de Eloísa, la actitud desesperante de César, la culpa que la embargaba por haberse reunido con él cuando su hija se había puesto tan mal.

—¿Qué es un cuyo?

Lucía puso los ojos en blanco por un segundo. ¿Qué pasaba con el vocabulario de los jóvenes de hoy?

—Es lo mismo que un conejillo de indias —intentó que su voz no adquiriera el tono didáctico que usaba con su hija. Marcelo tenía cara de no entender—. Los animalitos que usan en los laboratorios para experimentar...

Tampoco. Los roedores no estaban en el repertorio de conocimientos de su amante. Iba a agregar que los cuyos eran un platillo muy apreciado en Perú, pero él ya estaba tocándole las tetas y no era precisamente agradable.

—Basta —tomó las muñecas de Marcelo—. No me estás escuchando.

Vio la expresión de su amante: impaciencia, fastidio. Quería sexo y ella estaba hablando de sus sentimientos. Un parpadeo. El deseo de Marcelo de estar en cualquier otra parte. Quizás con una mujer de su propia edad, con preocupaciones de chica joven y sin hijos. Un segundo, pero allí estaba, era evidente. ¿Lo había arruinado todo? Un silencio incómodo se concentró en el aire, como la humedad pesada antes de una tormenta. Marcelo se puso de pie y comenzó a vestirse.

—Quedé de llevar a mi hermana al centro comercial.

Tal vez la maternidad la había vuelto más sensible para detectar las mentiras, pero esta era la primera vez que Marcelo mentía y era tan estruendoso como un vaso que se estrella contra piso. Lucía sintió un malestar que se extendía por su cuerpo. Fingió consultar la hora en su celular y dijo que también debía irse. Se metió a bañar y mojó su traje de baño en la regadera. Secó su cuerpo con la toalla que había traído de su casa. Una puesta en escena para beneficio de su estabilidad conyugal.

## V

Sacó el molde para panqué del horno. Eloísa, con su delantal de catarinas, daba brinquitos desde una distancia prudente porque tenía prohibido acercarse a la estufa encendida. Lucía la dejó meter un palillo en el pastel para comprobar que ya estaba listo.

—Tenemos que dejar que se enfríe antes de ponerle el betún.

Elo frunció la boquita en un puchero y cruzó los brazos haciéndose la enojada. Segundos después se rio y se puso a maniobrar en torno al recipiente con el betún, los *kisses* para los ojitos, gomitas para la nariz, galletas tipo barquillo para las orejas, granillo de chocolate para los dedos.

—¿Me puedo comer los *kisses*? —tomó un puño—. Solo vamos a necesitar dos.

Con una sonrisa, le dijo que sí. Se concentró en limpiar con un trapo la barra de la cocina y pensó en Marcelo hacía apenas unas horas. Antes de bajarse de su carro, Lucía le dijo que no se verían más: si ella era la casada y la de mayor edad, al menos conservaría la dignidad de ser quien terminara con la relación. Marcelo lucía perplejo, como alguien que tras ordenar una pizza vegetariana abre la caja y descubre una especial de carnes frías. No hizo ni una sola pregunta. Se despidió de ella con un beso en la mejilla y se fue.

Eloísa se comió todos los chocolates excepto dos, y estaba a punto arrasar con las gomitas cuando ella le indicó que pusiera el betún. Había uno blanco, de vainilla, y uno color café, de chocolate. Le cedió la pala a su hija:

—Tiene que quedar igual al pelaje del Capitán Capibara.

Tomó asiento y observó a su hija entusiasmada al hacer un pastel con la forma de su mascota muerta. Como si la representación de algo pudiera sustituir al original, como si ya no lo extrañara. La niña lamió la palita de madera, manchándose la nariz, y se volvió a ver a su madre, que la envidió con todo su ser.

## LUZ DE MI VIDA, FUEGO DE MIS ENTRAÑAS

La última vez que Ana vio a su padre fue cuando lo sacaron esposado de la casa. Diciendo muchas malas palabras, de las que le prohibían decir a ella, un policía gordo le dio un empujón que casi lo hace caer sobre la banqueta. Después lo subieron a una patrulla que comenzó a moverse casi en el mismo instante en que se cerró la puerta. Desde la ventana de la sala, ella se asomaba a través de una mínima abertura entre la cortina y el marco. Los ojos de su padre hicieron contacto con los suyos y una sonrisa intrépida, brevísima, transitó de él a ella, como un pájaro que levanta el vuelo y se pierde. El vehículo se alejó y Ana se quedó con sus cinco años, su nueva orfandad, los ojos húmedos y la mano fría de su madre que apretaba la suya.

Es la hora de la salida y hace mucho calor: Ana levanta los brazos para sacarse el suéter del uniforme, dejando al descubierto su vientre adolescente. Se reacomoda el cuello de la blusa y se da cuenta de que alguien la observa más allá de la reja del colegio. Afuera todo es caos de niñas que corren y gritan, señoras con grandes camionetas que se estacionan en doble fila sin hacer caso del sistema establecido por las monjas para recoger a las estudiantes, cláxones impacientes, vendedores de frituras y golosinas. Ese hombre, recargado contra una pared y con un cigarro en los labios, se enfrenta al mundo con intransigencia, con la dureza de quien nunca se ha quebrado, de quien ni siquiera posee ranuras. Está vestido *conjeans*, playera negra, y botas; le sonríe a su hija y le hace una seña para que se acerque. Es él. ¿Cómo no reconocerlo? Los adultos permanecen casi iguales con el paso del tiempo, salvo un poco más desgastados. Es él.

Ella no se pregunta mucho más. Es como si llevara toda su vida esperando por esto. En realidad muchas veces imaginó que se lo encontraría en el parque, en el supermercado, a la salida de la escuela. Papá sabría dónde y cómo encontrarla. Unas cuantas veces llegó a soñar que lo veía, pero él no podía reconocerla a ella. Sí, lo había estado esperando aunque no tuviera esa certeza hasta ahora. Ana sonríe. A pesar de que el reglamento indica que las estudiantes no deben salir de los territorios del colegio a menos que sus padres o personas autorizadas hayan llegado por ellas, en la práctica es distinto. Es imposible para las monjas comprobar que las casi mil alumnas abandonen el lugar con quien deben, y el esfuerzo principal se concentra en las niñas de primaria, no en las de secundaria.

Ana se amarra el suéter a la cintura, toma su mochila y se la echa a la espalda: una de sus amigas, que hasta unos segundos antes se examinaba las uñas con intensidad, le pregunta a dónde va, pues no ve el coche de su madre. Hoy vino mi papá por mí, dice, y sale con determinación por la puerta antes de que su amiga pregunte algo más. Llega hasta él y sin titubear se cuelga de su cuello y lo besa, igual que hace ocho años. Se aleja un poco y lo observa con detenimiento: es

guapo, como lo recuerda, pero con bolsas de aburrimiento bajo los ojos y un gesto de desaprobación que se esconde en las cornisas de su boca. Tiene algunas canas en el cabello oscuro y en la barba, pero sigue pareciéndose a ese papá que ha extrañado cada día desde entonces y que ahora tiene un casco negro y brillante en la mano.

—Vámonos —dice él y la toma de la mano, como si le urgiera alejarse de la escuela. Caminan por la banquetta, dan vuelta en la esquina y llegan hasta donde está estacionada una motocicleta que a ella le parece enorme.

—¿Es tuya?

Por toda respuesta, su padre toma el casco y lo pone sobre la cabeza de su hija, se sienta y le indica a Ana que suba tras él. Ella obedece y trepa al asiento, no pregunta a dónde van y se abraza al cuerpo de ese hombre que había estado como muerto durante tantos años.

Ahora Ana está sentada frente a su padre, en un gabinete de un restaurante de cadena, junto a la ventana. Tiene el menú en las manos, pero no puede concentrarse en leer. Sonríe nerviosa, feliz y desconcertada. No quiere ser la primera en hablar, porque en realidad no sabe qué decir. Pero ese lunar que parece una cucaracha en el cuello de su padre la obliga a preguntar.

—¿Y eso? —señala hacia la yugular tras su cuello grueso se cubre de púas a medida que sube hasta la cabeza.

—Un tatuaje —dos de los dedos de papá se posan en el lugar de la cucaracha, tal vez con nostalgia, tal vez buscando un pulso—. Una banda que me ayudó a sobrevivir allí.

Ana sabe que *allí* significa la cárcel, pero no se atreve a preguntar más. Durante todo el tiempo en que ella no tuvo padre, muchas personas le ofrecieron versiones terroríficas de lo que les pasa a los «criminales como él tras las rejas». Ella nunca supo por qué le contaban eso: ¿para consolarla o para sumirla aún más en el dolor? ¿Que no sabían lo mucho que ella lo amaba? Quizá para complacer a su madre, que no se cansaba de recordarle las razones vergonzantes por las que su exmarido había sido arrestado. ¿Las creyó alguna vez? Ana observa los brazos velludos de su padre y una ola de ternura la recorre por dentro. No se trataba de creer o no creer. El hombre que ella conocía no era ese de quien hablaban los demás.

Una mesera regordeta se acerca para tomar la orden. Ninguno de los dos habla. El bolígrafo en la mano de la mujer hace clic una y otra vez con impaciencia, pero sus ojos se escudan detrás de esa amabilidad profesional que adquieren las meseras a lo largo de los años.

—Una hamburguesa doble con queso y papas fritas —dice él al fin y Ana pide lo mismo, solo que en lugar de cerveza, una Coca-Cola. Su comentario le arranca una carcajada a su padre: de pronto, esa hambre que por años la condujo por la vida buscando complacer a los tíos, a los padres de sus amigas, a los maestros, llevándola como un perro callejero a cualquier par de brazos abiertos y palabras de aprobación, se sacia por completo con aquella risa masculina.

Los dos comen sus hamburguesas entre risas y anécdotas escolares de ella, que intenta ponerlo al corriente de su vida: habla de sus compañeras de clase, de sus amigas, de las que detesta, de la directora aborrecible, de las maestras incomprensivas, de la carga de trabajo. Por una razón que no podría explicar prefiere no hablar del chico que le gusta y que le preguntó a través de un amigo si quería ser su novia. Tampoco habla del grupo juvenil cuyos integrantes hacen que ella y sus amigas fantaseen despiertas durante el día. Papá asiente, sonriendo, haciendo preguntas pertinentes a las que ella contesta con entusiasmo. Nadie le había puesto jamás la atención que su padre le pone ahora.

—Ana Banana, ¿y qué cuenta tu mamá?

Él empuja su plato vacío hacia adelante y muestra la botella de cerveza vacía a la mesera para que le traiga otra igual. Ana se sorprende por esa pregunta tan fuera de lugar, pero también por escuchar el nombre con el que él solía llamarla hace años; permanece en silencio. Sabe que si contesta la pregunta y menciona a mamá van a dirigirse hacia una conversación que no quisiera tener. La mesera se acerca con la cerveza y ella pide un *banana-split* de postre.

—Todas mis compañeras están obsesionadas con bajar de peso, pero yo no —dice orgullosa.

—¿Y tu mamá? ¿Está saliendo con alguien más?

Ella se muerde el labio inferior. Detesta a su madre más que a nadie. No va a decirle a él que hay noches en las que no duerme porque solo puede pensar en todos los accidentes que desearía le sucedieran, pero tampoco va a protegerla ni a hacerla quedar bien frente a su padre. Siente que odia todo lo relacionado con esa mujer: desde el tono de su voz, la forma temeraria y apurada en la que se mueve siempre, hasta la vivacidad de sus gestos, que para Ana resultan siempre absurdos y falsos.

—A veces.

—¿Cómo que a veces? —la frente de papá se frunce dando la impresión de que tiene un par de antenas entre las cejas.

—A veces sale con hombres, pero nunca me ha dicho: Fulanito es el hombre de mi vida.

Su padre lanza un gruñido antes de darle un sorbo profundo a su botella; la cara de Ana se contrae en una sonrisita fugaz.

—Siempre que se enoja con uno y lo bota dice: será un árbol distinto, pero es la misma mierda de pájaro de siempre. Algo así. No sé qué quiera decir.

La cara de su padre se ha vuelto sombría ante aquella inocencia tan mal fingida. La mesera trae el postre y él pide la cuenta. Ana comienza a comer con parsimonia, despacio. Los ojos de él parecen decir «apúrate», pero guarda silencio y se limita a tamborilear los dedos sobre la mesa. Sus ojos se posan más allá de su hija, en algún lugar más allá de la ventana.

Salen del restaurante y la luz de la tarde los ciega. En silencio suben otra vez a la motocicleta, que ruge y se dirige a algún lugar que Ana desconoce, pero que no importa. Se aprieta al cuerpo de su padre y aspira el aroma a humo de cigarro, a la loción que recuerda aún, y a su piel, su olor personal que la tranquiliza. Desde allí, la ciudad se ve distinta: a pesar de que es el mismo tráfico, el espíritu que la rodea es otro. No siente ni soledad ni ganas de suplicar por algo que no atina a enunciar; ahora experimenta solo felicidad y la sensación de haber terminado algo importante. Sumida en sus pensamientos, Ana tarda en darse cuenta que ya están en las afueras de la ciudad y que han tomado una pequeña carretera que los aleja cada vez más de todo. De pronto entran a lo que parece un fraccionamiento bardeado, con una pequeña caseta a la entrada, y el letrero de Motel Tampico en letras mayúsculas. Se estacionan dentro de una cochera que se cierra al apretar un botón. Ella se quita el casco, lo coloca sobre el asiento, y sigue a su papá por una pequeña escalera que asciende hasta un cuarto en el segundo piso.

El cuarto huele a una mezcla de cloro con limpiador de pino. Tiene una alfombra raída, una colcha con hoyos de cigarro, un cenicero pegado al buró, y un control remoto adherido a una base metálica. Ana se queda en la entrada, de pie, mientras su padre se sienta en medio de la cama, recargado contra la cabecera, y palmea el colchón junto a él varias veces, invitándola.



—Ven, Ana Banana, ven aquí.

Ana se queda inmóvil antes de obedecer. Se sienta en la orilla de la cama, junto a él.

—¿Vives aquí?

Él suelta una carcajada siniestra y poderosa, como villano de caricatura. Tras unos segundos vuelve a tener control de su cara y habla con un tono serio:

—Claro que no —se acaricia la barba y su mano es una pantalla sobre su manzana de Adán que sube y baja inquieta—. Perdóname, Ana.

Cuando alguien le otorga el perdón a otra persona, por lo que sea, se produce una cierta vergüenza quien lo ha pedido primero. Porque se asume la falta. Ella no quiere que papá se avergüence de nada.

—No hay nada que perdonar, papito.

—Sí, hay demasiadas cosas de hecho —dice poniendo su brazo en la espalda de su hija, atrayéndola hacia él—. Te dejé sola por mucho tiempo.

Ella sabe que su madre cambió toda la historia a su propia conveniencia, como quien se manda a hacer un vestido a la medida. Que las acusaciones contra su padre no eran más que inventos malintencionados. No, nada de lo que le contó podía ser cierto.

—Yo sé que mi mamá mentía. —El hombre la contempla con curiosidad: quiere saber qué más dirá su hija—. Me decía cosas para hacerte quedar mal ante mí, ante todos. —La mano de su padre se posa en su pierna desnuda, pues la falda del uniforme se le ha subido—. Pero yo nunca le creí: no le creí nada.

Ahora la mano ha comenzado a moverse ligera sobre su piel, en un movimiento de atrás hacia adelante, como quien intenta sanar un golpe.

Ana siente que todo su cuerpo está encendido, como si algo la apretujara de los pies a la cabeza, llenándola de calor. Apenas puede respirar: es como si en lugar de estar rodeada por aire estuviera metida dentro algún material sólido, tal vez *Play-Doh* o algodón de azúcar.

—Has crecido tanto en este tiempo. Casi no te reconocí a la salida de la escuela.

Ana piensa en el nuevo vello que ha comenzado a cubrir sus axilas y su vulva, en sus pechos nuevos que a veces le duelen y la avergüenzan al insinuarse por debajo de la ropa. Su madre evita siempre la palabra sexo: le cubre los ojos si en algún programa de televisión o en una película se ve alguna escena, usa eufemismos, indirectas y circunvalaciones siempre que no tiene opción de eludir el tema por completo. Por eso sabe que el millón de preguntas sobre su propio cuerpo no encontrarán respuesta jamás con su madre y tendrán que conformarse con la información distorsionada y de tercera mano de las amigas. La campaña para no nombrar al sexo es tan persistente, y por lo mismo tan endeble, que a veces parece que las conversaciones de sobremesa, o sobre cualquier tema inocuo, no tratan más que de sexo. O de su padre. Porque al parecer esas dos palabras, sexo y el nombre de su padre, se han convertido en sinónimos.

—Tú no has crecido, estás igual —dice Ana sonriendo e hincándose sobre el colchón, para quedar de frente a su padre. Lleva su mano hasta aquella cara que no creía volver a ver más y se permite tocar la barba tricolor: negra, pelirroja y con algunas canas—. ¿Por qué te fuiste? Yo no quería quedarme con ella —dice de pronto, sin haberlo planeado, y se arrepiente casi de inmediato. Su boca es como una olla sobre la estufa que comienza a rebosar sin control.

—No me fui. —Él toca con suavidad la cara de su hija con un dedo que comienza a bajar en espirales por el contorno de su cuello, como una ciempiés—. Yo no me quise ir. —El dedo va

hacia su clavícula y baja en línea recta hasta donde está el ombligo de Ana, que sume el vientre. Se detiene allí y ella traga saliva: toda su piel está erizada y siente un ligero mareo. Se recuesta sobre el colchón, de lado, dándole la espalda a él.

—Entonces todo fue culpa de ella —dice Ana encorvándose como camarón: su voz está a punto de quebrarse. No ha dejado de ser una niña que llora con cualquier excusa.

—Te podría explicar, Ana Banana —dice su padre acostándose también y abrazando a su hija por la espalda—, pero por tu extrema juventud y por mi edad tan avanzada, no lo vas a entender —termina en un tono muy serio antes de hacerle cosquillas en todo el cuerpo. Ella grita de felicidad desesperada y se retuerce y contraataca y suplica que ya no más y se carcajea y patalea y termina a horcajadas arriba de su padre, con sus manos tomando las muñecas de él, subyugándolo. Su rostro está rojísimo, como si hubiera corrido en el recreo; su respiración agitada intenta recuperar el ritmo. Desde su lugar de amazona tiene una vista total de su padre. Él se ha rendido, se ha dejado ganar, lo sabe, y su pecho sube y baja por el esfuerzo. Desde la almohada, sus ojos la recorren, y ella entiende que eso es la felicidad.

Ana siente esa cilindro turgente y tibio debajo de sus propias nalgas, algo que se extiende a lo largo de ella misma; sin pensar reacomoda sus piernas y se frota contra los pantalones de él, esperando que no lo note. Pero el silencio de los dos se ha vuelto demasiado: es como si el mundo entero, con sus ruidos, con sus olores, con sus problemas, hubiera desaparecido y solo existiera la sensación entre las piernas de Ana que la obliga a moverse en un ligero vaivén. Aunque no quiera, durante todo este tiempo, ella se ha propuesto concentrarse en la negrura de la playera de su padre, pero cuando al fin se atreve a mirarlo a los ojos, se da cuenta que los suyos están cerrados y sus labios tensos en una sonrisa.

Ella deja de moverse porque tiene miedo de seguir en ese vaivén por siempre. Su padre abre los ojos y pretende no darse cuenta de nada: gira su cuerpo hacia el buró, toma su teléfono y ve la hora:

—Ya es muy tarde, tu madre debe estar preocupada.

Lo que sigue sucede muy rápido. Su padre se pone sus zapatos y le pide a Ana que se ajuste bien la falda: el cierre está en uno de los lados, en lugar de estar atrás. Salen, él cierra la puerta del cuarto y ella se cruza de brazos, temblando. Suben a la motocicleta. Más allá solo se ven las luces de la ciudad que se embarran fugaces sobre el paisaje que se cuele por el rabillo de su ojo; el aire frío de la noche arañando su cara; el vértigo de la velocidad sobre, abrazada al cuerpo de su padre, pero sin poder acercarse a él: hay algo invisible entre ellos. Más allá están sus rumbos, los negocios que le resultan familiares, la panadería, la papelería, la miscelánea, la calle donde vive, su casa, que resalta de las demás por tener encendidas la luces de la sala, la cocina, el cubo de la escalera. La motocicleta se detiene: Ana se baja y el cemento de la banqueta se siente ajeno bajo sus pies. No hablaron en todo el camino de regreso y ahora ella no se atreve a preguntarle cuándo lo verá otra vez. Permanecen en silencio. El motor ruge como un monstruo y la certeza de que no lo volverá a ver más se apodera de Ana. Con el estruendo, su madre ha aparecido en la puerta y ya corre hasta ella, gritando algo que se pierde en el aire porque papá acelera y se aleja sin decir adiós.

## CACTUS

El día en que Inti iba a mudarse a la casa de Daniela, ella se tomó la tarde libre. Puso música, se preparó un té de yerbabuena, se puso a hacer respiraciones profundas de las que recomiendan en la televisión, y fue a la ventana para fumarse tres cigarros. Juntó la ceniza en un montoncito, pero el aire se la llevó. Se apoyó sobre los codos: un par de palomas caminaban sobre la azotea del vecino. Mantuvo el humo del cigarro dentro al ver un perro callejero sorteando los vehículos; cuando el animal logró llegar hasta la banqueta del otro lado, Daniela dejó escapar el humo. Se fijó en la gente: le pareció increíble que todos se movieran aletargados, indolentes, al tiempo que ella moría de nervios. Sus uñas eran prueba de eso: de tanto morderlas se habían vuelto apenas unos cuantos milímetros de queratina sobre las yemas sangrantes de sus dedos.

Después de un rato de pasear de un lado a otro de la casa, fue al baño y tiró sus pastillas anticonceptivas al escusado. Jaló la palanca: aquellas bolitas blancas dieron vueltas en espiral, pequeños huevecillos que se perdían bajo el agua. Cerró la tapa y se sentó sobre ella. Las separaciones entre los azulejos ya no eran blancas. La cortina del baño estaba manchada de moho en la orilla inferior. La parte que debía sostener el rollo de papel de baño se había roto y por eso tenía que ponerlo sobre el tanque del agua. Cada vez que lo necesitaba, tenía que contorsionarse para tomarlo. ¿Tendría Inti algún problema con eso? ¿Esperaría que ella reparara los desperfectos y limpiara todo aquello? ¿Lo haría él?

El timbre sonó poco antes de las ocho de la noche. Daniela se arregló el cabello frente al espejo, se mojó la cara, y bajó las escaleras corriendo. Tropezó en el último escalón, y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio apoyándose contra la pared. Abrió la puerta con fuerza, apurada, como si de eso dependiera la salvación de alguien, o como si temiera que él fuera a cambiar de opinión, diera la media vuelta y desapareciera para siempre de su vida. Pero Inti estaba allí, con sus cuarenta años, sus ojos hermosos, una expresión de culpabilidad y una maleta colgando de cada mano. Al fondo, junto a una camioneta, el amigo que le había ayudado con la mudanza se confundía con el paisaje de la calle.

Sin hablar, comenzaron a meter sus pertenencias en la casa: maletas, cajas, bolsas, una maceta con una enorme biznaga, un ventilador de piso, una bicicleta, algunas bolsas con víveres no perecederos. Daniela había despejado la mitad del clóset para él, compactando su ropa hacia uno de los lados. También regaló la ropa que no volvería a usar, fuera porque ya no le gustaba o era demasiado pequeña y había perdido la esperanza de regresar a esa talla. Días antes, compró una cajonera usada para lo que hiciera falta. El resto del espacio podrían compartirlo.

Ya solos, Daniela le ofreció a Inti prepararle algo de comer, pero él no aceptó. Ella tampoco tenía hambre, así que se pusieron a desempacar en silencio total; solo a veces él preguntaba en

dónde podía guardar algún objeto, y ella contestaba puntual y escueta, como las secretarías feas que solo esperan la hora de salida. Daniela hubiera querido hablar, pero no podía. Quizá deberían de haberlo dejado todo y lanzarse a hacer el amor sobre la cama desnuda, con pasión, desmesurados, ¿no era esto lo que habían estado esperando, al menos desde que se conocieron y Daniela supo que él era el hombre de su vida? Pero en lugar de eso, se dieron a la tarea de asimilar metódicamente las pertenencias de Inti a la casa.

Daniela pensó en sus propios padres. ¿Qué tan cerca se puede vivir de alguien sin tener intimidad? ¿Y si esto fuera el inicio de un gran fracaso? Por un segundo sintió ganas de salir, cerrar la puerta y correr, correr. Pero en el fondo sabía que de hacerlo, apenas llegara a la esquina querría regresar. Inti colocó la maceta del cactus en una esquina, cerca del cristal por donde se colaba la oscuridad del jardín; ella supo que con él en la casa sería más difícil esconderse. Los dos estarían expuestos, vulnerables, el uno ante el otro. Sin embargo, tampoco era posible imaginar la vida sin él. Tenía en sus manos los objetos de la cotidianidad de su amor, que de ahora en adelante serían los suyos también. El polvo iría a acumularse tanto en sus libros y como en los de Inti. La mayonesa iba terminarse más rápido y los trastes sucios se duplicarían. En la coladera de la ducha, el drenaje iría tapándose con los cabellos de ambos. Usarían el mismo rastrillo para las axilas de Daniela y la barba de él y a veces se recriminarían el uno al otro por la falta de filo. La vida en común.

Varias horas más tarde, ya con todo acomodado, merendaron en silencio: pan dulce, café con leche, y plátanos. Él dijo que el cactus se regaba con unas gotas apenas una vez por semana, que eso era importante saberlo, pues era una planta delicada; Daniela respondió que el café lo guardaba en el refrigerador, en un bote metálico de esos de galletas, para mantenerlo seco. Ambos se quejaron de la humedad y del calor, con el hartazgo y cansancio de los matrimonios que rascan el fondo del frasco sin encontrar ya temas de conversación. Se fueron a la cama, intercambiaron algunos comentarios sobre las últimas noticias de la nota roja y, alegando el cansancio por la mudanza, se fueron a dormir sin más.

La primera noche que él durmió en su cama, Daniela tuvo un sueño con la exmujer de Santos y con su hija pequeña. Las veía en la calle, se saludaban y ellas se acercaban sonrientes; al poco rato ya eran amigas y reían juntas. La nena le daba la mano a Daniela para caminar por la calle: la idea era ir a encontrar a Inti que las esperaba en algún lugar. De pronto, de la nada, un auto atropellaba a la niña. Daniela se quedaba mirando aquella manita cercenada aún prendida a su propia mano. La ex se le venía encima a golpes y le arrancaba el cabello a puños. Daniela se despertó; tenía el pulso tranquilo. No se alteró; en el sueño tampoco se defendía. Se dejaba hacer porque merecía aquello.

Se incorporó con cuidado para no despertarlo. Lo contempló mientras dormía, tratando de no ser demasiado intensa, no lo fuera a sentir. ¿Tenía celos, se sentía insegura? Así dormido, con los párpados temblando y una expresión incierta en la cara, él parecía soñar con alguien más. ¿Y si pensaba en la madre de su hija? ¿Estaría buscando a su exmujer en Daniela, sustituir un cuerpo por otro, un cambio de fachada, pero su corazón en el mismo lugar, como los cimientos de una casa? ¿O había alguien más? Alguna vez leyó que los hombres solo se enamoran una vez, pero siempre buscan tener una mujer al lado porque no pueden estar solos por cuestiones prácticas. Necesitan el sexo y llegar a una casa habitada.

Daniela bajó a la cocina y se prometió no decirle a Inti que se ahogaba en ese mar de celos al pensar en su pasado inmediato. Sirvió un vaso con leche y sacó las galletas de la alacena. Estaba

casi segura que esa debilidad nocturna era la causa de su aumento de peso, pero le resultaba difícil despertarse de madrugada y no terminar haciendo lo que ahora hacía. Sopeando las galletas en el vaso, intentó recordarse en cuál cama dormía Santos esa noche y en las que habrían por venir. Qué importaban los sueños, producto del inconsciente y de las ondas cerebrales. Lo mismo podría soñar con un monstruo que con su abuelo muerto. Si Santos se había mudado con ella era porque la amaba, ¿no?

La leche le provocó náuseas; de un tiempo acá le sucedía con ciertos alimentos. Se levantó y sin saber por qué, en lugar de vaciar la leche en el fregadero, lo hizo sobre el cactus. Las gotas blancas resbalaron por los gajos verdes hasta perderse en la tierra húmeda. Quizá el sueño tuviera que ver con que la niña había irrumpido en su relación. La exmujer le tenía prohibido a Inti ver a su hija, así que desde que comenzaron a salir como pareja, Daniela solo sabía de su existencia, pero nada más. Su exmujer y él jugaban ese juego cruel de algunos padres, el estira y afloja con los hijos, la pensión alimenticia y las visitas, ese juego en el que al final todos terminaban tirados en el fango y con las manos ensangrentadas.

Él había tenido una mala racha en su negocio de herramientas, así que lo traspasó y quedó varios meses desempleado, durante los que no pudo contribuir a la manutención de la niña. Por eso perdió la posibilidad de verla. En el último mes, sin embargo, tras negociar en sesiones con una terapeuta que cobraba un dineral por hora, la exmujer impuso sus condiciones y se obligaron a llegar al acuerdo de que podría tener contacto con su hija si prometía ponerse al corriente con sus deudas. Aquello coincidió con que obtuviera plaza como profesor en una universidad técnica enseñando materias básicas de matemáticas y física, así que empezó a depositarle el dinero a su exmujer casi de inmediato. Pero como tenía que pagar el mes corriente y todos los anteriores, se quedaba sin un peso cada quincena. A pesar de eso, estaba feliz: al fin podía ver a su hija, una nena preciosa de tres años. Daniela, que se hacía cargo de la situación sutilmente invitándolo a comer y pagando las cuentas si decidían salir a tomar algo, le propuso que vivieran juntos. Podría ahorrarse el dinero que pagaba de renta y salir de sus deudas más pronto. Lo dijo casi sin pensar: ¿no se amaban? Era lo más lógico.

A las dos semanas de estar viviendo juntos, Daniela le abrió un espacio a la hija en su hogar. La casa solo tenía sala-comedor, cocina, un baño y dos recámaras, una de ellas, no hubo más opción que sacrificar el estudio de Daniela. Fue una decisión tomada por ella misma. Tal vez más adelante acondicionaría un espacio para ella en la terraza, si pudiera conseguir un toldo. O trabajaría sobre la mesa del comedor, no necesitaba mucho más: era correctora de estilo para una revista para mujeres y articulista ocasional. Le bastaba cualquier superficie, una computadora y listo. Aun así, sintió que estaba renunciando a algo fundamental. Se repitió varias veces: *es más importante, mucho más importante, el cuarto para la nena. Significa que acepto a mi compañero con todo su pasado, con lo que es importante para él.* Cuando él se fue a dar su clase a la universidad, Daniela sacó sus propias pertenencias, sus libros, sus papeles, sus adornos, y puso todo en cajas. Comenzó a pintar con brocha gorda el cuarto de color rosa. La nena estaba en su fase de princesas, lo cual le resultaba al mismo tiempo adorable, predecible, y algo triste. Ninguna hija suya sería presa tan fácil de la mercadotecnia y el consumismo, se dijo al tiempo que colocaba unas cenefas con la Bella Durmiente y sus pajaritos ayudantes.

El cuarto quedó listo: una cama pequeña y colcha de la Cenicienta, con todo y la calabaza, ratones y sabueso viejo; un pequeño buró también rosado, con una lámpara cuyo pie era el cuerpo

de Blanca Nieves y arriba en la pantalla, los siete enanos de Disney, de regreso de la mina. Un cuadro de la Sirenita y su cangrejo patiño. La niña llegó con un vestidito blanco, sonriendo tímida, con una pequeña mochila con su ropa para el fin de semana. El acuerdo era que pasaría dos días cada semana con su padre, siempre y cuando no hubiera algún compromiso social. Inti las presentó: Daniela, Ana Gaby; Ana Gaby, Daniela. Las dos sonrieron sin mostrar los dientes. Eso está bien, pensó Daniela. Había visto en un programa del Discovery que una sonrisa mostrando los colmillos era una amenaza velada entre los grandes simios. Platicaron sentadas en la orilla de la cama y comenzaron a relajarse un poco. De todas formas, ellos no dieron ninguna señal de que fueran una pareja en frente de la niña.

Esa noche tampoco hicieron el amor. La niña estaba en el otro cuarto. Ninguno de los dos intentó nada. Daniela podría haber asegurado que estaba embarazada. Se durmió pensando en un bebé imaginario y propio. Nunca mencionó lo de las pastillas en el escusado. Igual, no era un método adecuado para alguien como Daniela que con frecuencia olvidaba tomarlas por un día o dos. Tirarlas había sido más bien un acto de honestidad con sí misma. A escondidas en el baño registraba su temperatura basal cada mañana. Si era la correcta, buscaba a Inti por la noche. Lo despertaba. Lo besaba. Lo tocaba. Él respondía lento, atolondrado, como si fuera un hombre viejo, y al final hacían el amor despacio y sin fuerzas; a ella la invadía la tristeza. Entonces se apuraba a fingir un orgasmo y esperaba a que él terminara y cayera dormido a los pocos minutos. Los siguientes días se abocaba a examinar su cuerpo buscando cualquiera de los cambios que, según había leído, indicaban la preñez. ¿Quizá le crecían los pechos? Esa náusea matinal. El apetito inusual. Unos cólicos fuera de época. Sueño, mucho sueño que no podría atribuírsele a un desvelo previo. Entraba en el cuarto de Ana Gaby y tocando su vientre plano imaginaba una cuna de mimbre y encaje blanco. Esa noche podría haber jurado que estaba embarazada.

Pero llegó el humor nefasto, la retención de agua que le impedía usar anillos, el terrible alfileteo en los ovarios y las ganas de exterminar a quien se cruzara en su camino. El preludeo de la sangre. Una mañana orinó en la ducha y vio salir el líquido rojo contaminado por trozos de endometrio y de ilusiones por ser madre. Desnuda, se sentó en el azulejo con el agua cayéndole encima a llorar todas las lágrimas del mundo. Él estaba desesperado por usar el baño. Abrió la puerta y la vio allí; se apresuró a cerrar la llave. No le preguntó qué pasaba ni la ayudó a ponerse de pie; la acusó de desperdiciar un recurso precioso. ¿Qué estaba pensando? Daniela no supo qué decir. Una gota insistía en caer sobre su cabeza, tortura medieval. Santos corrió a traer herramientas para arreglar la cebolleta. El hombre de tu vida, el que puede romper tu corazón o hacerte feliz, te ignora si lloras, pero se ocupa por arreglar la tubería de tu casa, pensó Daniela. ¿Era también una expresión de amor?

Mientras su plomero personal salvaba al planeta evitando que unas gotas se escaparan, Daniela colocó una toalla sanitaria sobre su pantaleta y se vistió en silencio. Fue a la cocina a preparar café, pero no fue capaz de tomarlo. Lo vació sobre el cactus y salió a la terraza a fumar. El matrimonio, más que un papel o una ceremonia dispendiosa, se trataba a fin de cuentas de dos personas viviendo juntas bajo el mismo techo. El error era pensar que esa convivencia pudiera alterar las matemáticas. Uno más uno siempre es igual a dos, a pesar de lo que digan las canciones o los poetas. No hay nada más que uno mismo y el otro. Y eso nunca basta.

Por la tarde llegó la hija de Inti para quedarse el fin de semana. Los tres salieron a comprar un helado. Al caminar por la calle rumbo a la nevería, Ana Gaby tomó la mano de Daniela y la de él y se intentó columpiar, pero ella no la levantó. Se sentía exhausta. La niña se quejó e Inti miró a

Daniela de una manera en la que no la había mirado antes. Ya con el helado, llegaron hasta un parque cercano y se sentaron en una banca a comerlo. Había juegos y la niña dejó el suyo para ir a subirse a la resbaladilla. En la banca de junto, un par de señoras platicaban mientras sus hijos competían por los columpios. Inti comía su nieve en silencio, concentrado en el espacio, en la nada. Las dos mujeres se quejaban de lo cansadas que estaban. Igual que la exmujer de Inti, igual que todas sus amigas que tenían hijos. Al parecer el cansancio era uno de los temas de conversación preferidos de las madres, junto con los hábitos alimenticios, dormitivos y defecatorios de sus hijos, así como los pros y contras de llevarlos a las guarderías, lo difícil que resulta llevar una rutina de ejercicio, las manías y defectos de los respectivos maridos. Esas mujeres tenían lonjas en el vientre, las piernas flácidas y una profunda cara de hastío, a pesar del maquillaje.

Daniela dijo que no se sentía muy bien por los cólicos y regresó a la casa. Tuvo problemas para mover las piernas y poner un pie enfrente del otro. A pesar de lo mucho que le gustaba caminar, arrastró las suelas contra el empedrado y regresó con los zapatos cubiertos de polvo. Antes de conocer a Inti, tuvo una relación mediocre de varios años. Él, por su parte, venía de un matrimonio corto y malo, por lo que le había contado. ¿Y si fuera que ambos tenían roto el corazón y confundieron al otro por algo que no era? ¿Y si todo este presente era el resultado de un espejismo que persistía porque ninguno de los dos se había atrevido a tocarlo? Encendió un cigarrillo y fumó adentro de la casa, a pesar de que habían acordado no hacerlo, por el olor y las visitas de la niña.

En la casa no había ninguna foto de ellos dos juntos. Las paredes estaban adornadas aún con los cuadros de ella. Lo único que delataba la presencia de su novio era aquel cactus que comenzaba a verse enfermo: durante los últimos días había vertido muchos líquidos en él. Daniela se acercó a la maceta y apretó la punta encendida del cigarrillo contra la piel verde: se escuchó un silbido y un olor a quemado entró por su nariz. La biznaga tenía ahora un cráter negruzco. Encendió otro cigarrillo, inhaló varias veces hasta quemarse la garganta, y volvió a apagarlo contra la planta. Lo repitió varias veces más hasta dejar toda la superficie cacariza, herida. Pensó en esos niños que van a dar a la Cruz Roja, torturados por padrastrós solapados por las madres enamoradas.

Inti y Ana Gaby llegaron más tarde, las caras rojas y sudando; Daniela ya tenía los ojos secos y terminaba de preparar macarrones con queso, la comida favorita de la niña, según especificaba la lista de instrucciones o sugerencias que había dejado la exmujer para cuando su hija estuviera allí. Estaba pegada en el refri con un imán en forma de manzana que él le había traído de Nueva York. Encendieron el ventilador del techo. Daniela acercó a la mesa un plato con bocadillos de jamón serrano y queso Brie, y un platito con macarrones. En una taza de la Bella Durmiente sirvió leche para la niña, y en un par de copas, vino para los adultos. No tuvieron que hablar entre ellos porque Ana Gaby relataba emocionada sus andanzas en los juegos del parque. Al terminar, él se quedó a recoger la cocina y lavar los platos; Daniela llevó a la niña a su cuarto. Le puso la pijama y leyó algunas páginas de un libro de cuentos clásicos, pero la niña se quedó dormida mucho antes. Guardaron silencio fingiendo interesarse en el resumen de noticias en la televisión. Él le preguntó cómo se sentía y ella dijo que mejor.

Él tardaría varias semanas más en notar la ausencia de su cactus. De todas formas, el clima húmedo tropical no era lo más apropiado para una planta así.

## PICOTA

—¿Qué me van a hacer?

Ashley se arrepiente apenas termina de salir de su boca la última palabra. ¿Qué más pueden hacerle sino eso? Qué estúpida. Demasiadas series gringas con final feliz por el Canal 5. Con todo, el tipo de cabello teñido de naranja y corte estilo Neymar le responde sin dejar de sacar rollos de cuerda de una caja de cartón:

—Te va a cargar la verga —se limpia las manos en su pantalón, de por sí manchado de grasa, como si fuera un mecánico, y se ríe—: a tus amigos también, pero a ti más que a todos, morra culera.

Ella intenta cambiar de posición: tiene las piernas acalambradas y llenas de picaduras de mosquitos. Pero los cinchos de plástico en sus tobillos se lo impiden. ¿Por qué tuvo que preguntar? Si alguien te dice la verdad a la primera es porque no te tiene miedo, porque sabe que la única persona que tendría que estar aterrada eres tú.

Siente el riachuelo de sudor bajar incesante a lo largo de su columna vertebral y anidar entre sus nalgas. Tiene las pantaletas encharcadas y no solo de sudor. No hay baño y orinar en cuclillas con las piernas atadas no es fácil. Si Tampico en verano, al aire libre, es insoportable, aquel cuarto cerrado, sin ventanas, es una olla de agua hirviendo. El aire caliente la sume en un sueño febril. Se duerme. No sabría decir cuánto tiempo pasa así.

—¿Cómo te llamas? —La mano del tipo que se parece a Neymar aprieta por debajo de su quijada hasta que la lengua se le sale por entre los labios. Ella piensa en una vaca muerta que alguna vez vio en la carretera rumbo al Mante, con la lengua así de fuera. Tras unos largos segundos, la suelta.

—Ashley Saraí.

Él suelta una carcajada; algunos pedazos de la sopa Maruchan que masticaba aterrizan sobre la cara de Ashley. La risa le impide hablar. Como no tiene las manos libres para limpiarse, ella solo puede sacudir la cabeza para liberarse de la pasta adherida a su piel. Le resulta hilarante.

—Nombre de putita —se acerca a ella e inhala—. Hiedes a madres.

Con una serie de movimientos practicados, el Neymar la jala del cabello y la empuja con fuerza para que su cuerpo caiga de boca. Hincado, se abre la bragueta, mueve la pantaleta sucia hacia un lado y levanta las nalgas de Ashley con las manos. Hace un gesto de asco y la penetra. Con la cabeza ladeada sobre el cartón orinado en el que estaba sentada poco antes, los ojos de ella hacen contacto con los de otro hombre al que escuchó le dicen La Jaiba. Tiene la piel colorada, y observa la violación como la misma indiferencia con la que su abuelo inválido ve pasar los carros desde su silla de ruedas cuando lo sacan a tomar el fresco en la banqueta. Ashley



cierra los párpados con fuerza hasta que ve chispitas y las lágrimas se le escapan.

*Quería un iPhone, el más nuevo. Su mamá había dicho que no, que era fecha que no terminaba de pagar la lavadora en Elektra. Eso era más importante. ¿O Ashley iba a lavar la ropa a mano encorvada sobre el lavadero? No, ¿verdad? Pero su madre no era más que una pinche sirvienta y tenía una mentalidad jodida, igual que su celular pedorro del Oxxo. Seguiría siendo una chacha toda su vida. No tenía aspiraciones. ¿Por qué no sacaba un teléfono para Ashley también en abonos? Vieja tacaña.*

Abre los ojos. Sus sentidos van despertando uno por uno, como si percibir todo al mismo tiempo fuera demasiado. Primero, un dolor generalizado en el área genital la hace estremecer. Son como oleadas de ácido que se generan allí, pero salen en ondas hasta alcanzar el resto de su cuerpo. Después un olor a mierda entra por su nariz y es registrado por su cerebro; la invaden las náuseas y aunque su cuerpo hace por vomitar, le es imposible. En tercer lugar llega la certeza de que la fuente de la pestilencia es ella misma y que uno de los dolores que la quiebran procede de su ano. Basta bajar la mirada para ver la porquería entre sus piernas. Está acalambrada por la posición. Pero nada de eso importa. Tiene mucha hambre. El estómago arde, araña, se queja contrayéndose en un dolor primigenio que no había experimentado jamás. Nada como cuando iba a la preparatoria y salía con ganas de llegar a casa para ver qué había preparado su mamá. O cuando corría a la esquina para alcanzar al carrito del señor que vendía elotes en grano. No. Esto era un hambre seria. Que mareaba. Que se sentía como un paso más cerca de la muerte. ¿O sería sed? No puede distinguir ya entre las dos exigencias de su cuerpo. No ve al chico con pelo de Neymar, pero La Jaiba la observa sentado sobre una silla de plástico.

—Agua—dice Ashley con la garganta seca. Su propia voz es la de un monstruo.

—Lo que la reina ordene.—La Jaiba se pone de pie y sale del cuarto. Ella escucha cómo le pone seguro a la puerta—. Está bien. Mientras regrese con agua. Escapar no es una prioridad ahora.

No sabe cuántos minutos pasaron. Se quedó dormida esperando. Pero ahora la puerta se abre y entra La Jaiba. Tras él viene Neymar, balanceando una cubeta llena de agua. ¿No habrá vasos? piensa Ashley, pero no dice nada. No importa. Nada importa. Es curioso cómo cambian las prioridades. Hace poco lo más importante del mundo era tener ese iPhone nuevo y ahora todo se reduce a beber.

—¿Quieres agua, pendeja, o mejor te doy un teléfono?

¿Cómo sabe lo del iPhone? ¿Quién se lo dijo? ¿O puede leer sus pensamientos? Ashley no sabe cuál de los dos hombres pronuncia las palabras porque vienen acompañadas de un golpe en cada oído. El dolor así es algo nuevo. El mundo entero se distorsiona en ondas lejanas. Tras unos segundos, o minutos, quién sabe, lo entiende al fin. Es una broma, un juego de palabras. El teléfono. Así se le dice a los zapas en las orejas. Ella también lo hizo. Con el dorso de la mano duele más, le había dicho El Cuervo, su novio. Y Ashley le había dado con el dorso de la mano a varias de las centroamericanas que, como ella ahora, estaban amarradas sin poder defenderse. Gritaron, lloraron. La odiaron desde el fondo de sus almas. Más tarde le dolería la mano, pero ahora no lo percibe siquiera. Te ensañas, se había burlado El Cuervo. ¿Por qué golpeaba solo a las mujeres? No le contestó, pero ella sabía la respuesta. Las golpeaba porque eran bonitas. Eran bonitas a pesar de la jodidez de sus vidas y también porque llamaban la atención de él. Lo había

sorprendido viéndolas varias veces.

La Jaiba la toma por el cabello, la hace levantarse y la empuja frente a la cubeta. Sus rodillas se electrizan antes de que las punzadas de dolor lleguen al cerebro. No puede escuchar la conversación entre sus captores porque Neymar mantiene su cabeza debajo del agua al mismo tiempo que La Jaiba se para sobre sus pantorrillas, clavándola al suelo. Se desmaya.

*Había llegado a detestar con toda su alma la voz de su mamá cuando le decía que la ayudara a limpiar la casa (no puedo con todo, hija, limpio casas ajenas y estoy muerta), que se vistiera (¿cómo puedes estar en pijama todo el día?), que fuera a la escuela (antes de que la expulsaran de tres secundarias), que se alistara para el trabajo (cuando le dieron el puesto de cajera en Coppel), que no desatendiera a la niña (la única razón por la que ese tipo está contigo). Pero no era verdad. Él la amaba. La amargada de su madre qué podía saber del amor si su esposo cambiaba de mujeres como de bares. Le tenía envidia. Eso era todo.*

Vuelve a abrir los ojos. Supone que perdió el conocimiento porque no sabe en dónde está. Pero todo vuelve poco a poco. Sigue encerrada en el pequeño cuarto, sus manos y pies atados igual que hace un rato, la misma hambre y sed, pero aumentadas. La única diferencia es que su cabello y su blusa están empapados. Un alivio pasajero del calor tampiqueño de verano. Tanta humedad. Luego de resbalar y caer varias veces, logra adaptar la mejor posición posible considerando las circunstancias: sentada con las piernas extendidas y la espalda contra la pared. Desde allí puede ver quién entra y sale por la puerta y no tiene que gastar tantas energías en sostenerse.

Se pregunta si su novio estará por allí cerca o si logró escapar. Todo sucedió muy rápido. Pura confusión. Ruido. Gritos. Golpes. A ella la agarraron en un cuarto parecido a este, solo que repleto de migrantes. El Cuervo la había puesto a cargo de cuidarlos y mantenerlos «mansitos» mientras él y su amigo se ocupaban de pedir los rescates a las familias. No los mates, pero tienen que saber quién manda. Y ella, como si tuviera un don natural para la tortura, se entregó a su tarea sin pensarlo dos veces. Los llevaba al borde de la asfixia con bolsas de plástico, les aplicaba «el teléfono», les pateaba el abdomen y a veces los quemaba cualquier parte del cuerpo con la punta de su cigarro, sobre todo cuando se aburría de estar encerrada en ese lugar a donde no llegaba la señal de internet. Recibirían mucho dinero. Tendría el iPhone que quería y dinero para ropa nueva. Maquillaje. Zapatos. Crédito para el celular. El Cuervo se compraría una camioneta casi nueva y la llevaría a Monterrey de compras y a una playa bonita, bien, no como la pinche playa de Madero que es para pobres.

*También había llegado a odiar cualquier sonido que saliera de su hija. Sus chillidos. El pitido de su voz. Cuando pedía comida. Cuando decía que le ardía la colita porque estaba rosada. Cuando la sacaba de quicio y luego lloraba por los golpes. Cuando estaba enferma y sus tos no la dejaba dormir. Cuando su madre le decía que no podía cuidársela y Ashley tenía que llevarla con ella. O no podía ir a una fiesta. Cuando dormía a su lado y sabía que era una realidad que no iba a cambiar. Ya nada era igual. Cuando El Cuervo le hacía más caso a la escuincla que a ella.*

Si estuvieran buscando a su novio, ya le habrían preguntado a ella. Hubieran aprovechado la

tortura para sacarle información, pero no. Parece que lo hicieron por gusto, solo porque sí. Bueno, las cosas nunca suceden solo porque sí. Ashley sabía quiénes eran ellos aunque nadie se lo hubiera dicho. Para cualquiera que llevara viviendo algunos años en el puerto, esas cuestiones eran bastante fáciles de deducir. Si no estabas con unos, estabas con los otros. No era ningún secreto para ella que El Cuervo tenía lazos desde hace tiempo con los del Cartel del Golfo. Su mamá también lo sabía y no dejaba de embarrárselo en la cara como una excusa para prohibir esa relación. ¿Pero quién no estaba con los golfos viviendo en Tampico? Era tradición. Era casi obligado. Los vendedores de películas piratas, los ambulantes, los dueños de los teibols, las teiboleras mismas, y los que se dedicaban a conseguir autopartes tomándolas de otros carros, como El Cuervo hacía a veces para completar sus gastos. A veces se ofrecía a descargar algunos de los contenedores con precursores para drogas que llegaban al puerto, pero era mucho trabajo. Había que subir la mercancía a tráilers entre la que se escondía la droga y a su novio no le gustaba tanto hacer esfuerzo físico porque lo hacía sudar mucho, como si no tuvieran ya bastante con el clima, y eso arruinaba sus camisas vaqueras. Pero de vez en cuando tenía que hacerlo. Era normal. Las parejas de sus amigas estaban en lo mismo. ¿No podía su mamá entender eso? Todo mundo lo hacía.

El Cuervo. Piensa en él y sonrío sin querer. Está enamorada. Un día de estos van a casarse. Se lo prometió. Dejaría a la idiota de su mujer, a sus hijitas, y se iría con Ashley. Pero primero tenía que salir de allí. Ahora está segura de que lo tienen también a él. Por eso no lo buscan. ¿Qué más iban a hacerle? ¿Hasta cuando la tendrían encerrada? Casi podría no importarle estar allí por más tiempo si tan solo le dieran un poco de agua y comida. Se siente mareada, exhausta, acalambrada. Tiene un dolor de cabeza de una intensidad que no conocía. Se duerme a ratos, abre los ojos, vuelve a perderse. La habitación siempre tiene el foco prendido y es imposible saber si es día o noche. No tiene idea de la hora. Intenta llorar, pero tiene los ojos secos.

*Con él era todo diferente. Su madre la hacía sentir un fracaso con todos sus reclamos y exigencias; en cambio él la hacía sentir la mejor. Con él escondía sus ganas desesperadas de morir. Con él suprimía su mal humor, el frenético deseo de gritar a golpear a quien se le pusiera en frente. Si lo descubría hablando con otra podía sofocar su boca enloquecida con una toalla, de ser necesario. Podía desquitarse con la niña después. O con los mugrosos migrantes. Le causaba placer el simple hecho de estar en un lugar en donde él ha estado. Su olor. Saberlo allí. Con él era otra. La que quería ser por el resto de su vida.*

La despiertan los tablazos en las plantas de los pies. ¿A qué horas le quitaron los zapatos? El chico con pelo de Neymar parece disfrutar haciéndolo. Ella gime: esos golpes deberían hacerla gritar, pero su cuerpo tiene muy poca fuerza como para hacer algo más. Apenas y se da cuenta; es como si sus sentidos se hubieran marchitado. Ya no puede oler nada. Debería percibir el sudor del Neymar tan cerca; suda a chorros mientras la golpea. Pero no puede. Tampoco detecta ningún olor en ella misma. Él mismo la acusó hace poco de apestar. ¿Por qué no puede oler nada? ¿Se está muriendo?

¿Y el dolor? Puede ver cómo él golpea sus pies, pero fuera de un retumbar por todo su cuerpo, un movimiento incómodo, no siente nada más. Él abre la boca en repetidas ocasiones, su rostro se distorsiona a veces como si gritara, pero tampoco puede escucharlo. Como aquella vez que fue con su mamá a la playa Miramar, de niña, y unas olas la revolcaron cuando ella hacía castillitos

de arena en la orilla. Recuerda que giró y giró abajo del agua con los ojos abiertos, entre el agua oscura, pero sin oír nada, un silencioso estruendoso como si alguien le tapara los oídos. Cierra los ojos otra vez, mecida por los golpes y el recuerdo de ese día en la playa. Su mamá se asustó mucho y la cargó en brazos apenas las olas volvieron a escupirla sobre la arena. La cubrió de besos y le compró un mango enchilado y uno de esos papalotes que vendían los ambulantes. Todo era más sencillo entonces. Lo que deseaba eran más sencillo de obtener.

*Ashley aceptó la propuesta de El Cuervo a pesar del trabajo en Coppel. Era muy pesado porque tenía que estar muchas horas y ganaba muy poco, pero si te esfuerzas pronto te darán un aumento, le decía su mamá. Me explotan y mi jefa es una perra, contestaba Ashley. Es dinero seguro y es trabajo decente, insistía su madre cuando la escuchaba quejarse en la noche, cansada, amenazando con renunciar. Te dan crédito allí mismo y puedes ir ahorrando poco a poquito. Su mamá y sus buenos deseos. ¿Con ese suelducho de mierda que le pagaban en cuánto tiempo podría comprar el iPhone? Sobre todo porque apenas cobraba la quincena se le iba en cualquier tontería. Y su madre quería que cooperara con los gastos de la niña y ahorrara. ¿En qué realidad vivía?*

Ashley dormita sin soñar, sin abandonarse por completo. No se trata de un sopor capaz de alejar al mundo en su totalidad. Aunque tenga los párpados cerrados, la situación es igual que antes. ¿Tendría que haber cambiado solo porque ella volvió a dormirse? Le parece escuchar ruido de urracas a lo lejos. Las envidia. Envidia a todos los seres vivos que siguen sus existencias allá afuera como si nada, como si ella no estuviera presa, hambrienta, apesosa, con sed y el terror atragantándola.

No sabe cuántos días han pasado. ¿La estará buscando su mamá? Piensa en ella. Si estuviera en casa podría recostarse en la cama y ella la llamaría a cenar. Cocinaba comida de pobre, los detestables frijoles, pero a veces preparaba platillos con pollo o carne. La idea de comida la hace salivar. Si tan solo eso le quitara la sed. Si abre los ojos puede ver el suelo sucio perpendicular a su visión. Ya no puede sostenerse contra la pared. Está mareada, débil. No quiere pensar en cómo luce. ¿Qué diría El Cuervo si la viera? Se daría cuenta de que sin maquillaje no es tan bonita. La dejaría para irse a buscar otra más linda. Ese termina siendo siempre el problema con los hombres.

*Lo amaba y por eso se puso a su disposición. Desde que andaba con El Cuervo no podía dejar de admirar su propia figura en los aparadores de las tiendas. Se sentía libre, deseada, hermosa. Por fin era alguien. Por eso no podía dejarlo. No podía regresar a su vida sin él. ¿Es que mamá podía no entenderlo? Ya era imposible regresar a la escuela, a los quehaceres de la casa, a que le dieran órdenes y le pusieran horas de llegada cuando salía. Tenía que estar con él. Tenerlo feliz para que no la dejara nunca.*

Escucha a lo lejos voces masculinas. Las reconoce. Pertenecen al que le dicen La Jaiba y al pelos de Neymar. Gritan como si discutieran del otro lado de la puerta. No puede entender lo que dicen, solo que están exaltados. ¿Pelean? La puerta hace un chirrido al abrirse, pero solo entra La Jaiba. ¿Para qué viene? Ella trata de enfocar, pero ve borroso. No importa. Decide dormir. De pronto tiene mucho sueño.

—No te duermas, pinche vieja culera.

La orden llega a los oídos de Ashley al mismo tiempo que el dolor a su cuero cabelludo. El hombre la jala del cabello y la hace incorporarse, solo para dejarla caer segundos después. Su cuerpo hace el mismo ruido que un costal de naranjas. La Jaiba repite aquello hasta que ella queda sobre sus rodillas. Al parecer es la posición que buscaba, porque cuando la ve así, ya no la vuelve a levantar. Pone frente a ella una cartulina blanca y le entrega un plumón de color negro.

—Vas a escribir lo que yo te diga. —Ella parece no comprender. Con el dorso de su mano y todas sus fuerzas, La Jaiba golpea la cara de Ashley. La vibración recorre su cuerpo, pero el dolor se disipa, la evade, como si ya no le sucediera a ella. Su cerebro comprende todavía menos. Solo sabe que debe callar, asentir—. No la vayas a cagar porque solo tengo una cartulina para cada uno.

Y sí: le queda claro que no puede equivocarse.

*Parecía tan sencillo. Los Zetas que eran unos retrasados mentales lo hacían todo el tiempo. Los que eran listos se aprovechaban de la situación, punto. Por eso el mundo les pertenecía. Esa era la ley de la vida. No serían ellos los únicos pendejos que dejaron pasar la oportunidad. Los centroamericanos tenían que pasar por Tamaulipas si querían llegar a la frontera. Los Zetas los secuestraban desde que entraban al país, al sur, hacían sus tranzas, los mataban o los dejaban ir. En Veracruz los volvían a coger los Zetas jarochos y era lo mismo, con la única diferencia de que el número de migrantes se reducía en cada redada. Lo único que tenían que hacer, dijo El Cuervo, era agarrarlos antes de que cayeran en manos de los Zetas tamaulipecos. Él ya sabía por dónde llegaban. Capturarían solo a un grupito para empezar, llamarían a sus familiares, pedirían el rescate, tomarían el dinero y los dejarían ir. Ni siquiera los meterían vivos a las fosas como hacían los Zetas. Ellos no eran así. Solo se quedarían con el dinero y listo. ¿No era una gran idea?*

Los debieron de haber colgado desde la madrugada. La nota del periódico indica que los cuerpos fueron vistos por varios testigos poco antes de las seis de la mañana cuando esperaban el transporte público en Avenida Hidalgo. Los tres tenían cartulinas colgadas del cuello, como baberos gigantes, a excepción del decapitado, que la tenía clavada en el torso desnudo. Como entró norte desde un día antes, los cadáveres se mecían con el viento bajo el distribuidor vial que levanta la avenida Hidalgo sobre el bulevar Loma Real. De lejos se perdían las sogas que los sujetaban y daba la impresión de que volaban libres. Fue la vecina la que le trajo el periódico. *Las noticias malas siempre tienen alas.* Doña Meche no puede dejar de pensar en un libro de español de Ashley, de cuando iba en primaria y le pedía ayuda para hacer las tareas. El tema era el de los refranes. *No hay mal que por bien no venga.* ¿Qué bien podía venir de esto? La última vez que vio a su hija fue hacía tres días. Doña Meche no dejó de rezar para que el Santísimo se la devolviera. En el puerto, la gente o se desaparecía para siempre, o aparecía tras unos días, siempre muerta. La vecina entró con el periódico de la tarde y sin decirle nada lo puso frente a Meche, que comenzaba a palmea la masa de los bocoles para la merienda.

*Esto les ba a pasar a todas las ratas ke se metan con los Zetas.*

Imposible saber quién era el dueño de aquel cuerpo sin cabeza. Tal vez aparecería más tarde en alguna hielera, no muy lejos del puente. Era común que lo hicieran así. Les gustaba repetir sus modos o no tenían mucha imaginación, pensó doña Meche.

*Avranse a la verga los ke apollen a los putos del CdG. Atte, Z4 y Z12*

Ese mensaje cuelga del hombre que andaba con su hija. Ese que le decían El Cuervo. Doña Meche traga saliva. Las malas compañías. *Dime con quién andas y te diré quién eres.* Nunca le gustó ese tipo. Si todo el mundo sabía en lo que andaba. Y Ashley, Ashley tan necia.

*Me isieron lo ke yo les ise a ellos. Así kedé x puta y rata.*

Su hija desnuda salvo por sus pantaletas sucias. Las piernas chorreadas, el cabello cubriéndole la cara porque la sogá había echado su cabeza hacia adelante, como si ella misma tratara de leer el letrero que le cubría los pechos. Y la letra. La caligrafía que tantas planas llenó cuando aprendía a escribir. Cuando le gustaba estudiar. Cuando la obedecía. Su letra inconfundible.

Su hija.

Su hija.

Su hija.

# UNA NOVIA PARA KAFKA

## I

La luz entra por la ventana como una resbaladilla por la que bajan miles de partículas de polvo hasta mi cama. Traspasan mi piel, se meten en mi cuerpo, viajan por mis venas. Los olores se transforman, van de la tierra mojada a carne descompuesta. Ellos me enseñan los prejuicios de los sentidos: un olor es un olor. Mi cerebro se abre a todo: soy un receptáculo. Cierro los ojos y ya están allí. Rojos, retorcidos, sangrantes, mostrando los colmillos. Me amenazan y palpitan detrás de mis párpados dictándome órdenes. Son ellos. Hoy me piden que la encuentre.

## II

La tarde del 26 de marzo del 2016, una joven mujer caminaba por la banqueta, rumbo a su automóvil, cuando notó que alguien la seguía a unos diez metros de distancia. Se volvió hacia él y le dedicó una mirada despectiva para desalentarlo, si es que su intención era hablarle. Vio que se trataba de un hombre muy joven con orejas prominentes y despegadas del cráneo, como pequeñas alas, que vestía como anciano, una persona de principios del siglo xx. Llevaba una gabardina negra que le cubría las rodillas, pantalón también negro y un sombrero Borsalino de fieltro gris oscuro con una cinta de color vino anudada al lado izquierdo. ¡Las ridiculeces que pueden verse en esta ciudad! Era delgado y caminaba con las manos en los bolsillos. Sus zapatos se veían viejos y gastados: los zapatos siempre desenmascaran a la gente. El hombre que caminaba tras ella no era más que un pobre excéntrico.

Lamentablemente muy pocas personas tenían sentido de la moda y del buen vestir. Buscar una pareja atractiva en lo físico y en lo intelectual, pero a la vez de un nivel social y educativo similar al propio, que no estuviera divorciado o fuera muy viejo era ya bastante difícil; eso sin agregar que habría de vestir bien, según la ocasión, el clima, y con atuendos de buena calidad. ¿Qué pasaba con los hombres? Conocía a varios de buena clase que no le daban importancia a su imagen, a otros que eran interesantes, pero vestían como pordioseros, y a locos ridículos como el que caminaba detrás de ella, que solo querían llamar la atención. Patético. En realidad aquel le

resultaba familiar, como si lo hubiera visto antes en alguna otra parte, pero no recordaba en dónde.

La mujer se llamaba Norma Portugal, tenía treinta años, era soltera y deseaba dejar de serlo con toda su alma. Era de las pocas dentro de su círculo de amigas que no empujaban carriolas con un bebé casi siempre rubio y varias bolsas de tiendas de marcas exclusivas colgando de las agarraderas, antes de subirse a sus camionetas de lujo. Algunas conocidas que se casaron por un embarazo adolescente, ya habían pasado por el divorcio e incluso ya planeaban los quince años de sus hijas al tiempo que cobraban generosos cheques de sus exmaridos. Todos los días antes de irse a la cama, Norma Portugal seguía planeando la que sería su boda. Una ceremonia fastuosa, pero de buen gusto, refinada. Una boda planeada con rigor y sin escatimar en ningún gasto, pues el dinero no sería un problema para el que fuera su esposo. Algo digno de las revistas de alta sociedad, con personajes de la farándula, de la política nacional y de las mejores familias de la ciudad donde vivía. La boda de Norma Portugal sería la envidia secreta de todas sus amigas, que no podrían sino compararla con las propias y sentirse superadas.

¿Por qué no había llegado el hombre que la convertiría en una mujer casada, el que justificaría su existencia? Ni Norma Portugal ni su hermana ni su madre ni sus amigas más allegadas podían explicárselo. Era un tema frecuente de sus conversaciones. Si era joven y linda, de piel apiñonada, un tono claro que no era de un origen indígena, sino de sus antepasados europeos en Portugal, ¿cómo podía concebirse aquella soltería? Contaba además con una caballera negra y lustrosa poco abajo de los hombros, cejas delineadas a la perfección, ojos oscuros y nadie la sorprendería jamás sin maquillaje. Varias veces le habían referido que tenía un aire de Julia Roberts, la actriz. La suya era una belleza elegante y con clase, no como la de otras mujeres que podrían pertenecer a un burdel o a un club de regueton. A diario vestía como si fuera el día en que conocería al hombre de su vida y adornaba sus orejas y cuello con la joyería Swarovski, su favorita. Prueba de ello era la extensa colección de figurines de animales que tenía en una vitrina mandada a hacer ex profeso para contener su frágil y valioso zoológico. Además tenía una figura bastante aceptable, y a pesar de que sufría de una propensión a engordar (la traicionaban sus brazos gruesos y sus caderas anchas de campesina europea), se mantenía en su peso ideal gracias a una dieta rigurosa, efectiva gracias a su gran fuerza de voluntad, y a los tratamientos de reducción que ella misma ofrecía en su *spa*. Era también una empresaria exitosa, dueña de un lugar que prometía eliminar celulitis, estrías, arrugas y kilos de más a través del uso de aparatos de radio frecuencia y un método llamado «cavitecnología» que aseguraba un abdomen plano al culminar una serie de sesiones. «El cuerpo que siempre quisiste tener, el cuerpo que te mereces tener» era el eslogan del negocio. Ella lo había inventado sin ayuda de nadie. Obvio, era también una mujer brillante.

¿Dónde estaban los hombres guapos y exitosos que necesitan mujeres a su altura? ¿Qué estoy haciendo mal? se preguntó al escuchar el ruido de pasos mucho más cerca. Volteó hacia atrás y el tipo del sombrero antiguo le sonrió. Tenía los dientes incisivos superiores muy separados y los dientes de la quijada amontonados.

—Milena... —comenzó a decir, pero Norma Portugal no iba a escucharlo: ya estaba corriendo con todas las fuerzas que sus piernas gruesas le permitieron. Al llegar a la esquina se atrevió a voltear para ver si el hombre aún la seguía, pero no había nadie sobre la banqueta. De todas formas siguió corriendo hasta que encontró su automóvil, un bmw compacto con apenas un par de años. Se subió y arrancó tan rápido como pudo, golpeando con la parte derecha de la defensa del



coche que estaba estacionado delante, y no se detuvo hasta llegar a su casa.

### III

Kafka está acostado sobre el pequeño escritorio a escala que construí para él. Le gusta más que la cama, que cuenta con una colcha diminuta que hice con un vestido viejo de mamá. Finge dormir, pero si meto mi mano envuelta en un guante de látex en la pecera, Kafka mueve sus antenas apenas. Sé que puede olfatear su comida, pero también creo que puede reconocer la hora del día y por eso sabe que es la hora de comer. Deposito la mierda sobre el piso de periódico y aserrín y observo cómo Kafka realiza su ritual de moldear el excremento en una esfera antes de manejarla con las patas traseras, siempre apoyándose en las delanteras. Como no tiene un nido, dirige la bola hasta una palapa de mimbre apoyada en una de las paredes de la pecera. Una vez allí, comienza a comer con una precisión casi militar, siguiendo un patrón que aún no logro descifrar del todo. Kafka prefiere el excremento de un omnívoro al de un herbívoro; supongo que necesita las proteínas. Es un alivio para mí, por supuesto. No necesito salir al campo con un costal cada semana. La pecera de Kafka está sobre una mesa en una habitación pequeña acondicionada para ser un estudio. El reloj indica que ya es hora. Salgo, cierro con llave, y me dirijo a mi propio cuarto.

A los pocos minutos, siempre puntual, mi madre entra a mi cuarto sin tocar la puerta como siempre ha sido su costumbre. Viene con un vaso de jugo de naranja natural y las pastillas que me tocan a esta hora. La familia no confía en que yo siga mi tratamiento y por eso ella está a cargo. Me forzaron a dejar la maestría, el trabajo, mi estatus de persona normal. No regresé a vivir con mis padres: no sé si porque si en el fondo les produzco miedo o asco, o bien, porque prefieren cubrir las apariencias con mi supuesta independencia. Sigo viviendo en mi departamento de hombre soltero, pero mi madre viene tres veces al día a darme mis medicinas, a limpiar, a traerme comidas preparadas que solo tengo que meter al horno de microondas y a llevarse mi ropa sucia para lavarla en su casa y volverla a traer ya limpia y doblada a la mañana siguiente. Estoy seguro de que se arrepiente de haberme dado vida: soy una máquina de ensuciar que no le da tregua en su vejez, soy el hijo raro que hace que sus amigas murmuren a sus espaldas. No le doy nietos ni satisfacciones, solo vergüenzas. Como aquella vez en que mi «incidente» se publicó en el periódico local. Creo que en el fondo a ella le mortifica más que mi departamento esté desarreglado, que haya trastes sin lavar o que el brillo del piso esté violentado por huellas de zapatos o tierra, que mi «problema», siempre y cuando se mantenga fuera de los medios. Pero está bien: con sus cuidados, el mundo piensa que todo está bajo control.

Me tomo las pastillas de un sorbo y mi madre comienza a decirme algo sobre mis caminatas en las tardes, sobre los peligros del mundo, los automóviles, los delincuentes, y me cuenta una historia de una conocida de un vecino que fue violada cerca de allí y de otros residentes de la colonia que fueron asaltados. Me proporciona los detalles, pero yo solo veo su boca moverse como un pez boqueando; en mis oídos, su voz se vuelve un murmullo distante. Mi cerebro se vierte en mis propios planes y en todo lo que sucede dentro de mí; caigo en cuenta de que mis ojos no están sobre ella: necesita pensar que la escucho, así que me concentro en verla a los ojos y asentir. Al cabo de un rato se calla y se va, satisfecha al parecer. En cuanto cierra la puerta puedo relajarme: nunca entra al estudio, pero nunca se sabe con ella. A veces creo que es como si

intuyera la presencia de Kafka, pero lo más seguro es que alguna vez se haya asomado por curiosidad, se haya horrorizado, y jamás me haya dicho nada al respecto para no admitir que husmeaba en mi casa.

Voy al baño, meto los dedos a mi garganta y vomito en el escusado. Entre el líquido anaranjado flotan intactas todas las pastillas como pequeños insectos acuáticos.

## IV

Habían pasado dos semanas desde que Norma Portugal se sintió perseguida por aquel hombre extraño con ropa anticuada. Desde entonces ha asistido a varias fiestas de sociedad: sus amigas le mostraron los periódicos de sociales en los que se ve hermosa. Su madre le recuerda siempre que esos eventos son aparadores en los que ella es el producto más fino y, por tanto, debe siempre lucir perfecta. Los hombres ricos y casaderos suelen encontrar a sus futuras esposas dentro de su mismo círculo social, afirma su madre. El primer y mejor lugar para conocer marido es la universidad, pero como su hija ya tiene unos años de haberse graduado, sin haber tenido suerte en su momento, su única otra opción son las fiestas de la gente indicada. Por eso Norma Portugal no le prestó demasiada atención al incidente con el hombre del sombrero; se había asustado, sí, pero vivía en la ciudad más grande del mundo y eso era parte de la vida urbana. Se hubiera olvidado de todo ello de no ser porque al llegar al *spa*, había visto al mismo individuo en la sala de espera, hojeando una revista de chismes de la farándula. Su sombrero estaba junto a él, como un animal de compañía.

Apuró el paso, su cabeza erguida y resuelta como si no pasara nada, y entró hasta la parte del salón reservada solo para empleados. Allí le dijo a una de las chicas que llamara a la policía, que ese hombre en la sala de espera la había estado siguiendo. Karen, la empleada de más antigüedad, una solterona de cuarenta y tantos, amante de los gatos y anoréxica en periodo de negación, obedeció de inmediato. A ella tampoco le gustaba el aspecto de aquel tipejo, le dijo a su jefa, marcando el número de emergencias policíacas. Nadie contestó. Las dos esperaron largos minutos, agazapadas tras el mostrador, mordiéndose los labios y conteniendo las ganas de orinar y gritar, hasta que escucharon la campanita electrónica que indica que la puerta ha sido abierta. Casi al mismo tiempo las dos se asomaron por encima del mostrador y vieron que la sala de espera estaba ahora vacía. Ambas dejaron escapar un suspiro de alivio. En la pantalla plana de la sala de espera varias mujeres sobre sillones de colores discutían el capítulo anterior de la telenovela en boga. Karen dijo que tenía que atender a una cliente que venía a un tratamiento de estrías y llevaba esperando ya un rato considerable. La presencia de aquel hombre no la había alterado en lo más mínimo. Dejó a su jefa allí y entró un cuarto especial donde las señoras podían desnudarse sin temor a que nadie las observara. Norma Portugal se sentó frente a su computadora, todavía nerviosa; escuchó a Karen recitarle a la mujer obesa cómo un aparato maravilloso iba a borrar para siempre las cicatrices de su piel. Tal vez el hombre venía a preguntar por algún tratamiento para su esposa o su novia. ¿Estaría exagerando sus miedos?

Decidió perderse unos minutos en las redes sociales para coquetear con diversos prospectos de novio, amigo, amante, amigo con derechos, lo que fuera. Su soltería y celibato comenzaban a desespararla: ¿qué le pasaba al mundo? Si en verdad tenía todas las cualidades, ¿en dónde estaba

entonces su media naranja? Hasta Karen tenía una especie de noviecito, macilento, y francamente mal parecido, que pasaba por ella a la salida de su turno, mientras que ella no tenía a nadie. Aquello era el colmo. Pasó más de una hora; supuso que los inútiles de la policía no atenderían su llamado de emergencia, así que ordenó a su empleada que se encargara de las citas de la tarde y cerrara al terminar. En realidad, no se sentía bien. La empleada le regaló la sonrisa más forzada del mundo a su patrona, mostrando los colmillos, la maldijo por dentro, y le dijo que no se preocupara por nada.

—Yo me encargo de todo, señorita Norma.

Se dirigió a su carro estacionado a un par de cuadras del *spa*. ¿Y si le llamara a alguna amiga para salir a un antro, beber algo, probar suerte con alguien? Pensó en todas sus amigas, descartando a las casadas o con hijos, y se quedó con solo un par de opciones: una que tenía una voz estruendosa y aguda que monopolizaba la conversación provocándole dolor de cabeza y la otra que era demasiado bonita y muy zorra, por lo que terminaba acaparando la atención de cualquier hombre que se les acercara y, por lo general, la dejaba sola por irse con su conquista. ¿Tendría que beber en casa y llamarle a algún conocido? ¿Una expareja? ¿Podría su desesperación llevarla a caer tan bajo?

Norma Portugal quitó los seguros de su carro desde un par de metros antes de llegar a él: abrió la puerta y subió al asiento del chofer. Absorta en leer un mensaje instantáneo en su teléfono nuevo, tardó unos segundos en darse cuenta de que el hombre del sombrero Borsalino abordó casi al mismo tiempo en el asiento trasero. Las puertas se cerraron al unísono: ella movía las uñas largas sobre el teclado digital cuando sintió la punta del cuchillo rozando su cuello. Lanzó un grito ahogado y no hizo nada más, porque el metal se clavó en su piel, unos cuantos milímetros, suficiente para liberar un hilito de sangre que escurrió por su piel hasta anidar en medio de sus pechos. Por el espejo retrovisor vio al dueño de esa voz, ahora temblorosa e iracunda, como dislocada por la emoción, que tenía que obedecerlo o iba a tener que matarla. Le ordenó guardar silencio y entregarle su teléfono celular y su bolsa. Ella obedeció y, aunque intentó ser fuerte, se soltó a llorar. La histeria se apoderó de ella: temblaba sin control. El cuchillo se clavó un poco más en su piel.

—Si gritas, te mueres.

Se mordió los labios, se puso el cinturón y manejó hacia donde el hombre del sombrero le ordenó.

## V

Los demonios de mis párpados están emocionados porque Milena está aquí. Me ordenaron que la amarrara de las manos y los pies, y la llevara a la habitación donde guardo a Kafka para que mi madre no pueda verla si viene en un rato a traerme comida y a darme las pastillas. Como no dejaba de gritar tuve que cubrirle la boca con cinta y advertirle que si intenta algo voy a tener que degollarla.

Mi madre llega a la misma hora de siempre, me deja comida, saca la basura, me da el medicamento y con el cesto de la ropa sucia recargado en su cadera me pregunta cómo he estado.

Cierro los ojos por unos segundos para consultarlos y ellos me ordenan tener calma, darle a la vieja lo que quiere escuchar para que se vaya pronto. Le contesto entonces que salí a caminar al centro, que tomé un café y me senté un rato en el parque en donde hablé con un señor que alimentaba a las palomas. Ella, ingenua y estúpida, se emociona al escucharme, pero me sugiere que no abuse de la cafeína, que me pone nervioso y eso nunca es bueno. Le ayudo a llevar el cesto de la ropa hasta su carro. Se despide de mí con un beso en la frente y se va contenta.

En mi reloj son las tres de la tarde con quince minutos. Tengo casi seis horas antes de que mamá regrese para traerme la cena y hacerme tomar las pastillas de la noche. Voy al estudio, tomo a Milena por el cabello y arrastro para sacarla. Tiene los ojos enrojecidos y gimotea por debajo de la cinta. Se mueve como una oruga en el piso, intentando liberar sus manos. La pateo en el pecho, en el estómago, en la espalda, en el culo, en las piernas, en la cara. La hago rodar con mis zapatos, pero al ver sangre en el suelo, me detengo. No puedo arruinarlo. Jalándola del cabello la obligo a ponerse de pie, pero las piernas se le doblan y cae de rodillas; permanece así unos segundos y al final se desploma de lado, como si fuera un costal. Me agacho junto a ella y le golpeo el rostro con los puños. Su nariz truena como un trozo de madera. La vuelvo a poner de pie usando su propio cabello y le digo que si vuelve a caer, repetiremos la escena. Se mantiene erguida y no me quita los ojos de encima. ¿Miedo u odio? Es difícil interpretar unos ojos nada más. Nunca pensé que la boca y los labios fueran tan importantes para darse a entender.

Hago que camine junto a mí hasta la pecera de Kafka. Le muestro todos los muebles en miniatura que yo mismo hice.

—Soy casi un arquitecto —le digo sintiendo que mi pecho se llena de orgullo—. Son reproducciones a partir del cuento de «La metamorfosis». ¿Lo conoces?

Ella niega con la cabeza. Los demonios se arremolinan dentro de mí, llenos de ira como yo, y no deseo nada más que molerle la cara a golpes. ¿Cómo puede ser Milena y ser así de ignorante al mismo tiempo? Pero ellos me dicen que no lo haga, que aunque ella es Milena no sabe aún que lo es. Un ser maligno y poderoso la obliga a pensar que es otra persona: el mismo ser responsable por convertir a Kafka en un escarabajo. Gregorio Samsa es solo un *alter ego*, pero es Kafka el que mueve las antenas y empuja las bolas de mierda con las patas. No hay nada que pueda regresarlo a su estado original, pero sí hay un remedio para que ella recuerde que es Milena. Y si ella se asume como Milena podrá amarlo aunque su cuerpo sea el de un escarabajo y él será feliz. Los obedezco y respiro profundo para calmarme; luego le arranco la cinta de la boca de un tirón fuerte. Ella grita y comienza a llorar. Las lágrimas le deslavan el maquillaje y ríos negros le recorren la cara. Se ve horrible.

—Milena, cállate y escúchame —le digo levantando la mano como para golpearla y ella guarda silencio—. Aunque Kafka parece a primera vista un *onthophagus taurus* es en realidad un escritor. No cualquier escritor, sino tu amor. El amor de tu vida. ¿Lo recuerdas?

—No, no, no, no, no soy Milena, soy Norma. Me estás confundiendo...

Me mira con miedo y terror, pero también con esa expresión que indica que cree que estoy loco. El fuego baja por mi cuello y mis brazos y mis oídos retumban con los latidos de mi corazón que son como tambores y son todo lo que escucho. Es como estar abajo del agua y percibir ondas a través del agua, mis oídos embotados. Mis puños van hasta su cara y es mágico, a medida que el dolor sube por mis nudillos el rostro de Milena se vuelve un amasijo púrpura. Su cuerpo cae al suelo, de espaldas, y me monto sobre él, mi pene rozando su vientre. Me excito, pero sé que debo respetarla porque es la novia de Kafka y ellos no me perdonarían nunca si me atreviera. Tomo su

cuello entre mis manos y lo aprieto hasta que Milena boquea como un pez y sus labios se ponen azules y sus ojos se vuelven saltones. Solo entonces mis dedos la sueltan, pero bajan hasta sus pechos y los aprietan tratando de introducir las uñas debajo de su piel: ella grita, grita como los demonios y no puedo soportarlo por más tiempo. Mi cabeza está a punto de explotar. Tiene qué callarse. Azoto su cráneo contra el piso hasta que se calla por fin. Ni siquiera puede escucharme cuando le grito que no estoy loco.

Me duelen los brazos y me tiro sobre la cama: quiero dormir, pero ellos me llaman. Me dicen que solo una operación muy especial repararía su cerebro y no solo la haría recordar quién es, sino que también la volvería obediente y dócil. En ese estado pasivo, Kafka podrá al fin consumir su amor con Milena. Les digo que yo no soy médico, pero no les importa: aseguran que puedo ser lo que sea. Ellos me guiarán. Sé que no me dejarán descansar hasta que los obedezca. Aunque estoy exhausto, me pongo de pie y vuelvo a amarrarla, le pongo cinta en la boca y la guardo otra vez. Me siento frente a la computadora y busco información sobre la lobotomía transorbital. Veo imágenes y leo durante más de una hora. Voy a necesitar un picahielos, o bien un cuchillo de hoja muy angosta y larga. Me acuesto bocarriba sobre el colchón: apenas mis ojos se cubren por los párpados, ellos vuelven a aparecer, conversan entre ellos y se vuelven hacia mí, entran en mi cerebro, caminan por mi interior y me felicitan. Se despiden diciendo que están orgullosos: si lo hago, podré dormir. Si Kafka se une con su novia, ellos me dejarán en paz.

## DESNUDA COMO UN SÁNDWICH DE CARNE

*The world is full of women  
who'd tell me I should be ashamed of myself  
if they had the chance. Quit dancing.  
Get some self-respect and a day job.  
Right. And minimum wage,  
and varicose veins, just standing  
in one place for eight hours  
behind a glass counter  
bundled up to the neck, instead of  
naked as a meat sandwich.*

Margaret Atwood, «Helen of Troy Does Countertop Dancing»

—No andes sola en la calle de noche —dijo mi madre al verme prepararme para salir de casa. Eran casi las diez. Yo le di un beso volado sobre la mejilla y esperé a que dibujara una bendición sobre mi frente. Siempre lo hace como si espantara algún bicho imaginario. Yo no creo en Dios, pero al igual que ella, no me puedo resistir a las rutinas. Ella sabía que iba a ver a «mi amante», como lo llama, y que además iría a pie porque me gusta caminar de noche—. Ay hija, no deberías... —comenzó sin terminar la frase. A veces creo que se ha rendido en cuanto a mí, pero se aferra a las formas, solo para poder evadir la culpa cuando las consecuencias de mis actos lleguen al fin. Entonces tendrá la satisfacción de decirme: Yo te lo dije, Paola.

En realidad, mi madre dice más cuando parece que va a decir algo, pero calla. Se restregó las manos justo como hacen las mujeres sufridas de las telenovelas que tanto la entretienen.

—Es que es peligroso —siguió.

—Todo es peligroso, mamá —dije acomodándome el cabello frente al espejo de la entrada. Mi madre me dedicó una mirada que reconocía su derrota en aquella batalla. Ella y yo nos comunicamos siguiendo un guion hecho de lugares comunes y de silencios pactados.

No la culpo: es solo una madre. Desde el principio de los tiempos, las madres siempre han dicho a sus hijas que la noche es peligrosa: lobos feroces que se disfrazan, ladrones de bolsas, asesinos misóginos. Los cuentos de hadas, la nota roja y las leyendas urbanas son nuestro imaginario colectivo. Pero de un tiempo acá lo que le preocupa a mi madre es diferente. Los levantones de personas que aparecen más tarde decapitadas o desmenuzadas en alguna carretera. Los tiroteos con metralletas de balas tan grandes que destapan cráneos, los colgados, las balas

perdidas que encuentran sin querer algún transeúnte.

No quise prolongar su angustia. Cerré la puerta y supe sin ver que estaba en la ventana, su rostro angustiado que poco a poco iba curtiéndose con las huellas de los gestos que más le gustaba practicar. Estaba detrás de la cortina, despidiéndome hasta donde sus ojos pudieran alcanzarme, como si su verme por unos segundos más fuera un amuleto de protección. O quizás creía que me vería por última vez. Hay días que amanece más pesimista que otros. Deseé de todo corazón que volviera a la cocina, se preparara algo de beber, un té, una copa de vino, lo que fuera, y se perdiera en el mundo de la telenovela nocturna, para que dejara de pensar en mí.

Comencé a caminar sobre la banqueta, esquivando los autos que los vecinos estacionan arriba. Era una noche como cualquier otra en la ciudad. Por la avenida circulaban solo algunos vehículos y uno que otro camión del transporte público. Escuché en la lejanía las sirenas de las ambulancias y patrullas, aullando. Lejos, el ruido de disparos, solo por unos segundos, que me recordaron a una bolsa de palomitas explotando en el horno de microondas. No me inmuté: todo aquello se escuchaba a lo lejos. No tardaría en llegar el ejército y todo quedaría en calma por un tiempo. Yo, al igual que muchos otros en la ciudad, me manejaba por aquella lógica del rayo que no vuelve a caer dos veces en el mismo sitio. De acuerdo con eso, no había momento más seguro en la ciudad que al terminar una balacera. Pensé que tal vez Pablo me llevaría al cine si yo insistía lo suficiente. No era tan tarde: todavía era posible que alcanzáramos la última función.

Al avanzar, los olores de la calle iban mutando: orines al pasar junto a ciertas paredes, comida frita que salía de alguna casa. Lo único constante era el hedor de mangos pudriéndose que se levantaba de las banquetas. Una nube de mosquitas fruteras se dispersó para evitar mis pasos. Era una noche bochornosa como casi todas las noches en este puerto. Levanté los hombros y aspiré. Le llamé a Pablo para decirle que iba camino al departamento, que si podía escaparse un rato. Él vive con su esposa en una casa muy grande y bonita en una colonia «bien». Así lo diría mi madre si lo supiera. Tampoco es que el departamento sea una «casa chica» a donde lleva «cierto tipo de mujeres». Esa es también una frase materna, una que siempre dirige hacia otras mujeres con desdén: por eso se le atora tanto que su propia hija se haya vuelto una de esas. Ese departamento existía desde antes que yo y seguro estará después de mí. No soy de las que se hacen ilusiones de que el amante deje a la mujer e hijos. Es más: no me apetece ocupar el lugar de la esposa. Pensé en mi madre: las esposas tienen que encargarse no solo de las comidas, la ropa limpia y planchada, y mantenerse atractivas: también tienen que preocuparse por los devenires venéreos de sus cónyuges y los de sus hijas también. Demasiada presión.

Pablo contestó que él pasaba por mí, que no saliera sola. A mi madre le daría gusto oír aquello. Dijo que iría por mí en cuanto pudiera. No es que mi seguridad le quite el sueño, lo sé. Él es así, siempre llevando la contraria. Si alguien dice que el calor está insoportable, Pablo alegará que en realidad el clima está bastante agradable. Opera en el principio de la contrariedad a cualquier costo. Creo que más que un hábito, es un instinto. Pero conmigo cede. Es como esas bugambilias frondosas y desparpajadas que se rinden ante los alambres, los clavos de la pared y la poda constante, para dejar de ser arbustos y asumirse como enredadera.

—Sabes que a mi mamá no le gusta verte por su casa —le dije antes de colgar. No le quedaría más que esperarme.

Me detuve en la esquina para cruzar. Lo sentí antes de verlo: a través de una cerca de malla metálica, los dedos entreverados en los alambres y los ojos fijos en mis pechos. Cada vez que un hombre acecha me pregunto si ellos pueden percibir algo más, algo que yo misma paso por alto,

como los perros que pueden escuchar frecuencias inaudibles para los humanos. Giré la cabeza en su dirección para que supiera que yo sabía que me observaba. Era un chico moreno, delgado, con tatuajes en los brazos desnudos. No quise encasillarlo en ningún estereotipo, pero no dejaba de seguirme con malicia, con una sonrisa privada, con un aire de superioridad que me punzaba la piel. Tuve miedo, pero no me permití demostrarlo. No era posible que sus ojos tuvieran ese efecto en mí, una mujer adulta y, en teoría, capaz de cuidarse a sí misma.

El tipo era la imagen misma de un violador, la encarnación del lugar común de los abusadores de mujeres. Atendí a mis instintos: enderecé la espalda, apreté todos mis músculos y, apurada, crucé la calle para alejarme de él. Él saltó la malla y cayó en la banqueta con un ruido seco. Algo dentro de mí se constriñó. Seguí caminando, pero podía sentirlo a unos cuantos metros tras de mí, haciendo una especie de eco con sus pasos. Su sombra se solapaba con la mía y quise aumentar la distancia entre nosotros. Mis piernas comenzaron a tensarse a medida que yo intentaba andar más rápido, pero él era más alto que yo y cada zancada suya lo acercaba más a mí. Me quité el sudor de la cara y apreté mi celular dentro del bolsillo del pantalón: seguí caminando, pero aquello ya podría haberse llamado trote. Mi corazón latía deprisa y me estaba costando mucho respirar.

—¿A dónde tan solita, güerita?

Allí estaban las palabras que nunca quise escuchar de un extraño por la noche. Su tono era coqueto y arcaico, casi cómico, como de Cantinflas en una de sus películas. No me sentí Caperucita Roja, sino Caperuza Estúpida por no hacer caso a los consejos maternos ni aceptar la protección del amante; en un segundo me vinieron a la cabeza las notas recientes en los periódicos. Mi garganta ardió al tragar mis lágrimas. Siempre pensé que en una situación de peligro sabría qué hacer y haría lo correcto, lo que procede, lo necesario para salir ileso. Pero ante sus palabras, todo mi ser pareció congelarse. Tal vez siempre le adjudiqué demasiada importancia a las palabras, tanto que mi realidad dependía de ellas. Si uno enunciaba las palabras, aquello que uno decía se volvería verdad. Por eso yo pensaba que el amor nacía de las palabras: uno las enunciaba las veces que fueran necesarias, las nombraba todos los días, y las aventaba al otro, a su tierra húmeda, como semillas, y el amor brotaba irremediable del corazón, y permanecía intacto al tiempo que las palabras siguieran fluyendo, como agua. Ese hombre había sugerido acompañarme y ahora estaba a mi lado. ¿Cómo hacer para que se desdijera?

Se emparejó conmigo y se ajustó a mi paso que se hizo más lento: ya no tenía sentido tratar de huir, y yo necesitaba recuperar el aliento. Parecía joven, de unos veintitantos quizás. Era muy alto y de su camiseta sin mangas asomaban unos brazos largos y musculosos. Desde lejos había notado que tenía tatuajes, pero ahora veía que eran dragones, calaveras, cuchillos y cicatrices falsas que salían por debajo de la ropa y trepaban por su cuello hasta llegar a un cráneo rapado. Me volví a él intentando leer sus intenciones, pero lo que vi fueron unos ojos que me helaron una sonrisa asimétrica y socarrona. No era feo en realidad: me recordó a uno de esos raperos norteamericanos que siempre están en problemas con la ley y salen con las mujeres más guapas. Había algo en su manera de caminar, como si tuviera ya medida la violencia del mundo y la suya propia: estaba en control.

—Voy a mi casa con mi esposo —contesté esperando que el invocar un estado civil pudiera protegerme de algún modo.

—No tienes cara de casada —su tono era burlón.

Vi que en su cuello y en la cara tenía varios lunares oscuros, abultados, como garrapatas bien alimentadas. Pensé en Pablo allá en su casa, con su esposa y sus hijos, tratando de sacarse una



excusa de la manga para salir a esa hora y verse conmigo. Su mujer estaría cocinando, con ese cuerpo arruinado por la maternidad y su rostro lleno de ojeras. Supongo que no siempre fue fea; no la culpo por eso. Él me ha contado que su vida sexual está muerta: ella no le perdona a su cuerpo los defectos de la edad y para fines prácticos, ya se jubiló de todo eso. Igual, ella no debería culparme por ser el amor de su marido: él me necesita. A veces me sorprende saber cuánto me ama. No es solo que yo sea quince años más joven, siempre dispuesta a todo, o que sea bonita. Hay miles de chicas así y él es un hombre bien parecido que podría tener a quien sea; sin embargo, me pertenece a mí. Quizá tengo algo especial a sus ojos, o bien algo que me hace falta, y por eso les gusta a él y otros hombres. Junto a Pablo me siento fuerte, capaz de todo, como un dios todopoderoso que sostiene un puñado de gente en la mano y que podría aplastarlos si quisiera. Pero ahora él no está aquí.

Llegamos hasta un hospital. Un doctor joven se quitó la bata antes de cruzar la calle. De un tiempo acá los narcos levantan doctores afuera de los centros de salud para obligarlos a curar a sus heridos. Mala suerte para los que usan batas blancas y no pueden coser heridas o sacar balas. El médico pasó junto a mí y al hombre que me seguía sin dar señal de habernos visto. Al poco se perdió en la oscuridad y el mal alumbrado de la calle.

Yo podría haber pedido ayuda, pero no lo hice. Supongo que el doctor habría corrido por su vida. Que cada quien se rasque con sus propias uñas. La humillación de ser rechazada en mi necesidad era algo con lo que no podría lidiar entonces. Saqué mi celular y apreté el botón para llamar al último número marcado. Pero mi seguidor fue más rápido y lo arrebató de mis manos. Alcancé a escuchar la voz de Pablo diciendo mi nombre un par de veces, en tono inquisitivo, antes de que el aparato se estrellara contra el pavimento. No iba a robarme entonces: mi celular era nuevo, un regalo de Pablo, y podría haberse vendido muy bien. Había tenido todo el tiempo del mundo para quitarme la bolsa e huir, y no lo había hecho. Una culebra de sudor frío bajó por mi columna vertebral. Estaba viviendo una pesadilla, pero no podía despertarme y correr al cuarto de mis padres en busca de refugio y consuelo.

La calle estaba sola por demás y calculé las cuadras que faltaban para llegar al departamento. ¿Cinco, seis? El tipo se detuvo también y escuché su respiración: podía sentirlo la presencia de su cuerpo muy cerca. Creo que disfrutaba con mi angustia y mi terror. Pensé en los sueños en los que necesito correr y mis piernas se quedan paralizadas. Me acordé que mi abuela decía que las mujeres que usan ropa sexy están buscando sonsacar a los hombres y deben atenerse a las consecuencias. Es que ellos no pueden evitarlo. Yo me arreglé para Pablo, que adora mi cuerpo y que dice que su mujer se ha descuidado mucho. Juro que no era mi intención provocar a este hombre, ni a nadie. Lo juro, de verdad.

Recé para que él no se lo esperara y de pronto comencé a correr en dirección al lugar donde Pablo me estaría esperando preocupado porque no podía localizarme por teléfono. Corrí tan rápido como mis pulmones y músculos me lo permitieron. No sé cuántas cuadras fueron en total: no tenía pensamientos, solo sensaciones. Pero él arrancó a perseguirme: yo era la cebra más lenta de la manada y él un león que se tomaba su tiempo para alcanzarme; no tuvo problemas para lograrlo. Me tumbó y mi cara golpeó contra el pavimento al mismo tiempo que mi torso.

Cuando desperté, él estaba moviéndose arriba de mí, empujando mi cuerpo contra el suelo. El dolor se extendía por todos mis nervios. Sentí piedras incrustadas en mi espalda: abrí los brazos en cruz buscando algo, cualquier objeto para defenderme, pero solo toqué tierra y malezas. A

pesar de la oscuridad pude darme cuenta de que me había llevado a un terreno baldío. Cargué los puños de tierra e intenté lanzársela a la cara, como vi alguna vez en una serie de televisión, pero él fue más rápido y me golpeó la cara. Mis manos se abrieron y se posaron en mi rostro: sentí la sangre resbalar caliente por las mejillas y mis palmas pegajosas de sangre y polvo.

Estaba desnuda y él tenía los pantalones abajo. Me sentí diminuta, me sentí nada: él puso una de sus manos enormes alrededor de mi cuello y con la otra sujetó las mías contra el suelo. Grité y en seguida sus dedos apretaron con fuerza mi garganta. No tuvo que decirme nada: me callé, cerré los ojos y me quedé percibiendo sus movimientos frenéticos, cómo entraba y salía de mi cuerpo lastimándome cada vez. Me sentía reducida, apenas presente en la escena. Aquella mala suerte, aquella maldad, aquella indefensión mía, me volvieron nada, nada más grueso que mi blusa rota y sucia.

Yo no había conocido hasta esa vez el poder que se ejerce a través de la fuerza, que no necesita de las palabras. Como aquella primera vez que mi mamá me llevó al mar. Nacida entre la sierra y el desierto, no tenía idea del terror y de la fascinación que el océano provoca, hasta ese día en que lo sentí lamiéndome los pies. Dicen que ahogarse es doloroso: aquel hombre me estaba ahogando y yo quise morir pronto, que eso acabara, como fuera, pero que no siguiera.

Él dio un pujido quedo, como si aquello no hubiera sido importante, y se detuvo. Se despegó de mí y subió sus pantalones. Al abrocharse, me di cuenta de parecía reír con una broma privada.

Me quedé hipnotizada por esa sonrisa idiota: comprobé que todos los hombres la tienen al terminar de eyacular, no importa si es por amor o por rutina o por la fuerza. Si tuviera un cuchillo cortaría su cuerpo como si fuera un melón y le sacaría rebanadas. Partirlo y probarlo y tenerlo para mí y hacerle mucho daño. Pero se fue y se perdió en la oscuridad.

Yo me quedé tendida allí, desnuda como un sándwich de carne que alguien ya no quiso.

## AGUA EN LOS PULMONES

*Drowning men will drag you down if you let them.*

*Sometimes, to survive, you have to let them sink.*

John Connolly

Aunque no me gustan los eventos sociales, si me decido a ir a uno, suelo ser puntual. Pero esta vez he llegado unos minutos tarde, a propósito, para poder quedarme de pie al fondo de la iglesia, justo atrás de la última banca. Desde aquí tengo una vista del sacerdote de frente a los novios y las espaldas de los miembros de ambas familias, divididas por el pasillo y por el adjetivo de «política». ¿Qué significa «familia política»? ¿Gente a la que hay que tratar con la hipocresía que muestran los políticos siempre que van a una colonia popular a hacer campaña? La familia del novio del lado izquierdo y del derecho, la mía. Necesito distraerme con la gente para no dormirme escuchando los rezos repetidos con entusiasmo ovino. Nadie me espera ver aquí, eso es seguro. Pero casi nunca esperamos ninguno de los eventos determinantes que nos suceden en la vida. La boda de mi sobrina: caray, cómo pasa el tiempo. Mi hijo tendría la misma edad. Es más, si la historia hubiera sido distinta, tal vez yo sería la abuela de alguien. O al menos la suegra. Qué asco. El matrimonio para algunas mujeres es como el juego de las sillas. Desde luego, siempre hay más solteras con ganas de casarse que hombres heterosexuales dispuestos a hacerlo. Por eso, algunas al llegar a los treinta sienten que la música se les acaba y buscan dar el sentón a como dé lugar. El matrimonio se convierte en un fin en sí mismo. Cumplir con las expectativas de la población socialmente aceptada y los hijos concebidos con una estampa legal. Patético.

Yo, en cambio, si es que las tuve, dejé esas pretensiones hace mucho tiempo. Más o menos en aquella época en que yo era una mujer joven y hermosa. Algunos decían que mucho más que mi hermana; yo no podría explicarlo, pues hay fotos en las que nos parecemos tanto, pero los hombres me buscaban a mí. Los bien parecidos, al menos, le presentaban a mi hermana un amigo menos agraciado, casi siempre con algún defecto: calvicie incipiente, intelecto apenas promedio, demasiado bajo, un poco gordo, o contenía la cara maltratada por el acné. Quizás era nuestra personalidad, algo intangible que nos volvía diferentes a los ojos de los demás. Mi hermana estaba al tanto de esto y me resentía por ello, pero al tiempo, estaba agradecida por el acompañante que mi novio de turno traía consigo. Para una mujer que solo quiere casarse, lo peor es estar sola, sobre todo en aquel tiempo en que una se volvía «quedada» apenas llegaba a los treinta y cinco años cumplidos. Contra todo pronóstico, mi hermana se casó. Recuerdo una fiesta a la que fuimos juntas. Yo bailaba con uno y con otro, pero alcancé a ver que un hombre bastante mayor que ella la invitó a la pista de baile. Debe de haberle besado el cuello para luego cantarle

quedito una canción de amor muy popular, en voz baja, directo en su oreja de mujer soltera. Yo terminé yéndome con el más guapo de la noche a un motel. Aquello no era algo particular: mi hermana estaba acostumbrada a ir conmigo a una fiesta y a tener que regresarse sola; en el mejor de los casos conseguía que alguien la llevara, y en el peor, tenía que llamar a papá, que siempre estaba al pendiente de su consentida. Pero esa noche la llevó aquel hombre. Se estacionó frente a la casa, se bajó con ella, tocó a la puerta, se presentó ante mi padre, y le entregó a su hija sana y salva. Al día siguiente salieron a tomar un café, a caminar a la plaza, a un museo, a una función de teatro al aire libre, a un concierto, al cine. Al cabo de un mes se volvieron novios oficiales y él se convirtió en parte del escenario de nuestra casa. A pesar de la diferencia de edad, mis padres le profesaron a Edmundo toda su devoción, no solo por ser muy religioso, sino por haber fijado sus ojos en mi hermana que amenazaba con quedarse a vestir santos. Edmundo no era particularmente bien parecido, pero al menos no tenía ninguna malformación o defecto demasiado visible, salvo su calva. Para compensar olía a loción fina para hombres, siempre vestía trajes finos, camisas bien planchadas y llevaba un corte de cabello clásico. Mis padres no podrían haber pedido más para su hija, la no-tan-bonita.

Salgo de mis recuerdos de golpe: comienza a marearme el olor de incienso, los perfumes finos, flores, la madera de las bancas y humanidad congregada en un lugar cerrado; por suerte, el sacerdote da por concluida la ceremonia. La pareja se besa para el público, de piquito, la novia inclinándose hacia adelante, levantando un poco las nalgas en la pose arquetípica de una boda. Los novios se dan la vuelta y avanzan por el pasillo, repartiendo sonrisas, deteniéndose unos segundos en cada fila de bancas y tocando algunas manos que se extienden hacia ellos. La gran hipocresía de felicitar a una mujer en su boda. ¿Cómo nos hacen eso los amigos, los parientes, la gente que dice que nos quiere? Generaciones y generaciones de madres criando a sus hijas para enfocar todos sus esfuerzos, ilusiones y recursos en el matrimonio. No en encontrar la mejor pareja, sino en el vestido más hermoso, en la boda de la que todos hablen, en una foto en color en el periódico local, en la fiesta más ostentosa, en la luna de miel más exótica y envidiable. Nadie les habla a las pobres de lo que viene más adelante, de esa convivencia forzada y anormal, de ese mal arreglo en el que todos pierden algo, pero en especial las mujeres. Nadie les dice de las imposiciones, de lo asfixiante que es una casa llena de gente que espera ser atendida, de las palabras que hay que callarse. Gran parte del matrimonio es saber callarse cuando más se necesita. Nadie les dice a estas muñecas de vestido blanco que el hasta-que-la-muerte-nos-separe puede ser muchísimo tiempo. ¿Que nadie ve las expresiones de felicidad en las viudas, en las divorciadas? Muy pocas se vuelven a casar. Sonríen luego de tantos años. Reverdecen. En cambio los hombres buscan de inmediato capturar a otra mujer porque solos, se marchitan.

Estar en una iglesia durante una boda me recuerda el intrincado proceso en la planeación de la de mi hermana, que transcurrió paralela a mi salir con un número indeterminado de hombres, a veces de forma sucesiva, a veces simultánea. «Salir» era un eufemismo que apenas alcanzaba a describir el mero acto de plantarme fuera de mi casa. Nadie lo notaba: mi padre estaba preocupado con los gastos que se le venían encima, mi madre con la elección de la música, las flores, centros de mesa y demás detalles, y mi hermana con bajar de peso y encontrar el vestido ideal. Yo llegaba de madrugada bajo los efectos del alcohol, oliendo a sexo, con el cabello y el maquillaje en un estado lamentable, y mis padres no me decían nada. Era como si estuvieran exhaustos, indiferentes, o se hubieran dado por vencidos. Llegó el día en que dejé de llegar a dormir a la casa y a nadie le importó. Creo que ahí comencé a desdibujarme para mi familia. No

podría decir ahora con precisión si lo que sentí fue tristeza o ganas de vengarme. No lo sé, en verdad.

Tengo muy claras las fechas. Fue justo una semana antes de la boda, casi a media mañana. Recuerdo que yo estaba desnuda y mirando un refrito de telenovela vieja en mi cuarto cuando tocaron el timbre. No me moví de mi lugar. Me dolía la cabeza por la resaca de la noche anterior. El timbre volvió a sonar. Grité para que alguien fuera a abrir, pero nadie contestó. Me puse una bata y bajé las escaleras tal cual estaba, despeinada y descalza. Por la hora que era, deduje que mi padre estaría en el trabajo y mi madre habría salido con mi hermana a algún lado. De un tiempo a la fecha iban juntas a todas partes: el próximo matrimonio las había unido como nunca. Me asomé por la ventana de la sala y vi a Edmundo. Abrí y le dije que pasara. Él entró a la casa, cegado por el cambio entre lo luminoso del exterior y lo oscuro de la sala. Tal vez por eso tardó unos segundos en darse cuenta de mi atuendo. Pero le sonreí amable y lo invité a pasar a la cocina, para esperar a mi hermana, quien le aseguré, no tardaría en llegar. Caminé y él me siguió con los ojos. La bata era muy corta y Edmundo era solo un hombre, no distinto de todos los que conocía. Le indiqué con una seña que se sentara y le ofrecí un vaso de jugo de naranja o café. Él pidió: mis pezones erectos debajo de la tela lo capturaron. Cuando entré a la pubertad me avergonzaba que los pezones se marcaran por debajo de mi ropa. Pero la experiencia me enseñó que las tetas, mientras más grandes y más visibles, ayudaban a obtener lo que una quiere de un hombre. Abrí la puerta del refrigerador y me agaché sin doblar las rodillas para buscar el bote del café en la parte inferior. Sentí la bata subirse lo suficiente para mostrar todas mis piernas y parte de las nalgas. Le dije a Edmundo que disculpara mi estado, pero había tenido una fiesta anoche. Él sonrió y me dijo que no había problema, que ya casi éramos de la familia. Yo solté una carcajada mientras llenaba la cafetera con agua del garrafón. De pie, con la cadera ladeada y una sonrisa, lo miré de frente. Solo por no hablar del deseo que flotaba en el ambiente como tormenta, una carga de electricidad entre nosotros, le pregunté detalles sobre la boda. Edmundo dijo: tu hermana y tu madre son las que saben, yo solo soy el novio. Se rio como bobo. La parte superior de mi bata se había abierto un poco más. Le dije que mi hermana estaba feliz, que nunca la había visto así. Me acerqué a la mesa y me incliné para poner la taza frente a él, consciente de que eso develaba por completo mis pechos. Se atrevió a decir: Sí, yo también estoy muy feliz. Quiero pensar que decir en voz alta el nombre de la persona a la que íbamos a traicionar disminuiría nuestro deseo, pero tuvo el efecto contrario. El pene erecto de mi cuñado se adivinaba bajo el pantalón. Lo toqué, apretándolo primero, y comencé a subir y bajar la mano a lo largo de su mediana extensión. Sí, te ves feliz, le dije riendo y abrí por completo la bata. La dejé caer en el piso: mi desnudez lo pasmó. Hubiera jurado que babeó un poco. Un hombre como él, si bien no creo que fuera virgen, contaría con poca experiencia, limitada tal vez a alguna prostituta fina y alguna novia de preparatoria, con la cual, por supuesto, jamás pensaría en casarse.

De pronto siento ganas de abanicarme. Evocar ese primer encuentro entre Edmundo y mi yo de juventud me acalora el cuerpo. Pensar en el pasado es revivirlo. Las ganas. Intento concentrarme en el presente para no sentir aquella sensación peligrosa y placentera entre mis piernas. Veo que el recién casado camina incómodo por el pasillo: luce como un pez erguido en ese traje posiblemente rentado. Es curioso cómo desde lejos los trajes de los hombres son distintos de acuerdo con su precio: lo que separa a los distintos tipos de políticos. En el traje radica la diferencia entre presidente, senador, diputado o gobernador con un burócrata oficinista. No quiero ser crítica. A lo mejor todo el presupuesto se destinó a la fiesta, al vestido de novia y sus

aditamentos. Siendo honestos, ¿a quién le importa el novio? Podría haber sido él o cualquier otro, un genérico intercambiable. Lo importante es que haya un hombre allí. Observo como mi sobrina viene colgada del brazo de su esposo apenas estrenado. No sé por qué, el efecto es el contrario: parece que lo lleva a él como si fuera una bolsa.

En cambio, yo supe darle un uso mucho más práctico y placentero al padre de la novia que ahora camina por el pasillo central de esta catedral. Cierro los ojos y puedo recordarlo como si hubiera sido ayer: Edmundo seguía sentado en la silla, perplejo, quizá pensando que estaba viviendo un sueño. Inmóvil, se dejó hacer. Abrí la bragueta de su pantalón, saqué su pene lleno de venas y sin circuncidar, y sin más me monté de frente sobre él. Le puse mis pechos en la cara y él hundió su rostro en ellos refocilándose como cerdo en el lodo. Los apreté, los chupó con desesperación feroz, como si no hubiera tocado unos antes. Comencé a moverme con rapidez sobre él, temiendo que mi madre y mi hermana llegaran. Él no se contuvo más que unos cinco o seis minutos y se vació dentro de mí como buen católico. Podría apostar lo que fuera que para él, tener sexo en esa ocasión era tan improbable como ganarse la lotería o recibir un rayo en el cráneo. Yo, en cambio, lo hice como una provocación al destino, a la biología de mi cuerpo, a mi hermana, a mis padres, a la religión, al mundo. Sin decir nada me retiré, cerré mi bata, le acerqué la azucarera a su taza de café todavía caliente, y me fui a mi cuarto, donde me quedé dormida después de tomar un baño. Como era lo natural en un caso así, Edmundo guardó una discreción absoluta en torno a lo que pasó ese día. Mierda de gato enterrada en el arenero. Durante la boda, mi cuñado y yo apenas cruzamos miradas. Al abrazarlo para felicitarlo, apreté mi escote contra su cuerpo y sentí su pene respondiendo contra mi pierna. Sonreí: aquella escena de la mañana se llegaría a repetir varias veces a lo largo del primer año de su matrimonio. Solo que la espontaneidad inicial daría paso a la furtiva y certera planeación. Mis padres fuera, mi hermana con el doctor o de compras, e incluso alguna visita al motel en las afueras de la ciudad. Siempre pensé que ellos tenían una vida sexual casi inexistente, o bastante mala, porque cada vez que nos veíamos, Edmundo se veía desesperado, sediento. Yo no recuerdo qué sentía en esas ocasiones: quizá disfrutaba saberme necesitada por alguien o en la certeza de robarle algo a ella. Tal vez era la adrenalina de lo prohibido, no sé. Creo que no lo amé, pero lo necesitaba: estoy segura de que el sentimiento era mutuo.

Percibo una mirada sobre mí, fría y viscosa como sapo, y salgo de mis ensoñaciones. El rostro de mi sobrina registra los altos niveles de disgusto que mi presencia en el-día-más-importante-de-su-vida le despiertan. Pero aquel gesto de repulsión se transforma en miedo, en el terror que le supone pensar que yo, una versión mejorada de su madre, robusta y firme, con un traje de diseñador que ella jamás podría soñar, pueda acercarme para felicitarla. Para ella, yo soy el monstruo debajo de la cama: estoy segura de que mi hermana le contó las más terribles historias sobre mí. Entiendo que es cómodo tener un chivo expiatorio en la familia: yo me convertí la tía terrible y su padre, un santo varón, la víctima. Aunque mi hermana haya cortado mi cabeza de todos los álbumes familiares, está claro que mi sobrina puede reconocerme con facilidad. Soy muy parecida a su madre y a ella misma. Debe de ser terrible lucir como la persona a la que más odias.

En fin. Es verdad eso de que las madres siempre tienen razón, en especial la mía. ¿Cómo olvidar una de sus frases favoritas y aplicables a todos los escenarios? Hay consecuencias para lo que sea, desde tomar demasiado sol en la juventud, fumar o comer frijoles. Más o menos por las mismas fechas, mi hermana y yo quedamos embarazadas. Ella nos dio la noticia en la comida

familiar del domingo: mamá lloró de emoción y mi padre abrazó a Edmundo, que se veía radiante, orgulloso de su fertilidad. En cambio, al darle mi propia noticia, en privado, su rostro se puso blanco y sus ojos empequeñecieron. Parecía un muñeco de plástico hecho en China. Nunca me pareció más desagradable su rostro, con aquel bigote que yo sabía pintaba de color azabache, y esa papada que le daba un aire de tortuga. Edmundo decidió que lo nuestro terminaría y que yo habría de abortar. Yo, lo primero, no lo esperaba. Lo segundo, sí. No sería mi primer aborto, pero me comporté como si fuera así y dejé que él encontrara un médico, me llevara y pagara el procedimiento, como nos referíamos al proceso de eliminar ese feto en común. No volví a verlo a solas. Él se encargó de eso. Ni siquiera por error; si llegábamos a coincidir en casa de mis padres y por alguna razón nos quedábamos los dos en la cocina o en la sala, él salía de inmediato, llamando a mi hermana, o preguntando por su hija. Temía estar conmigo, me evitaba, y me trataba con más formalidad que cuando nos conocimos. Yo no sé si alguien más notaba ese cambio; por mi parte, yo no estaba dispuesta a volver a una vida sin adulterio, a ser una tía y una espectadora de la familia «perfecta» de mi hermana y su esposo. Seguí saliendo con otros, pero el sexo se volvió apático y así como quien hace el esfuerzo de que le guste algún tipo de comida que le repugna, nunca pude enamorarme de ninguno. Le pedí a Edmundo que nos viéramos otra vez, que tomaríamos precauciones. Se negó. Yo, que sentía que la vida me debía algo, le dije que no tomaría un no por respuesta. Contestó que lo nuestro pertenecía al pasado, que no fuera inmadura y lo superara. Aunque el hombre era un cliché andante, cuando lo amenacé con que le diría la verdad a quien se interesara en escucharla si él no volvía conmigo, abrió mucho los ojos.

Mi sobrina que me aniquila con los suyos. Camina junto a su ahora marido rumbo a la salida del templo. Va apretando el ramo con tal fuerza contra sí que las flores terminarán estampando su vestido blanco. ¿En verdad será virgen como lo anuncia el color de la tela? No. Estas chicas de hoy se quedan solo con las formas y se olvidan del fondo de las cosas. Cuando están a punto de pasar a mi lado, mi hermana se adelanta y flanquea a su hija, de modo que si yo hubiera querido tocarla habría sido imposible. Yo solo esbozo una sonrisa educada y me acomodo el cabello.

La gente puede sobrevivir debajo de una gruesa capa de hipocresía. Puede traicionar sus ideales, supuestas creencias, principios, promesas, lo que sea, pero no puede vivir con la verdad. Si bien el clóset de los esqueletos parece tener una capacidad infinita, una vez abierta la caja de Pandora, sale por delante la capacidad de hacerse responsable y dar la cara. El qué dirán pesa mucho, sobre todo para alguien como mi cuñado; católico, de apellido conocido, miembro del club deportivo correcto, personaje recurrente de la sección de sociales del periódico local, señor felizmente casado, activo patrocinador de buenas causas.

Durante semanas Edmundo intentó convencerme de no decir nada. Primero con indignación, como si yo fuera a acusarlo de algo falso. Al ver que yo no cedía, cambió de estrategia. Me dijo que de revelar nuestros secretos, la que se llevaría la peor parte sería yo. Mi reputación me precedía, le recordé. No me interesaba quedar bien ante nadie. Intentó amenazarme; tenía influencias, conocía gente, no fuera yo a salir lastimada. Me reí en su cara. A pesar de sus años era tan ingenuo. Entonces se volvió mimoso y quiso convencerme por las buenas. Incluso me ofreció que volviéramos, pero yo sabía que ya no era sincero. Tengo mi orgullo. Le dije que no. Las semanas pasaron. Él siguió insistiendo: volvió a repetir todas sus tácticas y yo me sostuve. No solo eso: le puse fecha a mi revelación: su próximo aniversario de bodas con mi hermana. La gente no sabe vivir al descubierto. Igual que los cangrejos ermitaños, prefieren cubrirse de basura, antes que exponerse. Y como en una novela trágico-romántica, Edmundo me propuso un pacto

suicida. ¿Qué futuro teníamos después de todo? No podíamos estar juntos sin herir a demasiadas personas, lo nuestro jamás sería aceptado. Imposible callar la verdad, o seguir viviendo una mentira. Era cursi, era predecible, era un cobarde, era Edmundo. Yo, que no la pasaba nada bien en esa época ni tenía muchas esperanzas para mi futuro, acepté. Él puso una cara extraña. No sé si de alivio porque al fin terminarían mis amenazas o si de terror, porque le tomé la palabra.

¿Cómo olvidar el día en que acordamos que lo haríamos en el mar? Él propuso que nos tiráramos desde el Puente Tampico, que es lo más común entre la gente del puerto que quiere acabar con su vida. Pero el mar tiene tanto de romántico, de tragedia y misterio, le dije. Al fin accedió. Fue una noche tres días antes del aniversario de bodas. Nos tomamos de la mano y nos adentramos en el agua helada y oscura del Golfo. Teníamos la piel erizada de frío, los músculos tiesos de determinación y miedo. Sentí varias corrientes pasar entre mis piernas, como culebras acuáticas. Recuerdo que él dijo algo idiota sobre encontrarnos con nuestro hijo muerto. El hijo que asesinamos, corregí. La marea estaba alta, el mar alborotado, voraz. Una ola enorme, con una orilla ancha de espuma, nos golpeó con fuerza y la corriente nos jaló mar adentro. El océano parecía cooperar con nosotros. Justo entonces, Edmundo decidió romper nuestro pacto, o no sé si así lo había planeado desde el principio para deshacerse de mí. Empezó a mover los brazos como desesperado y a gritar cada vez que lograba sacar la cabeza del agua. Solo consiguió cansarse. Yo, en cambio, que nunca aprendí a nadar, me dejé llevar como un pez muerto. Él logró acercarse a mi cuerpo y se aferró de mí. Quería salvarse a costa mía. ¿O quería hundirme con toda la intención? No importaba: traté de liberarme. Comencé a patear con todas mis fuerzas hasta que golpeé su rostro. Me soltó al fin y lo perdí de vista. Hay un espacio en blanco en mi memoria con respecto a lo que sucedió luego de que vi su cabeza perderse bajo el agua. El sol quemando mi rostro me despertó sobre la arena. Estaba viva. El cuerpo de Edmundo apareció varios días después. Inflado, mordisqueado por los cangrejos, putrefacto. Nunca hablé de nuestra historia, a pesar de que la policía, mi familia, un sacerdote y un sicólogo me cuestionaron. Deseaban resolver aquel rompecabezas que no comprendían. Yo decía que no recordaba nada, pero nunca encontraron una explicación convincente a mi presencia y la de mi cuñado aquella noche en la playa. Supongo que al no tener respuestas, la gente se imagina lo peor. Como en uno de esos pasatiempos de periódico dominical, terminan uniendo los puntos aunque no sigan la numeración. En lugar de un conejo, encuentran la forma de un alebrije monstruoso. Quizá las respuestas fantásticas que cada quien se formuló eran peores que la verdad. No lo sé.

No fui al funeral. Abandoné la casa de mis padres y me alejé de todos. Mi hermana no me ha dirigido la palabra desde ese día. Es comprensible: tampoco la culpo. Dejé que las historias y las suposiciones se acumularan sobre mi persona al igual que las telarañas y el polvo en una casa abandonada. No desmentí nada. El que calla, otorga, dice el refrán. Yo callé, pero nunca le perdí el rastro a mi familia. Supe que decían que yo estaba loca. Eso me vino bien. La locura es una cobija por la cual resbala toda responsabilidad: nadie juzga a un loco. No sé qué información tiene mi sobrina sobre mí, qué historias le hayan alimentado; sé que idealiza a su padre, como se hace con los muertos, sobre todo los que se mueren a tiempo. La materia orgánica de sus cuerpos, junto con sus vidas, las partes secretas, se desintegran en sus elementos básicos.

La atajo afuera de la iglesia. Mi sobrina intenta huir, pero está rodeada por los invitados. Solo quiero felicitarte, le digo. Ella guarda silencio. Hay que felicitar a una mujer el día de su boda, insisto. Me da la impresión de que se ha petrificado. Su pusilánime marido me suplica: señora-por-favor. Yo lo ignoro y extendo los brazos frente a mi sobrina. Tu padre hubiera querido que te



felicitará. Siempre fue un entusiasta de las convenciones sociales. Justo ahí se materializa mi hermana, mostrando la endeble confianza de una porrista obesa. Se planta frente a mí, entre su retoño y la mujer que le robó a su marido, y me dirige una mirada de odio que se pierde en su cara arrugada y su cabello maltratado por tantos permanentes y tintes. No quiero ser grosera, pero no puedo más que reírme. Edmundo hizo bien en morirse, digo. Mírate nada más, hermana. Ella me empuja con todas sus fuerzas y caigo de espaldas: se aprovecha de que estoy como un escarabajo y se abalanza sobre mí. Al mismo tiempo que se suelta a llorar, jala mi cabello, me araña la cara y me golpea con sus puños cubiertos de manchas de plátanos maduros, sus manos de anciana prematura. Cierro los ojos. La dejo que haga lo que quiera. La sangre baja por mi garganta con ese sabor único del hierro, hasta que siento que respirar me duele, como si tuviera agua en los pulmones. Sin querer me remonto a la noche en que murió Edmundo. Abro los ojos: alrededor, la gente estupefacta es testigo, pero nadie se mueve para detener a mi hermana. Tampoco yo. Estoy pagando mis deudas.

# MADRIGUERA

*You're not Adam, asshole. You're the snake.*

Ruthie Knox

Una más, piensa Ricardo Stirner exhalando el humo del Marlboro que compró en un puesto callejero. Si son piratas o robados es igual: lo importante es que cuestan considerablemente menos. Habrá que iniciar todo el proceso, como siempre. Ni hablar. El proceso de cortejo no deja de tener su grado de dificultad y su aura de misterio y, por lo tanto, una atracción que aún consigue inyectarle algo de adrenalina a sus días. Lo único que le molesta en este caso es el adjetivo de casi urgente que no puede despegar del nombre de la mujer. Entre la alemana histérica que le puso sus pertenencias en la calle y le cambió la chapa a la puerta, como si él fuera un criminal, y la viuda rica amante de los gatos persas cuyos hijos habían arruinado aquel convenio casi perfecto, Ricardo Stirner se vio obligado a regresar a casa de su madre fingiendo que la enfermedad lo tenía contra las cuerdas. Luego consiguió sin demasiadas complicaciones irse a vivir con aquella última chica, la rubia pelos de elote que apenas se comunicaba con su familia. Aquel era un arreglo ideal y hubiera podido durar por un buen tiempo si ella no se hubiera puesto exigente. Así son todas: echan a perder una situación por demás buena cuando asumen que él hará lo que ellas quieren. Ahora lleva casi cuatro meses viviendo con un amigo pintor y su esposa, y resulta evidente que ya están hartos de tenerlo allí. Los amigos no son como las mujeres. Necesita encontrar un nuevo lugar y cambiarse lo más pronto posible.

Consulta su reloj imitación Cartier. A través de sus contactos había conseguido a muy buen precio un lote de esos relojes. Aún tenía que colocarlos. Quizás esta nueva le compre uno. Habrá que irle tanteando para ver qué tanto va a apoyar la causa. Durante estas semanas de flirteo virtual ha demostrado mucho entusiasmo. Habían empezado hace meses como simples amigos en las redes sociales, comentándose las respectivas publicaciones. Por más que pensara que ella tenía el intelecto de un repollo, le celebraba cada frase como si fuera lo más hilarante o profundo que hubiera visto jamás. Luego pasaron a los chats privados, que fueron aumentando en tiempo y en frecuencia para devenir, así como el agua de los ríos tiende al océano, en verdaderas llamadas al final de cada día. A Ricardo Stirner le maravillaba cómo podía alguien usar la función de llamadas telefónicas del celular, pero era algo que las mujeres solían apreciar. Por supuesto que ellas llamaban y pagaban los minutos que transcurrían mientras él contaba un chiste, discurría sobre lo injusto que era el medio literario nacional que se negaba a reconocer su genio, o tarareaba una canción de Frank Sinatra. Esas llamadas les daban oportunidad a las mujeres como ella de que alabaran el timbre de voz tan viril de Ricardo, al tiempo que él presumía su talento

camaleónico de voces. Nadie imitaba a los expresidentes del país como Stirner. Eso las hacía reír, sin fallar, y una mujer que había reído con él difícilmente escapaba ya del hechizo. Quedaban hipnotizadas, como los roedores con el cascabel de las serpientes.

¿Será impuntual o le habrá pasado algo? Ya pasan casi diez minutos después de la hora acordada. Ricardo Stirner frunce la nariz: un hedor lo saca de sus cavilaciones. El origen es un niño pobre que se ha acercado a su mesa. Tendrá unos seis años y los genes indígenas predominan en aquel mestizaje —si es que lo hay, claro está—. No puede dejar de examinarlo: lleva unos tenis rotos, que dejan al descubierto varios dedillos morenos y resecos. La ropa raída casi al punto de la transparencia, en cambio, le queda ajustada. Los cabellos tiesos y opacos enmarcan una cara genérica y un par de ojos saltones que no reflejan ni pizca de inteligencia. A Ricardo le recuerda a un conejo que mastica despreocupado sin saber que unos segundos en el futuro va a ser devorado por un zorro. Lo peor, trae de la mano a una chiquita de un par de años apenas y que debe ser, a todas luces, su hermanita. Qué pena me da su caso, piensa dándole otra calada a su cigarro: los hombres indígenas son feos, pero las mujeres pueden ser bonitas de una manera rupestre hasta los quince o dieciséis años, máximo. Lo único malo es que envejecen muy rápido, reflexiona. La nena tiene la cara embarrada de algo indefinible; un moco verde y seco adorna su naricita como un bigote. Ambos están ahora muy cerca de la pequeña mesa redonda afuera del restaurante italiano donde él espera a su cita. El humor corporal que despiden los niños que le provoca náuseas. ¿Cuánto tiempo hace que habrán tomado un baño? Es más, ¿se habrán bañado alguna vez en su triste vida?

Ricardo Stirner hace un gesto de asco y disgusto: la presencia de los pordioseros le impide disfrutar de la Sonata 12 en fa mayor de Mozart que se escapa del interior del lugar. Ahora la niña extiende la manita sucia al mismo tiempo que su hermano le pide una moneda. Él los ignora y se lleva la taza de expreso a los labios. No se van. ¿Por qué no se largan de una buena vez? No hacen más que afean el panorama, arruinarle su café. Si creen que porque él es blanco y rubio como extranjero irá a darles una moneda están muy equivocados. Qué fastidio. No dejan de mirar el *biscotti* con almendras sobre su plato. ¿Los gérmenes que traen esos dos podrán volar hasta su panecillo y contaminarlo? Tienen que irse: su nuevo prospecto no tardará en llegar. Se gira para ordenarle a alguno de los meseros que ahuyente a los zarrapastrosos, pero como siempre que se les necesita, ninguno está a la vista. Tendrá que hacerlo él mismo. Ricardo da una calada profunda a lo que queda del cigarro, para no desperdiciar. Luego lo aplasta contra el cenicero, como un dios que castiga a un hombrecito, y se asegura de que se apague por completo. Tampoco es un monstruo. De su boca sale un ruido como quien espanta a un animal, acompañado de un ademán violento. ¡Shú, shú! Los hermanos no se mueven. Es probable que no estén acostumbrados a que les digan que no, bola de zánganos.

—Ya sabía yo que tendría qué utilizar al plan B —dice para sí; luego toma la colilla del cigarro posicionándola entre el pulgar y el índice. La centra a la perfección y lo lanza directo a la frente de la niña, que pone cara de compungida, pero no llora. Su hermano murmura algo y se alejan. ¡Por fin!

El expreso se ha enfriado: Ricardo está a punto de maldecir su suerte cuando ve a la mujer materializarse tras doblar la esquina, a unos veinte metros del *ristorante* Bortoni: morena, cabello negro suelto, maquillaje como si no hubiera un mañana, blusa escotada revelando casi la totalidad de sus tetas, minifalda, tacones altísimos. Ninguna sorpresa: fiel a sus fotos de Facebook. Del portafolio de piel que tiene junto, ya bastante gastado tras pertenecerle a su padre durante varios

años, Ricardo saca una pipa, una cajita metálica con tabaco, y un encendedor Zippo que le expropió a la vieja de los gatos chatos. Aquel conjunto es suficiente para impresionarlas: infalible. Fingiendo no haberla visto, se concentra en rellenar la pipa hasta que ella se acerca y saluda.

—¡Hola! No te vi llegar. Siéntate —dice apenas separando la mirada del tabaco. No le interesa verla: sin excepción, se arreglan al máximo para la primera cita en persona. Lo mejor es ignorarlas: en el manual para atrapar ratones que él ha compilado a lo largo de los últimos veinte años, la mejor estrategia consiste en ser indiferente a la belleza de la fémica en turno. Jamás se debe otorgar un piropo o frase halagadora sobre su aspecto. En cambio, conviene mencionar qué hermosa es cualquier otra mujer en el pasado amatorio de Ricardo. Eso funciona de las mil maravillas para atosigarles los celos y el interés. No es un manual en el sentido estricto de la palabra: sería muy vulgar. Se trata más bien de una novela, una de las tantas obras que tiene aún inéditas porque todos los editores son unos idiotas que no aprecian el talento de los verdaderos artistas. Se intitula *El jardín inasible* y el protagonista es su *alter ego*, un adinerado conde italiano que sufre del mismo sino de Don Juan. Por lo tanto, gran parte de la trama consiste en elucubrar sobre el arte de la seducción.

Adriana toma asiento en la pequeña silla con patas de metal torneado. Si está esperando algún acto de caballerosidad de parte de Ricardo va a tener que aguantar hasta el final de la relación, porque es algo que no va a suceder, piensa encendiendo la pipa. No es su estilo y punto. Aunque esta mujer en particular no se jacta de ser feminista, la aplicación de la regla es universal: la igualdad implica no esperar nada del sexo opuesto.

La contempla a través del humo. Parece nerviosa. El mesero le trae la carta y pide una ensalada con pollo y un agua mineral. Luego intenta explicar el porqué de su tardanza. Una aburrida perorata sobre unos exámenes extemporáneos y el tráfico. A quién le importa. A él no podría interesarle menos. Ordena un rib eye y una copa del vino de la casa antes de cambiar el tema de la conversación: su profusa colección de pipas y el exclusivo mundo de los aficionados a las pipas. ¿Sabe Adriana que Arthur Conan Doyle y J. R. R. Tolkien eran grandes fumadores de pipa? ¿Tiene idea de qué tipo de tabaco está fumando Ricardo? ¿No? Se llama Latakia, tiene un sabor ahumado, y lo manda traer directo de Siria. Y no, no es nada barato. ¿La pipa? Ah, qué excelente pregunta: se trata de su pipa danesa, una de sus consentidas.

Ella lo escucha atenta y hace preguntas que denotan interés. No es tan tonta comparada con las otras, pero dista de ser brillante. Eso le ha quedado claro tras casi cuatro meses cortejándola por Facebook, en donde la abordó con la excusa de tener algunos amigos en común. Aunque ella es maestra de alemán y él poeta, ya se sabe que el mundo es un pañuelo. De alemán, Dios mío, piensa. Con ese tono de piel y esa vulgaridad para arreglarse, tan parecida a las prostitutas de calle, a Hitler le daría un infarto solo de saber que aquella criatura se atreve a enseñar su idioma. Stirner exhala el humo y se recuerda a sí mismo que lo importante aquí no es como luce ni cómo se gana la vida, sino que le va bien. Ha aplicado con ella casi todos los trucos de su novela. Así han caído las anteriores y esta no ha sido la excepción. Desde la semana pasada habían comenzado con el cibersexo utilizando la opción de video del chat y para él quedó más que claro que la relación estaba a punto de turrón. Le propuso conocerse en persona y ella accedió más que gustosa. Y aquí están frente a frente, a punto de pasar a la fase dos. O casi. Ahora solo falta pedir la cuenta.

Fiel a las convenciones, el mesero se la trae a Ricardo. Bastaba una rápida revisión para

darse cuenta que su corte de carne, su vino, además del expreso y el *biscotti* que había ordenado antes de que ella llegara, hacen que su parte sea más o menos tres veces lo que el consumo de Adriana. Es el momento idóneo para aplicar el consabido truco de la cartera olvidada. Comienza a palpase ambos muslos como si un bicho le picara y su cara se transforma en una expresión de genuino bochorno. Ella, que ha estado embelesada con él desde que llegó, le pregunta:

—¿Pasa algo?

—Olvidé la cartera en casa —se lleva la mano a la frente y se da un golpe ligero— me cambié el pantalón y seguro la dejé en el otro.

—No te preocupes —Adriana coloca sobre la charola su tarjeta dorada internacional y le indica al mesero que agregue un quince por ciento más al total.

Ella firma el *váucher* y Ricardo guarda sus implementos de fumar. Acto seguido, agradece la comida a su acompañante. Sonríe para su interior una sonrisa digna del gato de Cheshire: la fase uno no podría haber ido mejor.

\* \* \*

Revisa su rostro en el espejo de cuerpo entero tras la puerta del baño. Levanta los brazos y los dobla como si fuera un diapasón humano, al tiempo que inhala y sume el vientre y lanza un pujido como los levantadores de pesas olímpicos. Un, dos, tres, cuatro, cinco segundos y tiene que soltar. Sus pulmones fumadores y la vida sedentaria no dan para más. Contempla sus brazos robustos, como de niño obeso, y la panza que cuelga por encima de sus bóxers de la buena suerte, los de seda y estampado de corazones que le gusta usar la primera noche. Sus piernas flacuchas y sin tono muscular, nalgas caídas, y pechos masculinos que se esconden tras una pelusa de vello oscuro terminan de pintar el cuadro de sus cuarenta y dos años. Su piel ostenta un color parecido al filete de pescado de río: no se pueden ocultar los días enteros que pasa frente a la pantalla de la computadora haciendo labor de seducción simultánea a veces con hasta diez mujeres.

Es un trabajo de tiempo completo, piensa girando sobre sí mismo para abrir la puertita del botiquín sobre el lavabo. Desde que empezó su adicción al clonazepam hace más de quince años resulta inevitable que revise y asalte los botiquines de todas las casas donde entra, sea en calidad de visita o de concubino. Que a nadie le sorprenda que las farmacéuticas se pudran en dinero: en ocho de cada diez hogares ajenos Ricardo encuentra algún tipo de benzodiazepina, por lo regular escondida tras la botella del antiácido y el bote de aspirinas. Pero hoy es uno de esas dos de cada diez en que no encuentra lo que busca. Lo único que vale la pena es un gotero de tramadol que se llevará antes de irse. Lo pondría de una vez en su pantalón, pero lo dejó tirado frente a la cama. Ni hablar.

Cierra la puerta del botiquín y el espejo que la cubre lo enfrenta con su propio rostro. El avance de la calvicie es milimétrico e implacable. Eso no está tan mal: una vez leyó que a muchas mujeres les encantan los calvos. Además, aún cuenta con la parte trasera del cabello y esas alas laterales que pueden unirse con la barba que se ha llenado de canas en un porcentaje similar a los cabellos oscuros. No pasa nada: es lo que se espera de un hombre maduro. Todo el mundo sabe que a las veinteañeras las canas les resultan muy interesantes. En alguien como él son símbolo de sabiduría. Las patas de gallo y otras líneas de expresión ya son evidentes en su rostro, pero en ese rubro las mujeres de su misma edad llevan las de perder, así que no vale la pena preocuparse por eso. Sus mofletes se camuflajan muy bien bajo la barba y ¿quién le pone atención a sus labios

casi inexistentes y a su nariz asimétrica si tan solo un poco más arriba están esos ojos entre azules y verdes que cautivan a cualquiera? En este país malinchista donde predominan los oscuros, los suyos son el caballo de Troya que le abre las puertas y corazones que necesita.

Vamos, campeón, murmura Ricardo dando un gancho que no llega a conectar con la mandíbula. Luego pone unas quince gotas de tramadol en su lengua, jala el excusado para justificar tantos minutos, se lava las manos y sale del baño dispuesto a realizar la parte más complicada de su trabajo, pero también la más vital en esta fase.

Stirner apaga la luz para que el cuerpo de la mujer no lo distraiga y le impida hacer su papel. Aunque se considera un pedófilo, una ninfeta le ayudaría muchísimo para conseguir una erección. La juventud ajena le atrae y suele compensar las carencias intelectuales de quien la lleva puesta e, incluso, el hecho de que tenga menos dinero que él, si tal cosa es posible. Adriana, en cambio, está más que prendida: hambrienta de meses, podría ser la frase para describirla. Se ha desnudado con furia y está arriba de él, intentando besarlo. Él no puede dejar de pensar en una película de hace años en donde una linda prostituta suelta el cliché de que hace de todo excepto besar en los labios. Nada que ver con el mal aliento, sino con el corazón. No es su caso en absoluto, pero gira la cara y lanza un estornudo falso:

—No te quiero contagiar, traigo una gripa que nomás no se me quita.

Parece que se ha librado de los besos, pero no de las manos de esta mujer que lo recorren y lo aprietan por todas partes, como si fuera un gran pedazo de masa para pan. Ella trata de montarlo a pesar de la flacidez entre la piernas de Stirner. Ni las caricias ni la succión ni las frases sucias funcionan. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Lo que funcionaría es una chica que fuera la hija de esta mujer. Después de un buen rato de intentos fallidos, ella se da por vencida. Por supuesto que él podría haber puesto de su parte para que ella no se quedara en ese lamentable estado de excitación, pero no le apetecía. No sería el orden natural de la vida.

Aquella bien podría ser una escena para un comercial de sildenafil u otra sustancia para disfunción eréctil. Los bóxers de la suerte, a pesar de la seda y los corazones, fallaron rotundamente. La habitación en penumbra: ambos están desnudos sobre las sábanas, examinan el techo como si allí fueran a encontrar una explicación a lo sucedido. Ni siquiera huele a sexo, sino a la decepción que hace unos minutos era deseo líquido en Adriana y ahora se seca en silencio. ¿Existe una frase adecuada para casos así? En realidad Ricardo Stirner nunca ha sido un buen amante, ni siquiera de joven, esos tiempos en que era delgado y no se habían instalado en su cuerpo los problemas que su adicción a las benzodiazepinas le causan en la entrepierna. Lo suyo es la seducción, la caza. Ni siquiera le interesa aquello que otros hombres llaman «cumplir», una frase que le causa tirria y temor al mismo tiempo. ¿De qué sirve esmerarse si al final todo se vuelve tedioso? Desde que tiene memoria la vida alrededor suyo es puro hastío. Hasta el punto de parecerle repugnante: le molesta la arquitectura, el estado de las calles, la gente. Aborrece la música popular, la literatura moderna, los ruidos, los gestos de las personas. Lo que más le jode es la posibilidad de que otros tengan lo que él no. Felicidad, fama, dinero y orgasmos incluidos.

Tiene unas ganas enormes de fumar, pero sabe que sería inapropiado en este contexto. Se fuma después del buen sexo, no tras un fiasco, aunque él mismo no lo considere así. Hay que capitalizarlo todo, incluso los errores: apelar a la Florence Nighthingale que existe dentro de cada mujer y que les impide resistirse a sentir compasión y cuidar de un pobre enfermo. Al menos por un tiempo, hasta que caen en cuenta y se vuelven contra él; en otras palabras, hasta que se vuelven locas e inestables. Lo importante es aprovechar el lapsus lo más posible: *ride the wave*, como

dicen los surfistas. ¿Problemas de erección? No es la primera vez que le sucede y tampoco será la última que la utilice a su favor. Lo que se necesita ahora es un poco de contacto físico, un beso incluso, y el comodín que nunca falla: su enfermedad. Infalible excepto con su padre, que es capaz de ver más allá, pero eso es irrelevante para el caso en cuestión.

Ricardo enciende la lámpara del buró. Necesita luz para que ella pueda ver su rostro afligido. Aunque se considera un escritor completo, talentoso tanto para la poesía como para el cuento, novela, ensayo, teatro y guion cinematográfico, podría agregar que también tiene una capacidad innata para actuar. Lleva años estudiando el comportamiento humano, los gestos que acompañan a cada sentimiento o estado de ánimo, y los domina al grado de poder evocarlos en caso de emergencia.

—Es parte de los síntomas de mi enfermedad —dice poniéndose sobre un costado y acomodando su cabeza sobre su mano. Baja la mirada. Sus ojos, hermosos como son, también pueden revelar secretos. Esconderlos ahora funciona a la perfección, pues ella debe pensar que siente vergüenza por la mala faena—. No te había contado sobre esto porque... bueno, es algo bochornoso y nunca es buen momento para hacerlo.

Ella se levanta para ponerse una pijama ligera, pero lo escucha, atenta. Regresa a sentarse junto a él, en la orilla de la cama, y toma su mano.

—De verdad, no tienes qué preocuparte —acaricia la barba de Ricardo con la otra mano—, no es importante —se muerde los labios al darse cuenta de lo que acaba de decir—. Es decir, sí es importante, pero no es el fin del mundo. Lo intentaremos más tarde.

—Gracias por ser tan comprensiva —dice Stirner con una sonrisa de esas que ya sabe que desarman. Luego se recuesta de espaldas y se mueve al centro de la cama para dejarle espacio a Adriana—. Tenía miedo de contarte sobre este problema en nuestros chats. Quizá ya no hubieras querido seguir hablando conmigo ni conocerme en persona.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —dice ella con un tono de falsa indignación al tiempo que le da un golpecito juguetón en el hombro.

—Varias mujeres me han abandonado por eso.

—¿En serio? ¡Qué malas!

—Sí claro —Ricardo se obliga a mesar el cabello de Adriana en un simulacro de cariño. Funciona: casi puede escucharla ronronear. Saberse distinta y mejor que las otras es algo que cualquier mujer valora más que un orgasmo—. Pero sé que tú no eres así. Lo supe desde que te vi llegando al restaurante.

Ella se acurruca entre el hueco del brazo de Ricardo y su torso. Pasa su brazo por encima del pecho de él y apoya su oído sobre el lugar donde calcula está su corazón. Él cierra los ojos y sonríe satisfecho: la fase dos, al parecer, ha sido un éxito también.

\* \* \*

Ricardo se frota los ojos y se quita las lagañas. El reloj sobre el buró marca diecisiete minutos para las once de la mañana. A su lado, donde tendría que estar el ratoncito, encuentra una nota: «Tenía que estar temprano en la universidad. Te dejé café listo. Hay un cepillo de dientes extra en el botiquín. Estás en tu casa. Nos vemos más tarde. Besos, Ady». Esta pobre es tan inocente, piensa haciendo una bola con el papel y apretándola en su puño. Primero deja que pase la noche

junto a ella, el mismo día en que nos conocemos. Podría haberla degollado estando dormida sin ningún problema. Ricardo camina trastabillando hasta el baño y levanta la tapa del escusado para orinar. En segundo lugar, se va al trabajo y me deja solo en su casa. Se la podría dejar vacía y ni siquiera tiene una dirección para irme a buscar. Una carcajada lo ataca en el instante en que jala la cadena. No tiene a dónde irme a buscar porque tengo décadas sin tener un lugar propio para vivir.

Regresa a la cama y vuelve a acostarse. Navega las redes sociales por un par de horas. Podría quedarse así el resto del día, pero está consciente de que se encuentra ya en la fase tres y la fase tres requiere algunos sacrificios de su parte. Es como el último tramo del maratón; solo un decir, no que haya corrido alguno. Su única actividad física es caminar y solo durante esos periodos en los que no tiene una pareja con auto, o en las ocasiones en que no puede utilizar su motocicleta. La idea es la misma: el último esfuerzo antes de poderse relajar y descansar por un tiempo. Si se maneja con inteligencia y el factor suerte juega a su favor, podría ser por un año o más. Doce meses ha sido su récord. Los ratones por lo regular no tardan en irse, pero cualquier periodo, por corto que sea, supone una ganancia: cada peso no gastado (aunque no lo tenga) es un peso en la bolsa.

Ricardo se estira como un gato perezoso y su posición lo hace pensar en los gatos persas de la anciana con la que vivió. Había pelos en cada rincón de la casa, por más que se limpiara. Y ellos, bueno, estaban por todos lados: a veces se paseaban sobre su cuerpo desnudo al terminar de... Mejor brincar esa parte del recuerdo. Eran decenas de gatos: de no haber sido por las dos sirvientas de tiempo completo la casa sería como esas que salen en los programas sobre acumuladores. Por fortuna la señora tenía dinero para mantener aquella mansión limpia, cuidar de todas las necesidades de los felinos y también de las suyas. Abre la llave de la regadera para ducharse y recuerda el enorme *jacuzzi* en el baño de la viejita: oh, esa sí que era vida. Aunque cada moneda tiene dos caras, y en este caso la peor cara era el sexo: aquel cuerpo flácido, víctima de los años, lo repelía. Al menos no era ninguna ninfómana como algunas de estas mujeres cuarentonas con las que ha salido. A sus casi setenta años se conformaba con un par de veces al mes, y para eso Ricardo no tenía problema en tomar una pastilla azul para ayudarse. De hecho, el difunto marido dejó un frasco casi nuevo, comprado en Estados Unidos, que tenía varios meses de uso previo a su fecha de expiración.

De pronto le llega una oleada de odio contra los hijos de la señora. Ingratos que la tenían olvidada: llegaron a arruinar todo. No se da cuenta, pero está apretando los dientes con la misma fuerza que su puño se cierra alrededor de la esponja. No le queda duda que de haber seguido un poco más con aquel idilio, ella lo hubiera incluido en su testamento. Si lo adoraba y estaba tan enamorada de él. Diablos. No es cosa de todos los días encontrarse un ratón forrado de dinero y tan al final de sus años. El agua caliente logra relajarlo. Frota la escasa pelusa sobre su cráneo con un champú de papaya que invade el ambiente con su fragancia. Ni hablar. Había sido un garbanzo de a libra y la oportunidad se había perdido, como se pierden muchas. Tenía que ser optimista y trabajar en el segmento más factible: las mujeres entre cuarenta y cincuenta años, de preferencia solteras, divorciadas o viudas. Si bien las casadas pueden ser muy generosas con sus regalos y el dinero que gastan saliendo con él, tienen el problema de que no puede irse a vivir con ellas y dejar que asuman el cien por ciento de los gastos. Para ser sincero, lo suyo lo suyo, lo que en realidad lo excita, reflexiona Ricardo mientras se pone sus bóxers de la suerte, son las chicas entre dieciséis y veintidós años, máximo. Su belleza nueva, fresca, tan efímera, le fascina. Mas la vida es cruel y si algo le ha enseñado a lo largo de los años es que rara vez se puede tener todo al



mismo tiempo. El gran problema con las jovencitas es que por lo regular tienen novios de su propia edad o apenas mayores, y si andan con alguien de cuarenta y tantos como él, esperan que se haga cargo de las cuentas. En una ocasión, casi al principio, se llegó a liar con alguna niña rica con tarjetas de crédito de papi y que disponía de efectivo con facilidad, pero esas relaciones no suelen durar casi nunca: los padres son recelosos con las parejas de sus retoños, o ellas terminan perdiendo el interés si se cruza en su camino algún joven que se parezca al artista de moda. Por si fuera poco, al igual que con las casadas, es imposible vivir con ellas, y eso desacredita todo el proceso de seducción y su propósito inicial.

Con la toalla en la cintura, Stirner pone una pastilla de 2 mg de clonazepam debajo de su lengua y espera a que se absorba. Añora los días en que hacía polvo la pastilla y la inhalaba, pero las operaciones de la nariz dio al traste con esa vía de administración. Según el otorrinolaringólogo las fosas nasales que goteaban sin parar, el sangrado, la pérdida del olfato y la erosión de los cartílagos eran resultado del abuso de las benzodiazepinas. Él siempre lo puso en duda: todos los médicos son unos idiotas que no tienen idea de nada. Y aunque otros adictos decían que no había diferencia entre esnortear la pastilla o dejar que se disuelva bajo la lengua, para él sí que la había y mucha. El médico le advirtió que la nariz no toleraría mucho más, y como él es un hombre inteligente que sabe adaptarse, ahora tiene que ponerlas debajo de la lengua aunque se sienta como si fuera una especie de reptil.

Se ejercita caminando en círculos por la habitación. Una placentera euforia le recorre el cuerpo y siente que es capaz de lo que sea. Podría cocinar un pastel, por ejemplo. Ya limpio y vestido, Ricardo se encamina a la cocina y la explora para ver dónde están los utensilios. Las mujeres de la edad de Adriana por lo general poseen los implementos necesarios y una despensa bien surtida, la casa limpia y ordenada. Punto sobre las chicas que apenas están saliendo de la adolescencia. Coloca las manos en la cintura y sonrío: su intuición no le ha fallado con esta mujer. Ha encontrado los ingredientes para hacer su famoso pastel de chocolate a la florentina. Para ahora la sustancia fluye en su cerebro y un mareo delicioso se apodera de él, como si flotara en un colchón de nubes. Podría dormir un poco más, tal vez, pero vence la tentación y comienza a preparar el pastel. Una receta muy sencilla que le enseñó su madre. Seguro que jamás imaginó lo útil que sería en la vida de su hijo. El ratoncito estará muy sorprendido cuando lo vea.

\* \* \*

Todas sus pertenencias se reducen a unas cuantas cajas: algunas antigüedades, ya sean expropiadas de casas donde ha estado, o regalos de amantes consentidoras que conocen bien sus gustos; varios cuadros, si bien no originales de ningún pintor reconocido, al menos sí óleos antiguos y de estilo más bien realista; su colección de pipas, algunos libros de poesía clásica; la ropa fina regalo de la viuda de los gatos y su propia ropa, ya raída y desgastada que cabe en un par de maletas; su vieja *laptop*, algunas bolsas Ziploc llenas de tabaco, una libreta con sus recetas de cocina, otra con algunos sonetos escritos a mano, y su gallarda presencia.

Esta ha sido una de las mudanzas más rápidas: quién sabe si porque Adriana tiene un gran corazón atrás de esas ubres de vaca lechera, o si porque su miedo a ser una cuarentona quedada, a estar sola, le corroe las entrañas más que a él su ansia por el clonazepam. En cualquier caso, tras el tiempo de interacción virtual, él no ha dejado de enfatizar las malas caras que la esposa de su amigo el pintor le hacía por las mañanas, sin ofrecerle siquiera de desayunar, su nuevo ratoncito

terminó por proponerle que se fuera a vivir con ella.

Y aquí está Ricardo Stirner fumando su pipa danesa mientras el sol se pone desde el balcón de su nueva madriguera. El aroma del tabaco lo acaricia por dentro; cierra sus ojos verdeazules, color de lago. No había encendido una pipa desde que el par de hermanos le mendigaron una moneda afuera del *ristorante* Bortoni. Aquello se siente tan lejos ya, como si hubiera pasado en otra vida.

# EL DIABLILLO DE LA BALSA

## I

El más guapo retaba a la cámara mostrando los dientes como una zarigüeya acorralada. Los otros se veían derrotados, sucios y, sobre todo, a punto de morir de hambre, sed e insolación. Iban sin camisa, con los pantalones rotos, el cabello desaliñado y la barba crecida: el vivo retrato de un náufrago. La balsa era justo eso, una pequeña embarcación en la que apenas cabían sentados los vivos, que llevaban a los muertos como tapetes bajo los pies, y una vela gris y rota, apenas colgada de un palo en uno de los extremos. Varios de los hombres tenían levantados los brazos, para hacerse visibles a quien tomó la imagen. Me acomodé los anteojos y me acerqué un poco más al periódico. Leí el encabezado: «Rescatan a diez balseros cubanos en Tamaulipas».

—Qué valientes al salirse así —le dije al dependiente de la tienda de conveniencia, poniendo sobre el mostrador el diario y un litro de leche deslactosada. De un tiempo acá me he vuelto intolerante a la lactosa. Me sentí culpable por un segundo: esos pobres balseros se contentarían con poder beber leche a su antojo, sin importar si es entera, *light* o deslactosada o con extra calcio—. Nada feos, además.

El dueño de la tienda, un ropero como de un metro ochenta, me dedicó una cara seria. Su pecho pudo haber sido musculoso en algún tiempo, pero ahora estaba acolchado por una capa de grasa. Traía una camiseta blanca, humedecida por el sudor de las axilas, de las que brotaban pelos negros y crespos, como enredaderas. Tenía un bigote mal cortado, la piel y los ojos minúsculos. Nada agraciado, el pobre. Quizá por lo mismo se desenvuelve con tanta amargura por la vida. Yo le sonreí: leí alguna vez que una sonrisa desarma hasta al más malencarado. Pero él no se conmovió con mi gesto ni por la tragedia del periódico local. Suspiré, comprensiva. Ya sé que algunos no se atreven a acercarse a ciertas mujeres porque creen que ellas no les harían caso jamás, así que compensan su falta de autoestima con esa agresividad pasiva. Lo sé bien porque me sucede todo el tiempo.

—Son veinte pesos —dijo en un tono seco, ignorando mis palabras por completo. No me gusta pensar mal de la gente en primera instancia. Tal vez su hostilidad obedecía a que le sentó mal el obvio contraste entre sí mismo y los extranjeros. Por unos segundos, los ojos me recorrieron de arriba hacia abajo, pero no se detuvieron en los míos. Los animales débiles jamás hacen contacto visual con quienes consideran más fuertes.

Fue al sentir la lujuria y el deseo contenido en su cara que me di cuenta que salí de casa solo

en camisión, sin la bata. La tela es casi transparente por tantos años de uso. Soy una persona ahorrativa que vive con modestia y no ve necesidad en gastar en superficialidades. Además, el calor en el puerto es inhumano: una capa de tela o su grosor puede hacer la diferencia entre lo soportable y las ganas de morir. Sé que a los hombres les es difícil no mirar un par de senos, sobre todo sin van libres y se pasean frente a sus ojos. No suelo usar sostén para dormir; todo mundo sabe que es malo para la espalda. En cuanto me levanté quise desayunar leyendo el periódico, así que salí a comprarlo, junto con la leche, que desde ayer se me acabó. Se supone que a este tipo de establecimientos se le llama de «conveniencia» porque están convenientemente cerca y porque no hay que arreglarse para ir a uno. ¿Una tiene que avergonzarse de las formas, texturas y colores de su propio cuerpo? ¿Dónde dejamos entonces las enseñanzas feministas y las ideas de empoderamiento?

—¿Qué me ve, viejo cochino? —dijo indignada.

—Señora, cúbrase carajo —dijo volteando la cabeza a otra parte.

—¿Señorita! Señorita aunque te cueste más decirlo —dijo aventándole a la cara un billete de veinte que planeó como un buitre y fue a caer más allá del mostrador. Tomé mis víveres y salí jurando no volver a comprar nunca más en aquel lugar.

## II

Llegué a casa con el pulso agitado y un poco falta de aire, no sé si por la emoción o por haber caminado a paso rápido de regreso. El tufo de los gatos me golpeó en la cara: vivo acostumbrada a ellos, pero el contraste entre el aire de la calle y el de casa siempre me recuerda que tengo que limpiar los areneros y ventilar con más frecuencia. Tendrá que ser más tarde, pensé, ahuyentando con la mano los pelos felinos suspendidos en el aire. Los gatos se acercaron maullando, exigiendo su alimento. Jalé la pequeña cadena del ventilador de techo y extendí el periódico sobre la mesa de la cocina. Al menos tres de mis niños se treparon para impedirme leer y tuve que retirarlos con suavidad. Leí la nota con detenimiento:

*Elementos de la Secretaría de Marina de la Primera Zona Naval rescataron a diez balseiros cubanos que estuvieron a la deriva en aguas del Golfo de México por espacio de 24 días.*

*Un buque informó que había detectado una pequeña embarcación frente a las costas de Soto la Marina, en el litoral tamaulipeco.*

*«Que eran diez personas del sexo masculino, nacidos en Cuba, como ellos mismos declararon, de los cuales ocho estaban vivos y dos ya fallecidos, según comentan ellos, que habían perdido la vida un día anterior», dijo Carlos Servando Ponce de León, de la primera Zona Naval.*

*En un buque de la Armada de México fueron trasladados al Puerto de Tampico y se les dio atención médica.*

*Carlos Alberto Hernández y otro identificado solo con el nombre de Joel, son los dos cubanos que fallecieron en su propia embarcación cuando intentaban llegar a los Estados Unidos. Uno más, Fidel Domínguez Rivero, falleció este domingo en el Hospital General de*

*Tampico*[1].

Pasé mi dedo sobre la imagen de los náufragos. Me acerqué para ver bien el rostro del que me gustó. ¿Era una cara de Jesús, de Óscar, de Juan Francisco, de Daniel, o de Alexander? Lo único cierto es que no era ni Fidel ni Carlos Alberto ni Joel. La gente siempre se parece a su nombre, me consta. Cerré los ojos y practiqué diciendo varios de los nombres, para ver cuál sonaba mejor. ¿Cómo se sentiría llamar a un hombre? ¿Alguien que acudiera al llamado de su nombre? Mejor aún: ¿cómo se sentiría que un hombre me llamara a mí, lleno de deseo y autoridad? Me llevé la mano al pecho, por debajo de la blusa. Varias gotas de sudor resbalaron por el espacio entre mis pechos. Toqué mis pezones erguidos y alejé los malos pensamientos. No era yo, sino el calor.

El aire caliente sofocaba a pesar de las ventanas abiertas. El calor en el puerto es tal que se vuelve visible si uno pone atención: una especie de empañamiento de la realidad, como si el tiempo se defasara un segundo o dos. El calor nos tiene viviendo en un letargo existencial: por eso la gente acá es tan impuntual. Abrí las cortinas y me limpié el sudor de la cara y los pechos con una pequeña toalla. Afuera no había vida: ni siquiera los pájaros se atreven a salir al sol. Los perros callejeros, los indigentes, todos se guarecen bajo una sombra. El sol es una de las peores formas de violencia. Pensé en los náufragos, en alguna celda del Instituto Nacional de Migración. Amontonados, sedientos, fracasados. Las malditas aguas del Golfo, traicioneras, sádicas más bien, que en lugar de dirigirlos a Miami a cumplir el sueño americano, los llevó a Tampico, la pesadilla mexicana.

Los oficiales de migración los tratarían sin bondad. Al menos a los migrantes ya no los metían con los presos comunes, en el reclusorio, como antes. Pero igual estarían muertos de calor y sed, encerrados en un lugar sin ventilación. Los mosquitos se los comerían vivos a todas horas. Los deportarían a Cuba: cárcel, torturas, represalias. Poco se sabe sobre lo que les pasa a los escapistas. Qué mayor disidencia que abandonar con el cuerpo la ideología impuesta por la fuerza. Les esperaba lo peor.

Me vestí lo más rápido que pude, me pinté los labios y acomodé mi cabello. Saqué dinero de la caja de galletas metálica donde cada mes separo una parte de mi quincena, como ahorro o para emergencias. Tomé las llaves, mi sombrilla, y tropecé con los gatos camino a la puerta. Si Dios me había hecho ir a la tiendita esa mañana para que yo pudiera ver el periódico con aquella noticia impresa en la primera página, había sido por algo. Yo tenía que hacer lo que estuviera a mi alcance: no podía permanecer inerte ante la desgracia.

### III

Había una maceta con una palmera falsa en la entrada, un bote de basura desbordado, y un cementerio de colillas. Los vidrios de las puertas estaban cubiertos de huellas de manos, dedos y grasa embarrada. Adentro, el guardia, casi calvo y con la piel color caramelo, se sacaba un moco sin pudor. Me vio batallar para abrir la puerta, pero no hizo nada por ayudarme.

—Gracias, no se moleste, ya pude —le dije conteniendo la indignación. Me acomodé la falda, erguí la espalda y guardé mis lentes de sol en la bolsa. El mundo está lleno de pelafustanes como

ese. Luego le dije en el tono más amable que pude que yo era familiar de uno de los cubanos detenidos en Migración. El guardia me dedicó una expresión suspicaz. Me acerqué a él y me llegó su tufo a sudor, cigarro y boca podrida. Le extendí varios billetes de la denominación más alta. En cuanto los vio, se apresuró a tomarlos y los guardó con discreción en el bolsillo de su camisa. Supongo que era una cantidad similar a la que recibía cada quincena. Estos pobres diablos apenas ganan el mínimo. Me sonrió amable, como si yo fuera alguien a quien conocía, pero hasta ahora comienza a recordar, y me pidió que lo siguiera por favor.

Me llevó por un pasillo oscuro que olía a moho y desembocaba en una habitación más grande, en donde había cuatro escritorios con sus respectivos burócratas pretendiendo trabajar. El olor prevalente allí era a chorizo, café quemado, axilas y lociones de Avón. Sentí náuseas. Un par de ventiladores metálicos movían desde el techo el aire caliente y espeso, como quien bate la mezcla para un pastel, provocando un ruido parecido al zumbido de una mosca gigante. También había un pequeño televisor portátil que transmitía un programa de variedades de medio día. Las tres mujeres y el hombre no se molestaron en mirarnos.

Recorrimos otro pasillo con un par de puertas señaladas como baños. Nada limpios, a juzgar por el hedor que despedían. Intenté no respirar por la nariz y concentrarme en mi misión. Había que pasar varios obstáculos y ya había cruzado algunos. Cerré los ojos para darme valor, apreté los músculos del vientre, y de pronto, llegamos.

Otro guardia dormitaba en una silla metálica que apenas podía sostener su peso. Tenía de frente un ventilador de pie dirigido hacia él. Era mucho más gordo que el guardia de la entrada. Un poco más atrás estaba mi príncipe y sus compañeros. Había una reja de por medio entre nosotros, como si fueran unos criminales. Algunos estaban acostados en el suelo, otros recargados contra la pared. Había dos catres nada más. No quise imaginar cómo harían para pasar la noche. Mi guardia, el que tenía el bolsillo retacado de billetes, le dijo al otro que aprovechara para irse a comprar un refresco, que solo sería por un rato. Intercambiaron una mirada significativa. El guardia de la silla se levantó y caminó modorro hacia el corredor. Tenía los pantalones mojados de sudor en las nalgas y la parte posterior de las piernas. Mi guardia se paró en la entrada de la habitación para vigilar.

—Allí están, señora. Tiene quince minutos.

Mordí mis labios para no corregirlo con lo de señorita. Me exaspera que la gente grosera asuma cosas de mí. Pero guardé silencio. No valía la pena enemistarme con él. Antes de acercarme a la reja me limpié el sudor de la cara con un pañuelito bordado con mis iniciales.

## IV

Eran ocho los que quedaban tal y como decía la nota del periódico. Al verme, se pusieron de pie y se acercaron a la reja. Era claro que no se les había dado oportunidad de darse un baño y apenas los alimentaban. A sus rostros quemados por el sol se les notaba el hambre desde lejos. Saqué de mi bolsa unas barritas de granola que siempre cargo por si me da un bajón de azúcar. Eran solo cinco, una para cada día de la semana laboral, pero pensé que podrían compartirlas. Las devoraron de inmediato y me dedicaron la misma expresión que los perros callejeros usan para

mendigar.

—Gracias señora —dijo uno con una cicatriz que le cruzaba la cara como si fuera una señal de prohibido estacionarse. Varias voces repitieron el agradecimiento en un eco desolador.

—¿Es abogada? —preguntó un pobre que sufría de vitiligo. No quise ver esa triste combinación de café, rosa y blanco sobre su cara y brazos. De pronto, atrás de otro hombre al que se le iba uno de los ojos dándole un aire de camaleón, lo vi por fin.

El sudor me escurría por la espalda. Tenía el pulso acelerado, como si hubiera corrido. Negué moviendo la cabeza. No estaba segura de que al abrir mi boca brotarían las palabras. Allí estaba *mi* cubano. Tenía el cabello color de la arena, cayéndole hermosamente sobre la cara bronceada y los ojos verdes. Era difícil adivinar su edad, pero no podía tener más de treinta. Se me fue el aliento. Ante la belleza verdadera uno se pierde, sobran las palabras. Hermoso, como una cascada, la enormidad del océano o una orquídea.

—Vengo a hablar contigo —dije señalándolo con el dedo. Él se rio, pero sin alegría, y se acercó. Los demás regresaron a sus posiciones previas en la celda, como acostumbrados a que se prefiera a uno sobre los otros. Le dije mi nombre y le pregunté el suyo. Leober Pantoja Batista, contestó después de titubear por unos segundos. Le pedí que no desconfiara, que yo iba a ayudarlo a salir de allí. Permaneció en silencio por unos segundos. Se aferró a los barrotes: vi sus dedos despellejados, las uñas diminutas y la punta carnosa de los dedos, como pequeños cráneos infantiles. Me explicó que iban a mandarlos al Instituto Nacional de Migración en la ciudad de México y que de allí los deportarían.

—No puedo ayudarlos a todos, pero a ti sí —No preguntó porqué. Tal vez entendió. Clavó sus ojos en los míos y no pude sostenerle la mirada. Era como si pudiera atravesarme o ver dentro de mi cerebro. Saqué varios billetes de baja denominación y se los di. Era una cantidad significativa, por ponerlo de alguna manera. Una vez leí que siempre es útil en las cárceles—. Voy a conseguir un abogado y mañana vendré a verte, Leober.

Él tomó mi mano y la cubrió entre las suyas. Después la besó, como si fuera el caballero que esperé toda mi vida.

## V

—La gente desesperada tiende a escoger un alivio rápido a cambio de pérdidas a largo plazo. Es como vender la primogenia por un plato de lentejas —dijo el abogado.

Un barra metálica sobre su escritorio anunciaba su nombre en letras doradas. Licenciado Adalberto Calleros González. Tenía un juego de cenicero, botecito para plumas, encendedor y agenda, todos cubiertos de cuero negro. Sobre la pared estaba su título con un marco barroco, desde donde una versión más joven y delgada del licenciado Calleros quizá esperaba algo distinto del futuro. Él mismo estaba enfundando en un traje marrón amarillento, del color de los perros corrientes, y sudaba mucho a pesar de que en su despacho un aire acondicionado ronroneaba sin tregua. Su cuerpo despedía un fuerte olor a loción y tabaco. Estaba sentado en una silla de piel sintética y tamborileaba los dedos manchados de nicotina sobre el escritorio de madera roja y brillante. Le dije que yo no tenía problema si fumaba. Con cara de alivio, extrajo una cajetilla del

bolsillo de su saco. Me ofreció y negué con la cabeza con amabilidad. Nunca he tenido ningún vicio. Por supuesto que no le dije eso. El abogado se apresuró a encender el cigarrillo, aspiró varias veces y pareció relajarse al fin.

—Es un proceso largo y complicado —explicó—, pero no imposible. Intentaremos probar que ustedes tenían una relación previa y que iban a casarse en Cuba. Solo que él no pudo esperar más y tomó la apresurada decisión de abandonar la isla en una balsa. Un matrimonio civil discreto y en poco tiempo él obtendrá la nacionalidad mexicana; podría quedarse aquí sin muchos problemas. Pero no será rápido, señorita Basaldúa.

En otra foto enmarcada por un cartón con macarrones adheridos, una señora regordeta, de cabello teñido, maquillaje pesado y sonrisa roja, como pegada sobre el plato de su cara, retaba a la cámara desde una silla, donde estaba sentada, muy erguida, y soportando el peso de la mano del abogado sobre su hombro. Un niño con cara de calabacita, de unos cuatro años, vestido de marinero, con partido en medio y cabello engominado, estaba de pie junto a sus padres y parecía ser el único genuinamente contento: sostenía en una de sus manos el hilo de un globo de helio y en la otra, un enorme algodón de azúcar. Un matrimonio feliz, para todo fin práctico. Un hijo, no una manada de gatos. Tragué saliva y toqué sin pensar los pétalos de un clavel blanco que se curveaba en un florero de cristal. Era natural.

El abogado siguió fumando tal vez para darme tiempo de que yo procesara sus palabras. Yo aún estaba esperando que pusiera en entredicho mi cristiano propósito de «salvar» a un cubano de su inminente deportación y casi segura muerte o cárcel de por vida. Pero solo me contempló con sus ojos negros y pequeños como botoncitos perdidos en su cara de orangután macho, sin decir nada. Sin juzgarme. Supongo que si los de su gremio no tienen escrúpulos para negar que un asesino es un asesino, no van a juzgar a una señorita en mi posición, siempre que pague por sus honorarios.

—Está bien —dije. Él no tenía qué saber de mis ahorros, de mi sueldo bastante aceptable, y de mis gastos mínimos. Podía intentarlo, sí. Casarme, llevar una vida conyugal, por breve que fuera. Valía la pena. Y salvar a ese pobre muchacho, claro. Regalarle la posibilidad de una vida nueva. No sería comprarlo, sino ayudarlo. Hacernos bien el uno al otro.

—En lo que eso sucede —dijo el licenciado reteniendo el humo en sus pulmones— podemos arreglar que usted visite a su prometido a diario. Basta repartir un poquito aquí y allá. Nada complicado.

Nos dimos la mano y salí de su despacho. Caminando por la calle, me di cuenta de que yo también olía a la loción del licenciado Calleros.

## VI

—Háblame de ti —dijo Leober.

El guardia nos había permitido sentarnos frente a frente en una mesa en un cuartito adjunto a la celda. La puerta estaba abierta, pero al menos suponía algo de privacidad. Yo había llevado galletas que yo misma horneé, una jarrita de café y un par de vasos desechables.

—Quiero conocerte más —insistió con una sonrisa torcida y encantadora.



Fui la niña de papá desde siempre: sin importar mis cuarenta años cumplidos me sentaba en sus piernas y me colgaba de su cuello. Fui su consentida hasta que él murió hace un par de años. La relación con mi madre fue hostil desde que tengo uso de razón, pero al quedarnos las dos solas, ella cambió mucho. Se volvió melosa y abyecta, como si temiera que sin papá supervisándonos yo fuera a lanzarla a la calle. No lo hice. Me las arreglé para sobrellevar su presencia hasta que murió. Jamás tuve una palabra cariñosa ni fui amable con ella, pero no dejé que le faltara nada. Nunca ejercí violencia directa en su contra. Siempre hubo una pobre muchachita intercambiable que se encargaba de sus necesidades más básicas y repugnantes, que lo mismo le limpiaba la barbilla al comer, que la ayudaba a bañarse y le cambiaba los pañales. Yo nunca tuve novio, no sé cómo explicarlo: no sucedió y punto. Ni siquiera lo intenté porque tampoco nunca me enamoré de nadie. Nunca pude considerar a nadie más que no fuera papá. Pasé casi toda mi vida adulta acumulando gatos y tratando de exorcizar la idea de que papá había tenido relaciones sexuales con mi madre para que yo naciera. También intentaba racionalizar sin éxito qué cosas encontró él en ella como para casarse. Yo no le veía ninguna cualidad. No tenían los mismos gustos, no compartían ningún interés, no estaban a la misma altura. Aquello solo me hacía concluir que estaban juntos por sexo y comodidad doméstica, algo que me parecía deleznable. Si la muerte de papá fue lo más doloroso que he vivido, la de mi madre me liberó. Mi vida había cobrado la consistencia de las papillas con las que antes del final tuve que alimentarla. Yo tenía todos los ingredientes que necesitaba para ser feliz (dinero, independencia, libertad), pero no podía paladearlos ni disfrutarlos. Todo estaba mezclado, hervido, aplastado en una misma masa aguanosa y suave. Mediocre. Y por eso decidí tomar esta oportunidad que Dios me puso esa mañana con el periódico y la noticia de los náufragos cubanos.

No le dije esto, claro. No estoy loca ni soy tonta.

Le conté que fui la hija única que tuvo que cuidar a sus dos padres hasta sus respectivas, lentas y complicadas muertes. Si no estaba atendiendo a mis padres, estaba trabajando ocho horas diarias como secretaria en una preparatoria pública, lo cual fue verdad. Le dije también que nunca tuve suerte con los hombres, que solo me buscaban para placeres corporales, pero nunca para un compromiso legal y espiritual. Que yo había defendido mi virtud hasta el final, guardándome para el hombre adecuado, aunque tardara mucho en llegar.

Yo tenía preparado un discurso en caso de que él me cuestionara sobre mis intenciones con el cubano. Le diría algo como: «A tu edad es fácil juzgar con dureza. Eres joven, muy joven. No hay nada más puritano que un joven considerando las acciones de alguien de la edad de su propia madre. Algún día entenderás la soledad...».

Pero al igual que el abogado, Leober tampoco me juzgó. Entre que devoraba las galletas y apuraba el café, me contó sobre su infancia llena de acciones repetitivas como patear latas en lugar de pelotas, mendigar a los turistas, escuchar horas de adoctrinamiento comunista, y experimentar un hambre constante e inextinguible. Me dijo que era pintor y antes de escapar trabajaba como taxista para algunos turistas que ya lo conocían. En realidad hacía de todo, dijo. De todo. Que el hambre y la necesidad le cambian a uno los valores, hasta los que uno creía más arraigados. Era soltero: la mayoría de las cubanas esperaban casarse con algún extranjero que las sacara de la isla. Nadie se podía fiar de los sentimientos de nadie: casi todos se manejaban por interés, y era imposible culparlos por eso. No querer pasar hambre ni penurias es lo más humano que existe.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escuchar su historia. Leober tomó mis manos entre las

suyas y me miró a los ojos. Me dijo que por eso arriesgó la vida, para escapar de aquella realidad. Que dos de sus compañeros no habían tenido la misma suerte que él. Pero ahora todo estaba perdido: su regreso a Cuba sería el fin. La muerte. Yo me apuré a asegurarle que el licenciado Calleros y yo íbamos a ayudarlo. No había por qué perder la esperanza. Que las cosas siempre sucedían por una razón y que todo sería para bien.

El guardia que recibía mis billetes se paró bajo el umbral y nos hizo un gesto con su mano y su reloj de pulsera. Habíamos estado hablando por una hora completa. Leober y yo nos pusimos de pie casi al mismo tiempo. Yo saqué una bolsa de plástico y comencé a guardar la basura y el termo del café. Él se acercó a mí, nuestros cuerpos casi rozándose el uno con el otro. Su boca se posó cerca de mi oído y me pidió en voz baja si la próxima vez podría traer refrescos, en lugar de café, y sándwiches, en lugar de galletas. ¿Tal vez suficientes para compartir con sus compañeros que no tenían la suerte de tener una dama tan guapa que viniera a visitarlos?

Me besó en el cuello. Sus labios tibios y húmedos contra mi piel generaron algo desconocido para mí, un calor intenso que bajó desde mi cuello por mis vértebras y se concentró entre mis piernas. Leober se despegó de mí y sus ojos verdes resbalaron por mi cuerpo, que se sentía resbaloso como un molusco. Si estuviera desnuda hubiera dejado un charquito a mis pies.

El guardia, que se hacía llamar don Rul, tomó del brazo a Leober y lo condujo a su celda. Yo regresé a casa sin sentir mis pasos contra el suelo.

## VII

Al día siguiente traje lo que Leober me pidió. Sus compañeros estaban felices y se desvivían en palabras de agradecimiento para mí. Aún don Rul parecía conmovido por mis acciones. Pasé al cuarto adjunto, que se usaba para los interrogatorios, como me explicó el otro guardia, y saqué de mi bolsa una sorpresa para Leober: una lata de cerveza que él destapó y bebió de un solo trago. Me dijo que era lo mejor que le había pasado en los últimos meses.

Aquello me apretujó el corazón. Le dije que siempre que pudiera le traería una cerveza, pero no podría hacerlo para el resto de sus amigos; no solo era muy caro, sino que serían imposibles de esconder en mi bolso. Una lata solitaria, en cambio, no era mucho problema. Él pareció comprenderlo y me sonrió sincero. Seguimos platicando por el resto de la hora, tomados de la mano, compartiendo historias de nuestro pasado. Algunas matizadas ligera o fuertemente, debo decir. No quería darle una mala impresión. Él, en cambio, insistía con caballerosidad en que no entendía cómo alguien tan linda, inteligente y amable como yo seguía soltera a sus treinta y siete (me había quitado cinco años para él). Yo me sonrojé sin contestar.

Así comenzó a pasar el tiempo, con la dulzura y la falsa seguridad de la rutina. Yo visitaba a Leober todos los días, les llevaba algo a sus compañeros, dinero para el guardia y algo especial para mi amor. Mientras tanto, el abogado hacía lo propio mandando cartas, tramitando amparos, dándome malas noticias y siempre alguna esperanza, antes de cobrar sus honorarios. Yo me fui enamorando cada vez más de Leober, y creo poder afirmar que él me correspondía. Su cara se iluminaba al verme llegar. Si nadie nos espiaba, a la hora de despedirnos, se inclinaba hacia mí sobre la mesa y me plantaba un besito en la boca. Nada como en las telenovelas de la tarde, claro:

un beso casto. Leober me respetaba y no quería que yo fuera a pensar que era como todos los hombres que se habían atravesado por mi vida. Al verme llegar, sus compañeros de celda rompían en una algarabía de voces masculinas. Don Rul bromeaba diciendo que los cubanos engordaban bajo mi dieta de refrescos y papitas. Él mismo había terminado de construir un segundo piso en su solar gracias a mis contribuciones, me informó agradecido. Llevaba a su mujer a cenar fuera los domingos y su matrimonio nunca estuvo mejor.

Yo regresaba a casa con la imagen de Leober en mi mente. Perdí la emoción por mis gatos, a los que apenas atendía. Dejé de ir al grupo de mujeres que rezaban el rosario por las tardes. Siempre que veía las telenovelas me sentía la protagonista y por primera vez no envidiaba aquella ficción: muy pronto sería yo quien viviera el gran romance. Añoraba la hora de irme a la cama, para poder al fin cerrar los ojos, evocar la cara y el cuerpo de mi prometido y tocar el mío como recién había aprendido. En las mañanas me levantaba contenta y apenas bebía mi café, llamaba al licenciado para ver si había noticias. Aunque me decía que aún no resolvía la situación, yo no me amilanaba. Él me repetía que era posible, pero que esos trámites tomaban tiempo, que la Embajada de Cuba peleaba con garras y dientes por tener de regreso a los prófugos y poder darles su merecido castigo en la isla. Acá estaban a salvo. Además, siempre estaba la visita en la que yo podía alegrarles la mañana y cambiar su realidad, aunque brevemente.

## VIII

Don Rul, que pienso llegó a tomarme cariño durante ese tiempo, no solo a mis donaciones sino a también a mi persona, se acercó a mí una tarde al encaminarme a la puerta. Me dijo que pronto podría corresponder a mis atenciones. El próximo lunes sería feriado y los empleados no irían a trabajar. Solo estaría él vigilando a los detenidos. Si me las arreglaba para traer una cobija gruesa, tal vez yo y mi amado podríamos al fin estar a solas. Al decir esto cerró el ojo izquierdo, cómplice y picarón. Yo sentí que mi corazón se brincaba varios latidos. Me llevé las manos a la cara: mi piel estaba ardiendo. Sentí que se me nublaba la vista y que iba a desvanecerme como aquellas mujeres de las telenovelas al recibir una noticia trascendental. Don Rul me sostuvo por el antebrazo y se rio:

—Que no le dé pena, señorita Basaldúa. Ya ve lo que dicen: a cada santo le llega su día y a cada pavo su Nochebuena.

No supe si debía sentirme ofendida o no. Al final decidí que no, que el comentario no era malintencionado. De todas formas sonreí nerviosa. No me atreví a a preguntar más, pero él pareció saber lo que pensaba, porque dijo:

—Usted se presenta a la misma hora para su visita de siempre, así yo la registro en mi libro de entradas y salidas. —Moví la cabeza indicando que comprendía. Sentí que la emoción me escocía la piel. Don Rul siguió hablando—: Lo único distinto es que no estará toda esa gente de los escritorios ni el otro guardia. Usted les da a los cubanos lo que les traiga y le paso a su muchacho al cuarto. Nomás que ora sí cerramos la puerta.

Otra vez el guardia me guiñó el ojo y rio con esa risa que usan los hombres cuando están entre hombres, bebiendo alcohol y siendo solidarios en sus burlas y bajezas; esas veces que parecen

saber verdades que una ni siquiera imagina, esa mitad del mundo vedada para las mujeres, la cofradía de los genitales exteriores. Casi quise abrazarlo.

Hubiera vuelto a casa brincando con esos pasos largos de liebre con que las niñas saltan a la cuerda si no fuera porque sufro de los ligamentos de mis rodillas y el doctor no me permite tales excesos. El resto de la tarde y el fin de semana me parecieron eternos. Intenté distraerme en mis actividades regulares, pero no podía concentrarme en nada. De haber tenido amigas, les hubiera contado, pero solo tenía conocidas, nadie en quien confiar. No quise que me juzgaran con envidia esas mujeres que se vuelcan en la religión porque no tienen amor ni sexo ni emociones, sin importar su estado civil. Pensé en mis padres. Tampoco podría haberles contado a ellos, por razones muy diferentes a cada uno. Intenté cerrar los ojos, perderme en mis ensoñaciones, y conciliar el sueño, a medida que el reloj avanzaba con la pesadumbre de siempre.

## IX

La conciencia de que el ser amado existe llena todo el mundo, cada partícula del universo, incluida mi propia existencia. Me desperté el lunes siendo otra versión de mí misma. Estaba feliz. Quizás esto era lo que describían los santos al describirse plenos por el Espíritu Santo. Me bañé meticulosamente. Perfumé mi cuerpo. Me apliqué una base de maquillaje y chapitas juveniles en las mejillas. Me puse la ropa de encaje que compré para esta ocasión especial. Me lavé los dientes dos veces. Tomé las cosas que tenía preparadas: una bolsa de dormir compacta, suave y acojinada; refrescos y botanas para los muchachos; una botella de vino tinto, dos copas de plástico, y una charola de canapés de paté y queso crema para nosotros. Preparé el dinero para don Rul y agregué un extra bastante generoso. El bote metálico quedó vacío: mi empresa amorosa había supuesto un gasto enorme. Dilapidé mis ahorros y no tenía más hasta el próximo depósito de mi quincena. De hecho la semana anterior tuve que empeñar las joyas que heredé de mi madre. No me importó no poder recuperarlas: jamás lo material sirvió para fines más nobles y espirituales. Todo habría valido la pena. Tomé un taxi y escuché sonriente la conversación política y necia del chofer: nada podía arruinar mi humor.

## X

—Se escaparon, señito —Don Rul estaba en la entrada de las oficinas de Migración, apretándose las manos como si fueran un trazo. Tenía los ojos rojos y líquidos—. Me van a chingar a mí. Le juro que yo no tuve nada que ver.

Me pidió que testificara a su favor porque estaba metido en problemas: era el responsable directo de la seguridad. Intentó explicar que él había llegado para encontrar las puertas abiertas de par en par, pero no lo escuché: ese hombre no era mi amigo. Es más: nunca lo vi antes.

Regresé a casa, me encerré con llaves para ya no salir, alimenté a los gatos, me preparé la merienda y me puse a ver mis telenovelas. Me quedé dormida en el sillón reclinable hasta el día

siguiente. Me despertaron los gatos caminando y maullando arriba de mí, exigiendo su comida.

La nota salió en el periódico al día siguiente. «Ocho migrantes cubanos se fugaron de la estación migratoria»[\[2\]](#). Leober podía contactarme si quisiera y no lo hizo; pero jamás esperaba algo distinto de un diablillo de balsa cualquiera.

## PALABRAS BAJO TIERRA

*No hay escapatoria posible al huir de nosotros mismos:  
el caos de adentro se proyecta siempre hacia afuera.*

Amparo Dávila

La primera vez que la vi en el café Tamayo llevaba un bolso desgastado del que sacó un libro antes de ordenar. No hizo contacto visual al pedir el americano. ¿Es todo?, le pregunté y ella se limitó a asentir. En la portada del pequeño libro vi una rana atravesada por unas tijeras largas, como de costura. Cuando regresé con su taza de café, ella musitó un «gracias» muy quedo mientras yo acomodaba los botecitos de crema y el sustituto de azúcar sobre la mesa. Asumí que tendría poco más de cincuenta años, pero su edad era tan indefinible como el gris de su traje sastre. Seguí atendiendo las mesas sin perderla de vista. Me di cuenta de que alargaba lo más posible aquella taza de café, evadiendo el contacto visual conmigo. Se ajustó los anteojos estilo Windsor antes de tomar un lápiz y hacer anotaciones en los márgenes del libro. Pasé varias veces por su lado no enterarse. Fui a la cocina para traer el platillo de un cliente habitual y fue entonces que ella aprovechó para hacerle una señal a José de los Santos, mi pretendiente y compañero de trabajo. Como el caballero y buen empleado que es, se acercó de inmediato. Por la forma en que se dirigió a ella supe que ya se conocían desde antes. No podría demostrarlo ni explicarlo, pero pude percibir una familiaridad que me resultó dolorosa. Atajé a José antes de que llegara a la cocina y le recordé que la mesa siete era de las mías. Él me dijo con toda la calma del mundo que la señorita deseaba que le rellenara su taza y le trajera un bisquet con mermelada. Intenté atisbar su libreta de pedidos, pero él la cerró como si me escondiera algo. Decidí no moverme de mi lugar. En cuanto José de los Santos vio que yo no iba a atenderla, tomó la jarra de café y se dirigió a la mesa siete. Le sirvió y al poco le llevó el pan en un plato pequeño. Desde mi lugar no alcancé a escuchar las palabras que intercambiaron; solo vi que él señaló algo sobre la mesa, ella movió sus labios y se acomodó los lentes de nuevo. José sacó la pluma del lugar en su oreja donde la guarda y escribió en su libreta. Ambos rieron y estoy segura de que hubieran seguido hablando de no ser por un par de clientes que llegaron a ocupar una de las mesas que él debía atender. Consulté mi reloj. Después de una hora y treinta minutos de haber llegado, ella hizo el ademán de pedir la cuenta. José fue a registrar el consumo en la caja y dejó su libreta de pedidos. La abrí un poco y pude ver lo que recién había apuntado: «Amparo Dávila, música concreta». Ese era su nombre entonces. Al recoger su taza y su plato tropecé con la propina. Era más o menos del cincuenta por ciento del total de la cuenta. Obviamente la había dejado para José y nadie más. Él es bien parecido y no faltan las clientas que lo acosen, pero él tiene un tono de voz tierno que reserva solo

para mí. El encanto de José de los Santos explicaría la generosa propina, mas no el hecho de que él hubiera escrito el nombre de esa mujer, junto con aquella frase de «música concreta», que sin duda era un mensaje en clave.

Esa noche soñé con Amparo Dávila. Por algún motivo yo iba por los pasillos de una casa antigua con pilares alrededor de un patio interior y habitaciones de puertas cerradas. El piso era de baldosas gastadas, con grecas de ranas de ángulos rectos: resonaban debajo de mis pies, como si tuvieran que avisarle a alguien de mi presencia. Había también macetas colgantes llenas de helechos que rozaban mi cabello. A mí me era imposible apartar los ojos de la fila de jaulas alrededor del patio. Suspendidas de las paredes, excepto por el espacio que ocupaban las puertas cerradas, y albergando una sola ave, las jaulas lo abarcaban casi todo. Canarios, palomas, golondrinas, loros, águilas, pajaritos silvestres, confinados a la soledad individual tras los barrotes de hierro blanco. Cada ave vocalizaba el sonido natural de su especie; debajo de mis zapatos, las baldosas parecían observarme también cuando yo daba vueltas una y otra vez sobre aquel pasillo, doblando las esquinas, consciente de haber pasado ya por allí, pero sin detenerme. Una de las puertas se abrió y yo entré como si fuera lo más natural del mundo. Adentro estaba oscuro y mis ojos tardaron un poco en ajustarse. Lo primero que vi fue una figura humana inclinada sobre un escritorio antiguo de cortina de madera. Al acercarme descubrí a Amparo Dávila presionando solo con el índice de la mano derecha las teclas de una máquina de escribir antigua; en la izquierda traía unas tijeras de costura, que abría y cerraba sin darse cuenta. Ella no se movió ni hizo nada que me diera a entender que estaba al tanto de mí. Me acerqué y espí sobre sus espaldas: la hoja estaba repleta de notas musicales. No sé porqué, pero en mi sueño era evidente que cada una de esas notas correspondía al sonido de un pájaro enjaulado. Me desperté de golpe. Eran las dos de la mañana. No pude volver a conciliar el sueño: la alarma sonó, como cada mañana, a las siete en punto.

Fue en ese estado insomne que comencé mi turno. José de los Santos bromeó sobre mis ojeras, algo que nunca hace porque me respeta demasiado. Le dije que había ido a una fiesta con unos amigos, esperando provocarle celos, pero él no dio ninguna señal de que lo hubiera conseguido. No era por orgullo: sé bien que los celos son difíciles de esconder. La única explicación era que Amparo le había metido ideas en la cabeza para afectar nuestra relación. Porque aunque él es nueve años menor que yo, sé que me pretende con toda seriedad desde que entró a trabajar al Tamayo. Me consta que me desea, pues lo he sorprendido mirándome cuando limpia alguna mesa o lleva una charola con comida, aunque voltea hacia otro lado en cuanto se siente descubierto. Siempre he sabido que la diferencia de edades y su timidez, o prudencia, le impiden cortejarme. Él cree que por su pinta y por sus pasatiempos voy a rechazarlo, pero a mí me gusta que lleve su cabello largo amarrado en una coleta y que sea poeta. De hecho me parece romántico que escriba versos. Yo tengo un libro de cien poemas para declamar que leo cada noche pensando en él. José de los Santos debe de pensar que no tiene qué ofrecerme o que desapruébo su desgarbo al vestir. Tal vez se siente acomplejado porque sabe que antes de que me forzaran a dejar a mis alumnos en la primaria, yo estaba a punto de recibirme de un curso de computación. En cambio, él apenas terminó la preparatoria en el sistema abierto, según me contó otra de las meseras. No debería de sentirse así, pero no es culpa suya sino de la sociedad en que vivimos. Como soy una señorita decente, tampoco he hecho nada explícito por dejarle saber que cualquier avance suyo sería bienvenido. A veces bato las pestañas sonriendo por unos cuantos segundos, al pasar frente a él.

Quiero demostrarle que soy una persona sencilla y que lo acepto tal como es. En otras ocasiones, si nuestro descanso coincide y comemos juntos, mi pierna puede rozar la suya por accidente debajo de la mesa, o bien, puedo tocarlo al acercarme para recoger los platos. También suelo llevar mis caminatas por los rumbos de su casa y con frecuencia nos encontramos. Me saluda con un gesto extraño, como si se abochornara. Pero hay que darle tiempo al tiempo, decía mi abuela, que en paz descanse.

La falta de sueño comenzó a afectarme hacia el final de mi jornada. Rompí un vaso, quemé a un cliente al servirle su café y confundí varias órdenes. Fuera del comentario sobre mis ojeras, José de los Santos me evitó durante el resto del día. Una hora antes de mi salida llegó Amparo Dávila y se sentó en el mismo lugar de ayer. Me pareció que el interior del local se oscurecía de repente, como cuando una nube pasajera cubre el sol. Pero lo que sentí no fue el alivio de una sombra fresca, sino escalofríos que trepaban por mi espalda. Mi jefe desde la caja registradora oteaba la actividad del negocio, así que me dirigí hasta Amparo Dávila y saqué mi libreta. Ella hizo como que no me veía hasta que le pregunté si podía tomarle la orden. Amparo respingó como si yo hubiera hablado en un tono demasiado alto o beligerante. Yo permanecí inmóvil en mi lugar. Sin querer vi el libro de la rana abierto en una página en la que se leía el título «Detrás de la reja». Estoy segura de que la Dávila esperaba que José de los Santos la atendiera para transmitirle aquel mensaje. Al fin me dio su orden: un café y un bisquet con mermelada. ¿Pero cuál reja?

Mientras iba por su pedido intenté visualizar todas las rejas cercanas al Café Tamayo. Eran muchas. Necesito otro indicio, pensé. Recordé mi sueño sobre las notas musicales y la frase que José había anotado ayer: «Música concreta». De pronto lo entendí con una claridad asombrosa. A un par de cuadras del Tamayo hay una academia de música, la Cesaretti. Alojada en una casa antigua, tiene un minúsculo jardín al frente, rodeado, por supuesto, por una reja de fierro forjado. Temblé con anticipación: no creí que fuera verdad que esta mujer estaba aquí por algún plan siniestro que involucraba a mi compañero y pretendiente, no solo poniéndolo en mi contra, sino con algún otro motivo que yo aún desconocía. Decidí no hacer nada aquella tarde, por temor a que ella sospechara algo. Me propuse impedir que José de los Santos se acercara a la mesa de Amparo Dávila y leyera la frase del libro. Me aseguré de estar siempre cerca para rellenarle la taza y llevarle la cuenta en cuanto la pidiera. Ella, por su lado, hizo gala de una gran histrionicidad y disimuló a la perfección que la ausencia de José como su mesero no era un contratiempo para su plan.

Aquella noche no soñé nada porque no dormí ni un minuto. Recuerdo que bebí leche tibia y hasta preparé un té de tila, pero al cerrar los ojos aparecía una película de los eventos de los dos últimos días, desde que Amparo Dávila entró al café por primera vez hasta que pagó su cuenta y salió a la calle hacía unas horas. Se me colaban también fragmentos del sueño con Amparo escribiendo en esa máquina vieja, indiferente a mi presencia. Mi alarma sonó más o menos al tiempo en que las urracas daban inicio a su escándalo matinal: yo seguía despierta sobre la colcha. Ni siquiera tuve el tino de meterme a las sábanas. Me tocaba el turno de la tarde en el café y en realidad podría quedarme en casa a descansar el resto de la mañana. Intenté permanecer quieta y cerrar los ojos, pero aparecieron manchas negras como notas musicales detrás de mis párpados. Supe que conciliar el sueño sería imposible hasta que se resolviera esto. Por eso me bañé y me vestí como si fuera a ser un día cualquiera. Desayuné avena, un plátano y una taza de té negro, como es mi costumbre y mi secreto para mantenerme delgada a mi edad. Pero yo sé que las pesadillas se delatan en los pequeños detalles. Hice toda mi rutina matinal para convencerme de



que todo iba a estar bien, pero también para que Amparo Dávila y sus cómplices, si es que los tenía y me vigilaban, no se percataran de que yo sabía sobre la reja.

La academia Cesaretti está a unas cuadras de mi casa. Me siento afortunada de vivir en el centro, en un pequeño departamento construido sobre varios locales comerciales: una miscelánea, una farmacia y una tienda de antigüedades. El edificio es propiedad de una tía que vive en otra ciudad; me permite estar en el departamento a cambio de que cobre las rentas de los tres negocios y le deposite el dinero en una cuenta. Me queda cerca la Catedral, mi trabajo, la plaza, prácticamente cualquier lugar. Caminé rumbo a la academia y en menos de cinco minutos llegué a mi destino. Como las clases empiezan a las cuatro de la tarde, la reja estaba cerrada. Era muy alta como para que yo la brincara. Me acerqué lo más que pude. Había un jardín con un ciprés joven en una esquina, geranios blancos, rosales con botones, pero sin rosas, y varias flores de pétalos alargados, amarillos y negros; el resto era pasto. Me quedó claro que no podría hacer más que ver. Tal vez pudiera regresar antes de que empezara mi turno. Corté una de las flores antes de irme y la fui deshojando: me quiere, no me quiere... Al detenerme frente a San Agustín para persignarme, vi que me quedaba un pétalo: evoqué una imagen de José de los Santos, con su uniforme de mesero, camisa blanca y pantalones negros. Jalé el pétalo, que se desprendió suave entre mis dedos. Me quiere. Antes de volver a casa, decidí entrar en una librería. No suelo comportarme así; me refiero a caminar sin propósito por la calle y entrar a donde algo me llama la atención, pero como había planeado ocupar parte de mi mañana explorando la academia de música y la reja cerrada me lo impidió, pensé en gastar ese tiempo como mejor me pareciera.

El dueño de la tienda estaba sacudiendo algunos libros. Me acerqué a la mesa de novedades. Mis libros favoritos son los de crucigramas y sudokus, aunque también disfruto mucho las vidas de los santos, los de cocina y los de superación personal. Iba a tomar uno sobre recetas para llegar al corazón de los hombres, pero sin querer golpeé con el codo un libro en exhibición. Era negro, bastante grueso: cayó desde la pila de libros con un golpe seco y aterrizó en el suelo abierto como el tejado de una casa. Me fijé en una de las solapas: allí estaba Amparo Dávila, la mujer del café y de mis sueños. No tuve ninguna duda: con sus ojos rasgados, casi orientales, y esa sonrisa de encías francas. Me temblaron las manos al tomar el libro. No había duda de que era ella. Le di la vuelta para ver la portada: ante mí la imagen borrosa de una mujer junto a una ventana opaca por la que se cuele una luz amarilla y endeble. El título decía «La cresta de Ilión», pero según aquellas letras, la autora era un tal Cristina Rivera Garza. La mujer del café había engañado a José de los Santos con un nombre falso. El dueño ofreció buscar el precio. Se ha vendido muy bien, agregó como si a mí aquello me importara. Pero yo ya me dirigía a la salida con prisa y el rostro encendido, como si me hubieran descubierto en una mentira. Apreté el paso, abrí la puerta que va a mi departamento y subí las escaleras casi corriendo. Me senté en la mecedora para calmarme. No me di cuenta en qué momento me quedé dormida.

En mi sueño yo seguía a Amparo Dávila, o Cristina Rivera Garza, según se vea. Iba detrás suyo, tratando de llevarle el paso. El viento helado nos golpeaba en las mejillas y hacía que su cabello me apuntara horizontalmente. Se detuvo ante un semáforo y giró un poco, por lo que pude ver el maletín rígido contra su pecho. Comenzó a andar y yo detrás de ella. Al poco llegamos a la academia de música. Ella abrió la reja con facilidad y se inclinó sobre el jardín. Creí que yo era invisible para ella porque aunque me hiqué junto a su lado, no me puso atención. Con las manos escarbó en la tierra, quitó los broches del maletín y un olor fétido escapó con violencia. Amparo sacó el cadáver de una rana o sapo y lo depositó en el hueco que al principio era muy pequeño,

pero que se abría para acomodar el cuerpo viscoso del animal. Extrajo también un canario tieso, que me recordó la portada de una novela de Agatha Christie de las que mi jefe guarda junto a la caja. También metió el ave en el hueco, que volvió a agrandarse como una boca golosa. Tomó un manuscrito del portafolio e hizo correr las hojas como abanico frente a su cara. Olía a moho, a música y letras, pero no pude distinguir ninguna palabra. Sin embargo, estaba segura de que aquellas hojas contenían algo de gran importancia para mi caso. Lo puso sobre los animales muertos, tapó el hueco con tierra y se volvió a mí. Nos vemos en el café, dijo sin separar los labios, pero yo pude entenderla a la perfección. Me desperté sobresaltada. Consulté mi reloj: faltaban menos de diez minutos para que empezara mi turno.

Aunque dormí varias horas, me sentía como si llevara una semana con insomnio. No tuve mucho tiempo de enmascarar mi aspecto demacrado. Daba la impresión de ser mucho mayor. José de los Santos me saludó y percibí una especie de rechazo de su parte a medida que se alejaba con una charola cargada de tazas y platos sucios. Tal vez ahora podría pasar por su madre. Traté de atender las mesas lo mejor que pude, pero los clientes no paraban de quejarse: dijeron que olvidé los cubiertos y que no hacía caso cuando me llamaban para que rellenara sus tazas con café; hubo también acusaciones de servirles algo que no pidieron, o de poner los platos con demasiada fuerza sobre la mesa. Si hubiera habido una mosca en la sopa, me la habrían endosado también. Me venció el cansancio. Tenía que arrastrar los pies para desplazarme de un sitio a otro. Revisé mi reloj y vi que apenas habían transcurrido un par de horas. Mi cuerpo, en cambio, se quejaba de haber trabajado demasiado.

La jornada avanzó con una lentitud insoportable. Mi jefe me llamó la atención varias veces y me preguntó si me encontraba enferma. Me sugirió tomarme la tarde, pero me rehusé. En casa no encontraría ningún descanso. Amparo Dávila o Cristina Rivera o quien sea que fuera esa maldita mujer me seguiría asaltando en mis sueños. Justo cuarenta minutos antes de mi hora de salida, la susodicha entró al Café Tamayo. Traía un traje sastre color guinda, medias, zapatos de tacón bajo y un maletín oscuro. Su mesa de siempre estaba ocupada (era solo su tercer visita, pero actuaba como si el lugar le perteneciera). Noté que el hecho de buscar otro sitio para sentarse le causó molestia, porque apretó la boca y la torció un poco antes de dirigirse a una mesa del fondo, que lo mismo recibía la luz del sol que el tránsito de los clientes rumbo al baño. Esa mesa no era de las mías ni de las de José de los Santos, pero los dos hicimos contacto visual al verla sentarse allí. Marina, la otra mesera, desatendía su área y la Dávila ya buscaba impaciente a quien tomara su orden. José de los Santos y yo, sin pensarlo, nos presentamos al mismo tiempo. No pude dejar de asombrarme: aquella cara sonriente era idéntica a la foto de la solapa. Nos dijo que este debía ser el mejor restaurante: tanta atención para un solo cliente. Se rio y pidió lo mismo que los otros días.

José tomó nota y se alejó para llenar la orden. Yo permanecí allí sin moverme. Ella abrió el portafolio y sacó un legajo. No podía ser otro que la parte que completaba el manuscrito que la vi enterrar en mis sueños. Las hojas estaban unidas con un broche metálico, idéntico al que yo vi cubrirse con la tierra junto a la rana y el canario muertos. Amparo extrajo un plumón rojo del maletín, se giró sobre la silla y se dirigió a mí con la impaciencia de las maestras de niños pequeños.

—¿Qué se te ofrece? —me preguntó al fin.

El hecho de que me tuteara me ofendió. Aparenta ser un poco más joven que yo. Los músculos de la espalda se me tensaron. Hice todo lo posible para mantener la compostura.

—¿Es usted escritora?

—Sí —dijo encogiéndose de hombros y me lanzó una sonrisa apenas esbozada, de labios cerrados, como si aceptara algo bochornoso, pero sin importancia. El tiempo volvió a congelarse en mi reloj de pulsera, pero también en el suyo. Al ver que yo no me movía, agregó—: ¿Te puedo ayudar en algo? —ahora su tono era más que impaciente.

—¿Qué es eso? —dije señalando las páginas sobre la mesa.

—Es mi último libro. Lo estoy corrigiendo —me contestó sin verme, porque parecía buscar a alguien, tal vez a mi jefe, no lo sé. La mano de Amparo Dávila comenzó a poner y quitar sin darse cuenta la tapa roja del plumón. Tenía miedo y era incapaz de disimularlo. No dije nada y ella inclinó la cabeza sobre sus hojas, pero era claro que no estaba leyendo, sino que solo pretendía hacerlo, esperando que yo me fuera.

Vi que José de los Santos se aproximaba hacia nosotras con la charola del pedido. Solo tenía unos segundos para actuar. Ella se incorporó cuando José de los Santos se detuvo junto a la mesa. Sabía que iba a acusarme y yo no iba a esperarme a que lo hiciera. Tomé el manuscrito y salí corriendo del Café Tamayo. No volví la cabeza. Si alguien me seguía no me percaté de ello. Lo más importante era correr. Mis piernas me fallaron antes que mis pulmones, pero no les permití parar hasta que estuve frente a la academia de música. No sé cómo no me tropecé, como no caí fulminada por un paro cardíaco. Eran casi las ocho de la noche y encontré la reja abierta. Desde adentro del edificio salía la música de los principiantes que practicaban sus lecciones. Era espantoso: las notas me golpeaban la cabeza. Es parte del plan, pensé, para proteger el sitio de su tesoro. Aquello no iba a disuadirme. Me hincué sobre el jardín en el mismo lugar donde Amparo Dávila lo hizo en mi sueño y comencé a escarbar. La tierra apretada y las piedras me lastimaron los dedos, pero no me detuve. El hueco se movía debajo de la tierra, eludiendo mis manos. La rana y el canario trataban de proteger la otra parte del manuscrito, pues al juntarlos, yo averiguaría las intenciones de aquella mujer. *Estaba a punto de develar el secreto.*

*A punto de.*

Fue por eso que me levantaron en vilo. Grité con todas mis fuerzas y la gente solo se quedó mirando sin mover un dedo. Las hojas volaron por todas partes, pero yo apreté las más que pude entre mis puños: ellos me las arrebataron. No les importó que me cortaran las palmas. Dentro de la ambulancia un hombre de blanco me sugirió con un tono amenazador que me tranquilizara por mi bien. Yo no podía hacerlo, no al ver la sangre brotar de mi piel. Levanté mis manos y lloré, pedí que me ayudaran y ellos me inyectaron algo que me mandó a un sueño totalmente blanco y mudo en el que se atravesaban las notas musicales, como las urracas regresando a sus nidos por la tarde.

*A punto.*

Abrí los ojos: la hermana de mi madre hablaba en voz baja con un hombre de bigote y anteojos que también llevaba una bata blanca. El techo era blanco. Y las sábanas. Y las señoritas que venían a verme cada tantos minutos. Mi mundo convertido en una hoja en blanco, lista para que alguien escribiera sobre mí. Me hice la dormida y agucé los oídos lo más que pude. La voz del hombre era suave, pero firme. Decía que no era posible que esto pasara otra vez. La voz de mi tía era tesa, como el cuerpo del canario. Decía que ella hacía bastante con dejarme vivir en su departamento y pagarme las medicinas. No podía dárme las en la boca. Al menos no siempre.

También tenía una vida. ¿Cómo iba a saber ella que yo plantaba las pastillas en las macetas? Me había descubierto tras buscar una plaga que estaba matando sus plantas. Me reí sin querer. Un árbol muy cuerdo, yo quería tener un árbol muy cuerdo. Porque ella me dijo que esas pastillas iban a devolverme la cordura. El hombre carraspeó y sentí que ambos se volvieron hacia mí. Si nadie se puede hacer responsable de ella tendremos que admitirla al psiquiátrico.

*A.*

Escuché la puerta cerrarse y luego los pasos de mi tía acercándose hasta mi cama. Su mano fría sobre mi brazo con los tubos del suero. Cerré los ojos con fuerza, pero no pude contener la risa.

—Ay hija, ay hija —dijo mi tía muy bajo, casi solo con los labios. Yo quería decirle que estaba feliz de poder dormir al fin. Pero las notas musicales habían levantado el vuelo y con ellas también se fue mi voz.

## NOTAS

[1] Esta noticia apareció el 21 de agosto de 2006 en varios diarios mexicanos.

[2] El 9 de junio de 2012 salió esta nota en cmn México y en otros diarios nacionales. Solo que la fuga ocurrió en Acayucan, Veracruz. Como en el cuento de «Emma Zunz», de Borges, solo es falso el lugar, las circunstancias, el día, el número de migrantes, y algunos nombres. Los cubanos, todos, son reales.